POESÍA Y ARTE
DE LOS ÁRABES
EN ESPAÑA Y SICILIA

HIJOS DE FE
SEVILLA

L Arab. H
S2915p
Sv

Schack, Adolf Friedrich von

POESÍA Y ARTE

DE

LOS ÁRABES

EN ESPAÑA Y SICILIA,

POR

ADOLFO FEDERICO DE SCHACK

TRADUCCION DEL ALEMAN

POR DON JUAN VALERA,

de la Real Academia Española.

Tr. of Poesie und Kunst der Araber...

TOMO SEGUNDO.

TERCERA EDICION.

SEVILLA: 1881

FRANCISCO ALVAREZ Y C.ª, EDITORES

Tetuan 24.

La presente edicion es propiedad de los Editores.

PJ
8410
S318
1881
t.2

1802
11/4/90

Establecimiento tipográfico de FRANCISCO ALVAREZ Y C.ª
impresores de Cámara de S. M. y de SS. AA. RR. los
Sermos. Sres. Infantes Duques de Montpensier.
Tetuan, 24.

POESÌA Y ARTE DE LOS ÁRABES

EN ESPAÑA Y SICILIA

X.

Al-Motamid.

Quien ha visto á Sevilla, aunque sea de paso, tiene que admirarse de la multitud y variedad de monumentos que tantos y tan diversos pueblos y siglos han ido dejando en aquella famosa ciudad, ensalzada proverbialmente como una maravilla del mundo. Miéntras que las columnas de la Alameda vieja hacen pensar en la dominacion de los romanos, la elegante Lonja, el Archivo de Indias y la Torre del Oro, á orillas del Guadalquivir, adonde aportaban las flotas de la recien descubierta América, traen á la memoria el esplendor de la monarquía universal de Cárlos V. Y miéntras que la Giralda, gra-

ciosa á la par que majestuosa, nos trasporta á los tiempos en que el almuédano hacia oir su voz desde su altura, llamando á la oracion á la floreciente capital del imperio de los almohades, recuerda al lado mismo la magnífica catedral el ahora no ménos decaido poder de la católica jerarquía. Pero, á par de tan importantes monumentos de lo pasado, que áun permanecen sin haberse destruido, en vano se buscan otros que debieron existir en otra edad, si no hemos de tener la historia por fábula. Han desaparecido hasta los vestigios de aquellos edificios suntuosos con que adornó su capital la brillante dinastía de los Abbadidas.

El tiempo, que no ha perdonado los palacios y quintas de aquellos príncipes, tambien ha borrado casi su recuerdo. Y sin embargo, no sólo levantaron los Beni-Abbad, merced á su espíritu emprendedor y á su valor guerrero, el poder de su reino á una altura que sobresalia entre la de los otros estados contemporáneos de la península, sino que, como valedores de la ciencia y de la poesía, hicieron de su córte un centro de reunion de sabios y de poetas, con el cual apénas compite en esplendor el que hubo en Córdoba en el más glorioso período del califato. Aun hay más: un individuo de esta dinas-

tía, Al-Motamid, ocupa un distinguidísimo lugar entre los poetas árabes, y por su extraño destino, y por la trágica caida en que arrastró á todos los suyos, aparece como un héroe digno de la poesía.

De la anarquía que siguió á la caida de los Omiadas nació un gran número de pequeños estados independientes. Córdoba, Badajoz, Toledo, Granada, Almería, Málaga, Valencia, Zaragoza, Murcia y otras ciudades fueron asiento de otras tantas dinastías, que á menudo se combatian entre sí (1). Pronto descolló como la más

(1) Hubo tambien reyes ó estados independientes en Denia, Algeciras, Carmona, Ronda, Arcos, Huelva, Silves, Alpuente, Niebla y Moron. La historia de este período, desde la caida del califato de Córdoba hasta que los Almoravides conquistaron la España muslímica, historia que comprende casi todo el siglo XI, está escrita de un modo muy interesante y ameno por Dozy, en todo el tomo IV y último de su *Histoire des musulmans d'Espagne.*

Dice Schack, en una nota, que cuando escribió esta parte del trabajo que vamos traduciendo, áun no habia dado Dozy á la estampa dicho tomo IV publicado, con todo, en 1861, miéntras que la obra de Schack sólo apareció en 1865. Sea como quiera, Schack añade que las noticias que da sobre la vida de los príncipes Abbadidas

ilustre de estas familias soberanas la casa de los Abbadidas. El fundador de esta casa, Abul-Kasim Muhamed, habia adquirido grande influjo en Sevilla, así por sus riquezas como por sus prendas personales. Impulsado despues por su infatigable ambicion, y aprovechando un momento favorable de la incesante lucha de los partidos, se alzó con el poder supremo. Para esto se valió de un extraño ardid. Desde la desmembracion del califato, habian transcurrido veinte años en contínuas revoluciones de palacio, derramamiento de sangre y combates entre diversos pretendientes á la corona. El último Omiada, Hischam, habia muerto de una manera tan misteriosa, que habia dado ocasion á que se

---

las ha tomado directamente de vários escritores árabes, y que sólo son suficientes para servir de cuadro á sus poésías, remitiendo al lector que desee informarse mejor de los sucesos de aquella época, á la ya mencionada y famosa obra de Dozy.

Como esta obra, al ménos que yo sepa, áun no está traducida al castellano, y como los sucesos que en ella se refieren interesan más á los españoles que á los alemanes, no podré excusarme de ilustrar á veces con una breve nota, tomada de Dozy, lo que Schack dice en este capítulo.

creyese que no era cierta su muerte, sino que habia huido del vacilante trono para vivir en un seguro asilo. De repente apareció, probablemente por instigacion de nuestro Abul-Kasim, un hombre, que decia ser Hischam, haciendo un papel semejante á los de los falsos Demetrios, Sebastianes y Waldemares. Aseguraba este hombre que, huyendo del puñal de Suleiman, que se habia sentado en el solio despues de él, habia pasado á Oriente, en donde hasta entónces habia vivido, y de donde acababa de volver. Pronto se esparció el rumor de la vuelta de Hischam, y por donde quiera se contaban sus aventuras: que habia llegado á Córdoba disfrazado y ganándose la vida con el trabajo de

---

La época en que vivieron los Abbadidas es en extremo interesante y curiosa por la mezcla extraña que hubo en ella de barbarie y de cultura refinada, de libertad de pensar y escribir y de tiranía feroz, de irreligiosidad y supersticion, de ciencia y de ignorancia. Los reyes y príncipes eran poetas, filósofos, eruditos, y al mismo tiempo solian ser los más sanguinarios tiranos, ebrios de vino y de sangre y haciendo con frecuencia ellos mismos, con singular deleite, el papel de verdugos. Badis, rey de Granada, mataba casi siempre él mismo á los personajes más notables á quienes condenaba á muerte. *(N. del T.)*

sus manos; que habia recorrido todo el Oriente, durmiendo por las noches en las mezquitas; y que, por último, queria de nuevo subir al trono. Abul-Kasim hizo de modo que algunas mujeres que ántes habian habitado en Córdoba asegurasen la identidad del embustero con el Califa, y cuando una parte del pueblo le hubo creido, aclamó al falso Hischam como soberano, pero le tuvo encerrado con varios pretextos, en los aposentos interiores del alcázar, miéntras que gobernaba en nombre suyo (1).

---

(1) Ibn-Challikan, *Loci de Abbadidis*, ed. Dozy, I, 220.—La soberanía del falso Hischam fué reconocida por Abdalaziz, rey de Valencia, por Modjehid, rey de Denia y las Baleares, y por el príncipe de Tortosa. Aunque el presidente de la república que se habia formado en Córdoba no se dejó engañar por el fingido califa, tuvo que ceder al deseo y entusiasmo de sus conciudadanos y hacer juramento de fidelidad y vasallaje á Hischam II, si bien más tarde logró convencer á los cordobeses de la impostura y recobrar la independencia. Los reyes de Almería y de Granada, gobernados por dos validos eminentes, el árabe Ibn-Abbas y el judío Samuel, no reconocieron tampoco al falso califa, y hubieran sido los más terribles enemigos de los Abbadidas, si no se hubiesen destruido entre sí con contínuas y feroces guerras. *(N. del T.)*

Abul-Kasim procuró enseguida ensanchar los límites del nuevo reino de Sevilla; pero quien llevó adelante con más éxito sus planes ambiciosos fué su hijo, que subió al trono despues de la muerte de Abul-Kasim, en el año de 1042. Era el nuevo príncipe hombre de gran fuerza y corpulencia, de agudo entendimiento y de notable presencia de espíritu. Tenía además una esmerada educacion literaria, adquirida durante la vida de su padre, por medio de asiduos estudios; pero apénas se abrió para él el camino del imperio, cuando todos sus pensamientos se enderezaron al mismo fin; al engrandecimiento de su poder. No contento de gobernar con el mero título de visir, dispuso que las plegarias se hiciesen en su nombre, y no en el del monarca fantasma; divulgó la nueva de que Hischam habia muerto de apoplegía, y tomó, como único soberano, el nombre de Al-Motadid-Bilah, *el que se apoya en Dios.* Cualquiera medio de satisfacer su ambicion le parecia bueno, y á fin de extender el término de Sevilla, no habia obstáculo que no allanase, ó por fuerza ó por astucia. Un solo ejemplo, entre muchos, dará á conocer las artes de que se valia para apoderarse de los estados de otros príncipes, confinantes con el suyo. Hallándose desavenido con el jefe de los berberis-

cos, Ibn-Nuh, que dominaba en Arcos y Moron, recorria Al-Motadid, disfrazado, los alrededores del castillo de Arcos, cuando fué reconocido por los servidores de su contrario y hecho prisionero. Ibn-Nuh, á cuya presencia le condujeron, pudo tratarle con mucha dureza, pero le acogió con la mayor bondad y le dejó al punto ir libre. Al-Motadid quedó agradecido á esta accion magnánima, afirmó á Ibn-Nuh, en su señorío, é hizo alianza con otros caudillos berberiscos que poseian territorios al rededor del suyo. Todos los príncipes mencionados rivalizaban en acatar al más poderoso señor de Sevilla. Este dispuso, en el año de 1043, una gran fiesta y convidó á ella á sus nuevos amigos. Con el pretexto de honrarlos más, los hizo entrar en una sala de baño, que estaba caliente. Sólo Ibn-Nuh, fué conducido á otra estancia donde él se hallaba. Entónces se cerraron, por órden de Al-Motadid, las puertas y los resquicios todos de la sala de baño, y no volvieron á abrirse hasta que aquellos infelices estuvieron todos ahogados. De este modo cayeron en su poder Ronda, Jerez y otras plazas fuertes. Ibn-Nuh, á quien Al-Motadid habia perdonado por gratitud, murió tambien poco despues; y su hijo y sucesor, viéndose cada dia más estrechamente cercado por las tropas del

Rey de Sevilla, abandonó por último sus estados (1).

Al-Motadid llevaba en sus palacios una vida de crápula, y los compañeros de sus orgías, con quienes pasaba á menudo noches enteras en la más desenfrenada disipacion, solian brindar á su salud con esta frase: «¡A que puedas matar á muchos!» Hizo Al-Motadid adornar los jardines de su alcázar con las cabezas de los enemigos que habia muerto, y se deleitaba con esta vista, que á los otros hombres causaba horror. No es-

(1) Ibn-Chaldun, *Historia de los berberiscos*, II, 74.

Dozy refiere este suceso algo diversamente. Al-Motadid no fué hecho prisionero en Arcos, sino que voluntariamente fué allí á visitar á Ibn-Nuh, y despues fué á Ronda, donde tambien se fió del caudillo bereber que allí dominaba. En Ronda, despues de haber bebido mucho en un convite, ó se quedó dormido ó más bien fingió dormirse, y entónces oyó que los bereberes trataban de matarle. Moadh-ibn-abí-Conra, pariente del señor de Ronda, se opuso á esta traicion y logró convencerlos de que no la hiciesen. Este Moadh, y no Ibn-Nuh, fué, pues, el que se salvó, por el agradecimiento de Al-Motadid, de morir sofocado en la sala de baño. Los demás príncipes perecieron. Al-Motadid hizo cortar y embalsamar las cabezas y las guardó en un cofre precioso. *(N. del T.)*

taba ménos orgulloso de una preciosa cajita, donde guardaba como un tesoro los cráneos de los príncipes que habia hecho morir. Cuando más tarde, despues que sucumbieron los Abbadidas, cayó Sevilla en poder de sus enemigos, hallaron en el alcázar un saco, donde imaginaron que habria oro y piedras preciosas, pero que sólo contenia calaveras (1).

A pesar de su índole malvada, este tirano cruel, no sólo fué amante y favorecedor de las letras, sino poeta tambien y autor de muchas composiciones. Sirva de ejemplo la siguiente á la ciudad de Ronda:

La perla de mis dominios,
Mi fortaleza te llamo,
Desde el punto en que mi ejército,

(1) *Loci de Abbadidis,* I, 243.—*Abd ul Wahid,* 67.—Otras calaveras de enemigos sirvieron á Al-Motadid como de tiestos ó macetas, donde hizo plantar flores. Al-Motadid, con todo, se creia clemente y dulce de condicion. En una de sus poesías ha dicho: «Dios mio, si quieres que los mortales sean dichosos, permite que yo reine sobre todos los árabes y sobre todos los bárbaros. Siempre he seguido el buen camino. Nunca he tratado á mis súbditos sino como conviene á un príncipe generoso y magnánimo», etcétera. *(N. del T.)*

A vencer acostumbrado,
Con lanzas y con alfanges,
Te puso al fin en mi mano.
Hasta que llega á la cumbre
De la gloria peleando,
Mi ejército valeroso
No se reposa en el campo.
Yo soy tu señor ahora,
Tú mi defensa y amparo.
Dure mi vida, y la muerte
No evitarán mis contrarios.
Sus huestes cubrí de oprobio;
En ellas sembré el estrago,
Y de cortadas cabezas
Hice magnífico ornato,
Que ciñe, cual gargantilla,
Las puertas de mi palacio (1).

Otras poesías características de Al-Motadid son:

I.

Ni cuando duermo me deja
Mi noble anhelo de gloria,
Y sueño con la ambicion,
Que el corazon me devora,
Que no me concede paz,
Que me atormenta y agobia,

(1) Esta composicion y las que siguen están tomadas de *El Collar de oro,* de Ibn-Chacan, recientemente publicado en París.

Si me retiene en mi estancia
Enfermedad enojosa.
Cualquiera enfermo, si duerme,
Se tranquiliza ó mejora;
Mas el sueño huye de mí;
Mis pensamientos le arrojan.
Apénas cierro los párpados,
Grita una voz poderosa,
«¡Motadid, piensa en tus fines!»
Y el dulce sueño me roba.
Y así despierta mi alma,
Y combates y victorias
Ansiando férvidamente,
Ni un sólo punto reposa.

II.

Locuaz y alegre en el trato
Me suele poner el vino:
Con quién más bebe en la orgía,
Con quién más rie compito.
Si al trabajo la mitad
De mi existencia dedico,
La otra mitad al reposo
Quiero dar y al regocijo.
Son mis fiestas y deportes
Cuando el sol hunde su disco;
Cuando de nuevo amanece,
El cuidar de mis dominios.
Más aunque á cántaros beba,
Siempre en mi gloria medito:
Mis hazañas y mi nombre
No ha de tragar el olvido.

En la familia de Al-Motadid ocurrió un suceso trágico, que recuerda, por circunstancias muy semejantes, las córtes de Felipe II, Cosme I de Médicis y Pedro el Grande de Rusia. Ya hacia mucho tiempo que entre el Rey y su hijo mayor, Ismail, habia grandes desavenencias. Un conato de rebelion del Príncipe, que halla alguna disculpa en la extraordinaria dureza del padre, fué frustrado, y castigado con la muerte de los conspiradores. Entónces Ismail, temiendo para sí mismo la peor suerte é impulsado por la desesperacion, penetró una noche en palacio: creia encontrar dormido á Motadid y estaba resuelto á matarle; pero le encontró apercibido y á la cabeza de sus guerreros. Ismail emprendió la fuga, pero fué detenido y conducido nuevamente á palacio. El padre, fuera de sí de ira, hizo que le llevasen á uno de los cuartos interiores, se quedó solo con él, y con sus propias manos le dió allí mismo la muerte. Parece que Al-Motadid sintió más tarde profundos remordimientos por esta accion, que echó una negra sombra sobre lo restante de su vida. En medio de su carrera de dominador y triunfador, que siguió siempre con buen éxito, fué detenido Al-Motadid por una peligrosa dolencia. Sospechando que se acercaba el fin de sus dias,

mandó llamar á un cantor siciliano, para sacar un agüero de las primeras palabras con que empezase á cantar. El cantor empezó de este modo:

Al tiempo mata, que matarte quiere;
Pronto la vida pasa, pronto muere
Quien se ufanaba ayer,
El humor de las nubes cristalino
Mezcla, oh mi amada, con el dulce vino,
Y dame de beber.

El Rey consideró estos versos como un mal pronóstico. En efecto, sólo vivió cinco dias más, despues de haberlos oido.

Su hijo, Al-Motamid, que en el año de 1069 le sucedió en el trono, unia á las prendas de hombre de estado de su padre una más noble manera de sentir y un talento poético incomparablemente más alto. Habia pasado este príncipe una parte de su juventud en la ciudad de Silves, de la cual, así como del mágico palacio de Seradsjib, donde moraba, guardó siempre un dulce recuerdo. En elogio de Silves compuso los versos siguientes:

Saluda á Silves, amigo,
Y pregúntale si guarda
Recuerdo de mi cariño
En sus amenas moradas.

Y saluda, sobre todo,
De Seradsjib el alcázar,
Con sus leones de mármol,
Con sus hermosuras cándidas.
¡Cuántas noches pasé allí
Al lado de una muchacha
De esbelto y airoso talle,
De firmes caderas anchas!
¡Cuántas mujeres hirieron
Allí de amores mi alma,
Siendo cual flechas agudas
Sus dulcísimas miradas!
¡Y cuántas noches tambien
Pasé á la orilla del agua,
Con la linda cantadora,
En la vega solitaria!
Un brazalete de oro
En su brazo fulguraba,
Como en la esfera del cielo
La luna creciente y clara.
Ebrio de amor me ponian,
Ya sus mágicas palabras,
Ya su sonrisa, ya el vino,
Ya los besos que me daba.
Luégo solia cantarme,
Haciendo á los besos pausa,
Algun cántico guerrero
Al compas de mi guitarra;
Y mi corazon entónces
De entusiasmo palpitaba,
Como si oyese en las lides
El resonar de las armas.
Pero mi mayor deleite

Era cuando desnudaba
La flotante vestidura,
Y como flexible rama
De sauce, me descubria
Su beldad, rosa temprana,
Que rompe el broche celoso
Y ostenta toda su gala.

Su carácter, más inclinado á los goces y placeres de la paz que á los afanes de la guerra, se manifestó ya en vida de su padre, cuando éste le envió mandando una expedicion contra Málaga. Deleitándose en fiestas con sus compañeros de armas, se descuidó de suerte, que se dejó sorprender y arrollar por los enemigos y, habiendo perdido una gran parte de sus guerreros, sólo con dificultad pudo hallar refugio en Ronda. Hondamente enojado con esto, el padre le hizo poner en una prision y le amenazó con el último suplicio; pero las poesías que Al-Motamid le dirigió lograron poco á poco mitigar su ira. En una de ellas se expresaba Al-Motamid de este modo:

No ya de los vasos el són argentino,
Ni el arpa, ni el canto me inspiran placer,
Ni en frescas mejillas rubor purpurino,
Ni ardientes miradas de hermosa mujer.
No pienses, con todo, que extingue y anula
Un místico arrobo mi esfuerzo y virtud;

Bullendo en mis venas, cual fuego circula
Y bríos me presta viril juventud.
Mas ya las mujeres, el vino y la orgía
Calmar no consiguen mi negra afliccion;
Ya sólo pudiera causarme alegría
¡Oh padre! tu dulce y ansiado perdon;
Y luego cual rayo volar al combate,
Y audaz por las filas contrarias entrar,
Y como el villano espigas abate,
Cabezas sin cuento en torno segar.

En otra composicion trata Al-Motamid de ganarse la voluntad de su padre, alabando así sus hazañas:

¡Cuántas victorias, oh padre,
Lograste, cuyo recuerdo
Las presurosas edades
No borrarán en su vuelo!
Las caravanas difunden
Por los confines extremos
De la tierra la pujanza
De tu brazo y los trofeos;
Y los beduinos hablan
De tu gloria y de tus hechos,
Al resplandor de la luna,
Descansando en el desierto.

Así, por último, tuvo lugar la reconciliacion entre padre é hijo. Éste tambien mostró más tarde mayor aptitud para la guerra, y cuando

vino á heredar el reino, logró agrandarle con la conquista de Córdoba.

«Al-Motamid, dice un historiador arábigo, era el más liberal, hospitalario, magnánimo y poderoso entre todos los príncipes de España, y su palacio era la posada de los peregrinos, el punto de reunion de los ingenios y el centro adonde se dirigian todas las esperanzas, de suerte que á ninguna otra córte de los príncipes de aquella edad acudian tantos sabios y tantos poetas de primer órden (1).

En los alcázares y quintas de Al-Mubarac, Al-Mucarran, Az-Zoraya y Az-Zahi, habia, segun las diferentes estaciones del año, variada y siempre encantadora vivienda, donde el Rey se deleitaba y entregaba á los placeres del amor y de la poesía, al márgen de primorosas fuentes, indispensable requisito do todo morisco alcázar, y arrullado por el murmullo de los surtidores, que brotaban de la boca de elefantes de plata ó de marmóreos leones. Con él estaba siempre su esposa Itimad, célebre por sus altas prendas de poetisa. El modo con que el Rey trabó conocimiento con ella tiene un carácter muy novelesco.

---

(1) Ibn-Challican.

Solia el Rey ir de paseo, disfrazado y en compañía de su visir Ibn-Ammar, á un ameno sitio que llamaban los sevillanos la pradera argentina. Una tarde, miéntras los dos discurrian por la orilla del Guadalquivir, el viento agitaba y rizaba las ondas. Entónces Al-Motamid dijo á Ibn-Ammar:

El viento trasforma el rio
En una cota de malla.

¡Acaba tú los versos! El Visir se disculpaba y decia que no podia acabarlos, cuando una mujer que se encontraba allí exclamó.

Mejor cota no se halla
Como la congele el frio.

Mucho se maravilló Al-Motamid de ver vencido por una mujer, en el arte de improvisar, al famoso Ibn-Ammar; miró á la improvisadora, se prendó de su hermosura y se enamoró de ella.

De vuelta á su palacio, mandó á un eunuco que se la trajese. Cuando la vió de nuevo, se confirmó en su primera impresion, y cuando supo por ella que estaba soltera, la tomó por mujer. Desde entónces ella fué su fiel compa-

ñera. así en la prosperidad como en la desgracia (1).

Itimad era amable, ingeniosa, discreta y muy animada en la conversacion; pero estaba llena de caprichos, con lo cual dió mucho que hacer á su consorte. Cierto dia vió á unas mujeres del pueblo que con los piés desnudos amasaban barro para hacer adobes, y de pronto se apoderó de ella un vivo deseo de ir donde estaban las mujeres y de hacer lo mismo. Entónces Al-Motamid hizo desmenuzar en polvo las más olorosas especias y esparcirlas sobre el pavimento

(1) Romaiquiya, que así tambien se llamaba Itimad, fué tan amada de su marido como cordialmente detestada de los alfaquíes, que no hablaban sino con un santo horror de esta alegre y graciosa sultana. La consideraban como el mayor obstáculo á la conversion de su marido, sin cesar arrastrado por ella, segun afirmaban, en un torbellino de fiestas y deleites. Si las mezquitas estaban desiertas, Romaiquiya tenía la culpa; pero Romaiquiya, aturdida y poco previsora, se burlaba de los sermones de los alfaquíes, que más tarde le fueron tan terribles adversarios, conjurándose contra su marido y contra los otros príncipes españoles, y facilitando al emperador de los Almoravides el que se enseñorease de toda la España musulmana. —*(N. del T.)*

de una sala, de modo que por completo le cubriesen. Despues mandó verter encima agua de rosas, y, habiéndolo mezclado todo, formó una especie de barro. Y sobre aquel barro ó lodo de mirra, almizcle, canela y ámbar, dijo el Rey á Itimad que se descalzase é hiciese adobes. En lo sucesivo, cuando Itimad se enojaba con el Rey y le decia que nunca habia hecho nada extraordinario por ella, el Rey solia responder: «Ménos el dia del barro»; con lo cual ella se avergonzaba y pedia perdon (1).

(1) La misma historia, y casi en idénticos términos, viene ya contada en el *Libro de Pretonio* ó *Conde Lucanor,* del infante D. Juan Manuel, enxemplo xxx. La historia concluye: «Et otro dia, por otra cosa que se le antojó, comenzó á llorar, et el rey preguntóle por qué lo facia, et ella dijo que como non llorára que nunca ficiera el rey cosa por le facer placer; et el rey, veyendo que pues tanto habia fecho por le facer placer et por cumplir su talante, que ya non sabía qué pidiese, díjole una palabra que se dice en algarabía desta manera: *Ahua le nahrat-tin*, que quiere decir: *¿et non el dia del lodo?* Como diciendo que, pues las otras cosas olvidaba, que non debia olvidar el lodo quél ficiera por le facer placer.» En el *Conde Lucanor* se llama á la reina Romayquiya, que así tambien se llamaba, y al rey Abenabet, esto es, Mohamad-Ebn-Abbet-*Al-Motamid-alai-llah.—(N. del T.)*

El primer período del reinado de Al-Motamid, que este soberano pasó en el pleno goce de su poder y de todos los bienes de la tierra, ha dado á los historiadores de Occidente tanto asunto de anécdotas como á los de Oriente la vida de Harun-ar-Raschid.

Lo mismo que el Califa de Bagdad, gustaba el Rey de Sevilla de recorrer de noche las calles de su capital, en compañía de su visir. Una vez, pasando por la puerta de un jeque famoso por sus bufonadas y extravagancias, dijo el Rey á sus acompañantes que llamasen á la puerta de aquel viejo loco, para que les diera ocasion de reir. Dicho y hecho, llamaron á la puerta. Desde dentro respondieron: «¿Quién está ahí?» Al-Motamid replicó: «Un hombre que desea que le enciendas su lámpara.

—Por Alá, dijo el anciano, aunque el mismo Al-Motamid llamase á estas horas á mi puerta, yo no le abriria.

—Bien, contestó éste; yo soy Al-Motamid.

—Pues te daré mil bofetones, exclamó el viejo.»

Esta amenaza hizo reir tanto al Rey, que se echó por tierra. Luégo dijo al Visir: «Vámonos; no sea que lo de los bofetones llegue á ser serio. Se fueron entónces, y al dia siguiente envió el

Rey al viejo mil *dirhemes*, mandándole á decir que era la paga de los mil bofetones de la víspera.

En los alrededores de Sevilla no habia seguridad, á causa de un famoso bandido, conocido con el nombre de *el halcon pardo*, de cuyos robos se contaban las cosas más extraordinarias.

Era tal su habilidad, que llegó á robar áun estando enclavado en una cruz. El Rey habia mandado que le crucificasen en un sitio por donde solian pasar los campesinos, á fin de que le viesen. Miéntras estaba pendiente de la cruz, vinieron su mujer y su hija, y lloraron por él y porque las dejaba solas y desvalidas. En esto pasó por allí un labrador, caballero en una mula, la cual iba cargada con un saco de vestidos y otros objetos. El ladron le dijo: «Mira en qué situacion me hallo; apiádate de mí y hazme una merced que á tí mismo te traerá mucho provecho.» Habiéndole preguntado el labrador de qué se trataba, hubo de contestarle: «¿Ves aquel pozo allá abajo? Cuando los alguaciles me prendieron eché en él cien monedas de oro. Tú puedes fácilmente sacarlas. Mi mujer y mi hija guardarán tu mula miéntras que tú desciendes al pozo.» El labrador tomó una soga y se echó en el pozo en busca del dinero, del que habia

convenido en quedarse con la mitad. Cuando estuvo en lo hondo, cortó la soga la mujer del ladron, tomó con su hija los vestidos y demas objetos de la mula, y huyó con ellos. El labrador empezó á gritar; pero como era la hora de la siesta y hacia mucho calor, nadie pasaba por allí, y las mujeres pudieron escaparse. Por último, acudió gente que oyó los lamentos del labrador y que le sacó del pozo. Le preguntaron qué le habia sucedido, y él dijo: «Este pícaro, este tuno astuto me ha engañado, y su mujer y su hija me han robado mis vestidos y otros objetos.» Al-Motamid se maravilló mucho cuando supo esta historia, y mandó que descolgasen al ladron de la cruz y le llevasen á su presencia. Entónces le preguntó cómo era posible que ya en el umbral de la muerte hiciese tales fechorías. El ladron contestó: «Señor, si tuvieses idea de la inmensa alegría que causa el hurtar, dejarias tu trono para entregarte á dicho ejercicio.» Al-Motamid le censuró, riendo, aquella propension tan criminal, y añadió al cabo: «Si yo te perdonase y diese libertad y una buena colocacion, que bastase para mantenerte, ¿te enmendarias y olvidarias tus malas mañas?

—¡Oh señor! contestó el ladron, ¿cómo no habia yo de hacerlo cuando sólo así puedo li-

brarme de la muerte?» Al punto el Rey le indultó y le colocó entre los guardias públicos de Sevilla.

Al-Motamid oyó un dia que un cantor cantaba la siguiente copla:

Del odre sacó la niña
El vino que se bebió;
Si oro sólido pagamos,
Oro líquido nos dió.

Al punto añadió el Rey, improvisando:

Yo le dije: «Dame vino,
Y te regalo esta joya»;
Y ella contestó: «Mareos
Si bebes, en cambio toma.»

En otra ocasion daba el Rey con sus amigos un paseo á caballo, para solazarse, fuera de la ciudad. Los caballos iban corriendo, y cada cual procuraba adelantarse á los otros. Al-Motamid, que caminaba delante de todos, penetró en unas huertas y se paró junto á una higuera cubierta de higos negros maduros. Uno muy gordo llamó su atencion y le dió con un palo para derribarle, pero permaneció firme en la rama. Entónces retrocedió Al-Motamid y dijo al primero de los que le seguian:

Asido está á la rama con firmeza.

El del séquito prosiguió:

Cual de un negro rebelde la cabeza.

La prontitud de esta contestacion agradó mucho á Al-Motamid y la recompensó con un rico presente (1).

Una vez oyó Al-Motamid recitar versos en que se afirmaba que la fidelidad era ya tan fabulosa como el cuento de aquel poeta que recibió de presente mil monedas de oro.

—¿De quién son esos versos? preguntó.—De Abd-ul-Dschalil, le contestaron.—¿Es posible, dijo entónces el Rey, que uno de mis servidores, un excelente poeta, pueda considerar como fabuloso el presente de mil monedas de

(1) En el dístico, dice Schack, en nota, que hay en arábigo un juego de palabras intraducible. Yo dudo que, áun traducido el juego de palabras, sea el dístico, así como las coplas anteriores, más que una puerilidad; pero estos y otros ejemplos pintan las costumbres, la cultura, los pasatiempos y el modo que tenian de mostrar su agudeza los árabes españoles de aquel tiempo. Claro está que estas cosas no tienen para nosotros el menor valor literario; sólo por su valor histórico se citan.—*(N. del T.)*

oro? Y en seguida envió á Abd-ul-Dschalil la mencionada suma.

Una série de versos improvisados de Al-Motamid, que sus biógrafos reproducen y acompañan con noticia de las circunstancias en que se compusieron, nos manifiestan lo que era este rey como poeta, durante el primer período dichoso de su vida. Estos versos no carecen á menudo de gracia y de primor; pero su más alta inspiracion poética la debió Al-Motamid más tarde al infortunio.

I.

«En una hermosa noche de verano habia Al-Motamid reunido en torno suyo, en los jardines de su palacio, á sus cortesanos y más fieles servidores y á algunas cantarinas. El aura suave acariciaba á los convidados como una poesía de amor, el resplandor de las lámparas rielaba en los arroyos cristalinos y murmuradores, y resonaba dulcemente la música de los laúdes y cítaras, miéntras que los rayos de la luna se quebraban en las columnas del patio

del alcázar, y se diria que temblaban sobre la verdura de la enramada. El Rey dijo (1):

Que brille el vino en los vasos,
Y que del nocturno velo,
Extendido por el cielo,
Disipe la oscuridad.
Hácia Orion ya la luna
Va derramando su lumbre,
Cual rey que llega á la cumbre
De su gloria y majestad.
Un ejército de estrellas
Cubre la extension oscura;
La luna hermosa fulgura
Y descuella en medio de él.
Incansable peregrina
Por vagarosos senderos,
Y los más ricos luceros
Ornan su regio dosel.
Como en el cielo la luna,
Así en la tierra me ostento,
Cuando me cerca contento,
Mi ejército vencedor,
O cuando lindas muchachas
En torno me ofrecen vino,
Y con acento argentino
Entonan himnos de amor.
La noche de sus cabellos
De oscuridad me circunda,

(1) En esta y en las demás introducciones se ha suprimido mucho de la pompa superabundante del texto arábigo.

Y en luz el vino me inunda
Que ellas me quieren brindar.
Cántenme, pues, las hermosas,
Y las cítaras resuenen:
Las hondas copas se llenen
Y bebamos sin cesar (1).

---

(1) Ya hemos dicho repetidas veces que gran parte del mérito de estas poesías arábigas, segun el testimonio de los que conocen la lengua en que se escribieron, consiste en la estructura, en el primor, en el atildamiento y elegancia del estilo y de la frase. Así es que, traducidas, pierden mucho y no se comprende el entusiasmo que causaban. Al-Motamid fué siempre considerado como un egregio poeta y admirado hasta de los beduinos, que en punto á idioma y á poesía pasaban por jueces más competentes y más severos que los moradores de las ciudades. De esta poesía que acabamos de traducir, y de otras del mismo autor, cuenta Dozy que, recitadas una noche por un viajero andaluz en un campamento de beduinos lakhmitas, produjeron el mayor entusiasmo.

Apénas el viajero acabó de recitarlas, se levantó la tela de la tienda en que se hallaba, y un hombre, en cuyo aspecto venerable se conocia que era el jefe de la tribu, se presentó á sus ojos, y le dijo con aquella pureza de acento y aquella elegancia de diccion que ha hecho siempre famosos á los beduinos, y en las que cifran tanto orgullo:

II.

Una risueña mañana, en el palacio de Mozainiya, el jardin competia en esplendor con las elegantes habitaciones. Ya las aves habian empezado su concierto de alegres trinos y las flores confiaban misterios de amor al céfiro que besaba sus cálices. Delante del rey estaba una

---

—Dime, ciudadano á quien Dios bendiga, ¿de quién son esos poemas, límpidos como un arroyo, frescos como césped recien regado por la lluvia, tiernos y suaves como la voz de una doncella de áurea gargantilla, y vigorosos y sonoros como el grito de un camello jóven?

—Son de un rey que ha reinado en Andalucía y que se llamaba Ibn-Abbad, respondió el viajero.

—Supongo, replicó el jefe, que ese rey reinaria sobre una pequeña extension de territorio, y que, por consiguiente, podia consagrar todo su tiempo á la poesía; porque quien tiene otras ocupaciones, no tiene vagar para componer versos como esos.

—No era así en este caso: el rey reinaba sobre un gran pueblo.

—¿Y me puedes decir á qué tribu pertenecia?

doncella cuyo rostro brillaba como la luz de la aurora, y que resplandecia con tantas joyas como si las pléyadas mismas le sirviesen de collar. Inclinándose con gracia, como una rama airosa, ofreció al Rey un vaso de cristal lleno de vino.

El Rey improvisó:

Bella es la dama que me ofrece el vino,
Refulgente licor,
Oro líquido en hielo cristalino,
Que exhala grato olor.

—Sí: á la tribu de Lakhm.

—¿Qué dices? ¿Era lakhmita? Entónces era de mi tribu.

Y lleno de júbilo por haber descubierto una nueva gloria de su tribu, se puso á gritar con voz de trueno:

—¡Sus, gente de mi tribu! ¡Alerta, alerta!

En un instante estuvieron todos de pié rodeando á su caudillo.

Entónces éste rogó al viajero que recitase otra vez las mismas poesías, las cuales fueron admiradas de todos con no menor entusiasmo; pero el placer y el orgullo de los beduinos llegaron al último punto cuando supieron que el autor era lakhmita; montaron á caballo, hicieron una brillante *fantasía,* y colmaron de presentes y de bendiciones al viajero que les habia recitado los cantares del admirable rey poeta, á quien apellidaban todos primo.—*(N.del T.)*

III.

Refiere uno de los fovoritos de Al-Motamid que en una hermosa noche de luna penetró en los jardines del Alcázar. Allí vió al Rey, que estaba al borde de un estanque, en cuyas claras aguas se reflejaban las estrellas, por tal arte, que parecia un pensil lleno de celestiales y luminosas flores. En el fondo de la onda pura se veia la via láctea. Un aroma de ámbar llenaba el ambiente, los vientos de la noche movian con suavidad las enramadas de mirto, y agitando las flores, les robaban los encantadores misterios del jardin y los difundian por donde quiera. Al-Motamid, sin embargo, permanecia con la mirada fija en la tierra, y sus suspiros daban señales del dolor de sú alma. Por último, lamentándose de la ausencia de su amada, exclamó de esta suerte:

Pronto será vencedora
La muerte de mi pasion,
Si no calmas, corazon,
El dolor que me devora.
Ausente de mi señora,
Mil recelos me dan guerra;

No logro paz en la tierra,
Y el sueño, que invoco en vano,
Con su delicada mano
Nunca mis párpados cierra (1).

IV.

En un hermoso dia se encontraban Ibn-Siradj y otros visires y cortesanos en Az-Zahra, aquella quinta de los califas de Córdoba tan brillante en otro tiempo. Ya se deleitaban con las tempranas flores de la primavera, y ya iban de un kiosko á otro, donde se regocijaban con vino. Por último, se detuvieron en un florido jardin, regado por cristalinos arroyos y cubierto de una fresca alfombra de verdura. Junto á ella se veian muchos árboles frondosos, cuyas ramas movia el viento, y se veian asimismo las ruinas del palacio. Lo decaido de este soberbio edificio pare-

(1) A pesar de su entrañable amor á Itimad, tuvo Al-Motamid otras muchas queridas, á quienes compuso versos; siendo las más famosas *la Perla, la Luna* y *la Bien amada.*

No llegó, con todo, hasta el extremo de su padre, Al-Motadid, de quien se refiere que llegó á tener hasta ochocientas concubinas.—*(N. del T.)*

cia burlarse de su pasada magnificencia. Los grajos graznaban en los muros. Los caprichos de la suerte habian extinguido el brillo del palacio y ennegrecido la grata sombra que en otro tiempo esparcia. Ya hacia mucho que los califas no le iluminaban con su presencia, aumentando sus vergeles y avergonzando á las nubes con la abundante lluvia de su liberalidad inagotable. La destruccion habia extendido su manto sobre el palacio y echado por tierra sus cúpulas y azoteas.

Con todo, los visires y cortesanos se deleitaban allí, bebiendo vino, cuando se llegó á ellos un mensajero de Al-Motamid, y les dió una carta, que contenia estos renglones:

A estos palacios de Az-Zahra
Hoy mis palacios envidian.
Porque de vuestra presencia
Consiguen ellos la dicha.
Como el sol fuisteis á ellos,
Apénas amanecia,
Venid á mí, cual la luna,
Que ya la noche principia.

En efecto, fueron al Palacio del jardin, Casr-ul-Bostan, que estaba cerca de la puerta de los perfumeros, y tuvieron allí una espléndida fiesta, hermoseada con danzas y juegos y esclarecida

por la presencia del Rey, donde se les sirvió por muchos esclavos un agasajo suntuoso.

V.

Abul-Asbag fué enviado á Al-Motamid como embajador del Rey de Almería. En Sevilla se prepararon grandes solemnidades para recibirle. Desde el último lugar en que pernoctó ántes de llegar á la córte, anunció el embajador su pronta llegada y la de su comitiva con los siguientes versos, dirigidos á Al-Motamid:

¡Oh señor prepotente! bajo tu régio manto
Los pueblos se congregan buscando proteccion;
Tu solo nombre llena al bárbaro de espanto;
Los árabes te tienen en gran veneracion.
Ya cerca de la córte do tu valor descuella,
Nos sumergió la noche en honda oscuridad;
Mas hácia tí nos guia, como luciente estrella,
Tu imágen, que en el alma infunde claridad.

Al-Motamid respondió al punto:

Salud y dicha os envio,
Salud y dicha os dé el cielo,
Cuando yo realmente os vea
Y no en imágen del sueño.

Apresurad el viaje,
Romped el nocturno velo;
Es vuestra alegre embajada
Cual faro que os guia al puerto.
El saber, nobles varones,
Mana del estilo vuestro:
Regalo dais al oido
Con frases y con acentos.
Instruis con vuestro trato,
Sois doctos en el derecho,
Y abundan vuestros escritos
En profundos pensamientos.
Oh Abul-Asbag, vén, que afable
A recibirte me apresto,
Y ganar tu voluntad
Y ser tu amigo deseo.
A cada paso que dan
Los vigorosos camellos
Que á mi morada os acercan,
Palpita alegre mi pecho.
No reposaré esta noche,
Con ánsia y afan de veros,
Y ya estaré, con el alba,
Si llegasteis inquiriendo.

VI.

El biógrafo arábigo de Al-Motamid tiene por una de sus más elegantes y graciosas *gacelas* la que sigue:

Léjos de tí, penando de contino,
Infortunios recelo;
Ebrio me siento, pero no de vino,
Sino de triste y amoroso anhelo.
Ceñir quieren mis brazos tu cintura,
Y mis labios besar tus labios rojos;
Hasta gozar de nuevo tu hermosura,
Han jurado mis ojos
Del sueño no rendirse á la dulzura.
Vuélvete, dueño amado;
Sólo volverme así la dicha puedes,
Que está mi corazon aprisionado
Para siempre en tus redes.

VII.

A su visir Ibn-Labbana, cuando éste le ofrecia vino en un vaso de cristal:

Es de noche, mas el vino
Esparce el fulgor del dia,
Puro brillando en el seno
De su cárcel cristalina:
Torrente de oro fundido
Dentro del vaso se agita,
Y en el haz se cuaja en perlas
Resplandecientes y limpias;
Centellea como el cielo
Que los astros iluminan,
Y alza espuma como arroyo
Al quebrarse entre las guijas.

VIII.

A la imágen de su amada, que se le apareció en sueños, durante la noche:

Un afan enamorado
Me infunden, al verte en sueños,
Las rosas de tus mejillas
Y las pomas de tu pecho.
Tambien acercarme á ellas
Ansío cuando despierto,
Mas entre los dos se pone
De los espacios el velo.
Sientan otros de la ausencia,
Sientan el dolor acerbo;
Y tú, pimpollo de palma,
Tú, gacela de ojos negros,
Tú, de aromáticas flores
Fecundo y cerrado huerto,
A mi corazon marchito,
A mi corazon sediento
Da vida con el perfume
Y el rocío de tus besos:
Así te colme de dichas
Y bendiciones el cielo.

IX.

Al visir Abul-Hasan-Ibn-ul-Jasa, que le habia enviado un ramillete de narcisos:

Ya muy tarde, por la noche,
Tus narcisos recibia,
Y al punto quise con vino
Solemnizar su venida.
En la bóveda del cielo
Las estrellas relucian,
Y el licor, pasto del alma,
Brindaba una jóven linda.
En su seno reclinado,
Duplicaban mis delicias
El zumo que dan las uvas,
Sus besos, que son almíbar.
Otros, tomando confites,
Anhelan más la bebida;
A mí tus dulces recuerdos
De confites me servian.

La primera sombra que cayó sobre la felicidad de Al-Motamid fué la trágica muerte de su hijo Abbad, á quien, desde que se apoderó de Córdoba, tenía allí de gobernador.

Pronto tuvo éste que resistir el ataque de Ibn-Ocaya, caballero cordobes, que se habia

puesto al servicio del Rey de Toledo y que anhelaba conquistar la ciudad en su nombre. Abbad procuró reunir su ejército rápidamente, mas no logró rechazar la repentina acometida nocturna. Pereció en la batalla, y su cabeza, separada del tronco, fué enviada al rey de Toledo. El padre, que amaba á este hijo con la mayor ternura, sintió, al recibir la nueva de su muerte, un dolor desesperado.

Corrió en seguida á la venganza, reconquistó á Córdoba, é hizo clavar en una cruz á Ibn-Ocaya. Aun no presentia cuántos otros casos dolorosos tendria que lamentar en adelante; pero sus infortunios se acercaban con rápidos pasos (1).

En aquel tiempo, dice Ibn-Challikan, se habia hecho tan poderoso Alfonso VI, rey de Castilla, que los pequeños príncipes mahometanos se vieron precisados á ajustar paces con él y á pagarle tributo. Al-Motamid, aunque más poderoso que los otros, se hizo tambien tributario de Alfonso; pero éste, cuando en el año de 478 de la egira (1085 de Cristo) conquistó á Toledo, empezó á poner la mira en los estados de Al-

(1) *Script. arab.*, loci II, 122.—ABDUL WAHID, 90.

Motamid; no se contentó sólo con el tributo, y le envió una embajada amenazadora, pidiéndole que le entregase sus fortalezas. El Rey de Sevilla se enojó de tal suerte con la embajada, que dió de golpes al embajador é hizo matar á la gente de su séquito (1). Apénas supo Alfonso lo ocurrido, empezó á reunir todos los aprestos para sitiar á Sevilla.

Entre tanto se congregaron los jeques del Islam para tratar de los medios con que podrian

(1) Lo que Dozy refiere es que un judío, llamado Ben-Jalid, fué á cobrar el tributo de parte de Alfonso VI, y que, como le pagasen en moneda de baja ley, dijo que no tomaria sino oro puro, y que al año siguiente ya no se contentaria sino con fortalezas. Furioso Al-Motamid de la insolencia del judío, hizo que le crucificasen. Los caballeros cristianos que acompañaban al judío fueron encerrados en una mazmorra. Alfonso VI los rescató, dando por ellos la plaza de Almodóvar; pero en seguida se puso en campaña para vengar aquel insulto, taló y asoló las tierras de Al-Motamid, se llevó mucho botin y cautivos, sitió á Sevilla durante tres dias, y llegó hasta Tarifa, en cuya playa metió su caballo en el mar hasta la cincha, exclamando: «Este suelo es el último confin de España, y yo le he tocado.» Luégo se volvió contra Toledo, que no habia conquistado aún.—*(N. del T.)*

salvarse de tamaño peligro. Todos convinieron en que el poder de los mahometanos estaba perdido si los soberanos persistian, como hasta entónces, en hacerse la guerra unos á otros. Sobre el camino que debian tomar, en la desesperada situacion en que se hallaban en aquel momento, hubo diversidad de pareceres. Por último, resolvieron que debian pedir auxilio contra los cristianos á Jusuf-Ibn-Taschfin, emperador de Marruecos.

Este poderoso príncipe, jefe de los fanáticos almoravides, adelantándose desde los desiertos de África á las fructíferas comarcas de la costa, habia sujetado á su dominio una gran parte del Maghreb. Respecto á la suerte desgraciada que, por causa suya, tuvieron más tarde los Abbadidas, cuenta lo siguiente un historiador arábigo:

«Al-Motadid se informaba continuamente, cuando recibia noticias de África, sobre si los bereberes se habian enseñoreado ya de las llanuras de Marruecos. Álguien le habia profetizado que este pueblo habia de despojar del reino y del trono á él ó á su hijo. Cuando recibió, por último, la nueva de que ya se habian apoderado de la mencionada llanura, reunió á sus hijos en torno suyo y les dijo: «¿Quién puede saber si los males con que ese pueblo nos amenaza caerán

sobre mí ó sobre vosotros?» A lo cual respondió Abul-Casin, despues apellidado Al-Motamid: «¡Dios quiera tomarme por víctima en lugar tuyo y descargar sobre mi cabeza todos los infortunios que se anuncian!» Esta plegaria y ofrenda se cumplió más tarde como una profecía» (1).

No debió, con todo, de infundir gran recelo lo profetizado en el ánimo de Al-Motamid, pues que no se opuso á la decision que tomaron los jeques de Sevilla. Ántes, por el contrario, en el año de 1086 se embarcó y fué á Marruecos en busca de Jusuf, á quien rogó que le socorriese con armas y caballos contra los cristianos (2). Jusuf prometió al punto que cumpliria su deseo, y el Rey de Sevilla volvió á Andalucía muy satisfecho. Ignoraba que él mismo daba ocasion á

(1) Abdul-Wahid, 70.

(2) Esto es, segun Abdul-Wahid, 90. Otros autores dicen que Al-Motamid se limitó á mandar á Jusuf una embajada. Dozy asegura que los autores que suponen que Al-Motamid pasó á África, confunden la primera expedicion de Jusuf con la segunda. En esta ocasion fueron á África á pedir socorro á Jusuf, en nombre de sus respectivos soberanos, Abu-Becr-ibn-Zaidun, visir de Al-Motamid, y los cadíes de Badajoz, Córdoba y Granada.—*(N. del T.)*

su ruina, y que la espada, que él creia que iba á desnudarse en su favor, se volveria contra él (1). Jusuf se apercibió con grandes armamentos para su venida á Andalucía, y todos los caudillos de las tribus bereberes que pudieron, acudieron á él; de suerte que logró reunir un ejército de cerca de 7.000 caballos y muchísima infantería. Con estas fuerzas se embarcó en Ceuta y desembarcó en Algeciras.

Al-Motamid salió á recibirle con los más ilustres señores de su reino, le hizo grandes honras, y le regaló una infinidad de tesoros, tales, que Jusuf no los habia visto mayores en su vida, y éstos fueron los que, por vez primera, encendieron en su alma el deseo de apoderarse de Andalucía.

---

(1) A lo que parece, no fué imprevisor Al-Motamid, sino que el celo de su religion pudo más que sus recelos. Se cuenta que su hijo Rachid le representó lo peligroso que era llamar á los almoravides. Al-Motamid respondió: «Todo eso es verdad, pero no quiero que en las edades futuras me acusen de haber sido la causa de que la Andalucía caiga en poder de los infieles; no quiero que mi nombre sea maldito en todos los púlpitos musulmanes. Si es menester elegir, prefiero ser camellero en África que porquerizo en Castilla.»—*(N. del T.)*

Aumentado con las huestes de todos los príncipes de la Península, se dirigió hácia el Norte el ejército de los muslimes. Por la otra parte, Alfonso no habia perdonado ni amenazas ni promesas para reunir bajo sus estandartes muchos guerreros. El encuentro de ambos ejércitos tuvo lugar en tierra de cristianos, no léjos de Badajoz. Allí se dió, en el año de 1086, la tremenda batalla de Zalaca. Al-Motamid, cuyas tropas tuvieron que resistir lo más fuerte de la pelea, combatió con extraordinario valor y recibió muchas heridas. Largo tiempo estuvo indecisa la victoria; mas por último se inclinó del lado de los muslimes, que la alcanzaron brillantísima. Con dificultad pudo escaparse el rey Don Alfonso VI. Jusuf mandó cortar las cabezas de los cristianos muertos, y cuando las amontonaron delante de él, era tal su número, que parecian una montaña. Diez mil de estas cabezas envió á Sevilla, otras tantas á Zaragoza, Murcia, Córdoba y Valencia, y cuantro mil á África, que fueron colocadas en diversas ciudades. En el Maghreb y en toda la España muslímica hubo muchos regocijos públicos, se repartieron limosnas y se dió libertad á no pocos esclavos para dar gracias á Alá por haber engrandecido y afir-

mado la verdadera fe con un triunfo tan glorioso (1).

Jusuf se volvió á África, y Al-Motamid á Sevilla. Al año siguiente volvió Jusuf á Andalucía y descubrió por vez primera sus miras, destronando al Rey de Granada y apoderándose de su reino. Sin embargo, con Al-Motamid siguió conduciéndose aún como fiel aliado y amigo; pero su alma se llenaba cada vez más de admiracion y codicia por la riqueza y hermosura de España. Los que más de ordinario le rodeaban empezaron entónces á representarle cuán fácil le sería apoderarse de un país tan hermoso, y trataron de enojarle contra el Rey de Sevilla, poniendo en su conocimiento algunas cosas que Al-Motamid les habia dicho contra él en el seno de la confianza.

Miéntras que estas nubes tempestuosas se amontonaban sobre la casa de los Abbadidas, se diria que Al-Motamid no abrigaba aún ninguna sospecha. En cambio, su hijo Rachid no podia desechar los más tristes presentimientos. Una vez, estando de conversacion con algunos amigos, se habló de los sucesos de Granada y de la toma de posesion de aquella ciudad por Jusuf.

(1) Al-Kartas, 96.

El Príncipe oia silencioso, ensimismado y melancólico. Por último, dijo, pensando en la destruccion de los palacios de Granada: «De Dios venimos y á Dios volvemos.» Los amigos desearon entónces perpétua duracion á sus palacios y á su reino. Rachid se sosegó, y mandó á Abu-Becr, de Sevilla, que cantase un cantar. Este empezó una antigua poesía arábiga, cuyos primeros versos son:

¡Mansion de Maya, al pié del alto monte
Abandonada yaces y en ruinas!

El rostro del Príncipe volvió á cubrirse de tristeza. Rachid mandó á una cantarina que cantase otra cosa. La cantarina dijo:

¿Quién de tan seco corazon, no llora
La ciudad asolada contemplando?

Esto aumentó su pesar. Su frente se anubló más aún. Mandó cantar á otra cantarina, y ésta dijo:

Anhelo repartir á manos llenas
Entre los desvalidos mi tesoro;
Pero ¿qué han de esperar los desvalidos,
Cuando yo mismo soy menesteroso?

Queriendo entónces el poeta Ibn-Lebbana

borrar la mala impresion de estos versos, recitó los siguientes:

Palacio de los palacios,
Morada de la nobleza,
Ojalá que siempre brilles
Con los varones que albergas.
Un palacio es como otro,
Mas éste más gloria encierra;
Pues dos príncipes ilustres
Con su valor le sustentan;
Ar-Rachid, que resplandece
Como de Orion la estrella,
Y Al-Motadd, que la fe escuda
Y que es un rayo en la guerra.
Ambos, con brazos robustos,
Como á corceles enfrenan
Al Ocaso y al Oriente,
Tirándoles de la rienda.
Cual relámpago deslumbran
Sus ojos en la pelea;
Dones en la paz prodigan,
Como el rocío á la tierra.

El Príncipe se tranquilizó bastante al oir los primeros versos de esta composicion; pero en las palabras *un palacio es como otro* creyó ver, como los demás, que habia un mal agüero, y todos se llegaron á convencer de que este mal agüero se veria cumplido (1).

(1) Abbadida, II, 40.

No tardó mucho el destino en realizar aquellos temores; Jusuf, en 1090, arrojó de repente la máscara de aliado, que habia conservado hasta entónces, se apoderó de la fortaleza de Tarifa, y desde allí se hizo proclamar señor de toda Andalucía. Con el propósito de llevar á cabo su plan, largo tiempo meditado, dominaba ya préviamente varias fortalezas andaluzas en los confines de los reinos cristianos. Los guerreros que estaban en ellas cayeron entónces sobre Córdoba y la sitiaron. Mamun, hijo de Al-Motamid, defendió valerosamente la ciudad, pero fué muerto de una resistencia heroica, y Córdoba cayó en poder de los enemigos (1).

Éstos marcharon entónces contra Sevilla y empezaron el sitio. Al-Motamid, que se hallaba en la ciudad, mostró gran serenidad y valor, y compartió todos los peligros. Cuando ya no le quedaba ninguna esperanza, hizo muchas salidas, y se arrojó, buscando la muerte, sólo, con una túnica y sin armadura, en medio de los contrarios. Su hijo Malic murió á su lado en esta ocasion; mas él se salvó de la muerte. Por último, en Setiembre de 1091 entraron los almoravides en la ciudad. Los habitantes corrian

(1) Abdul-Wahid, 98.

desesperada y angustiosamente por las calles. Algunos escaparon arrojándose desde los muros ó nadando por el rio. Los enemigos entraron á saco las casas y robaron cuanto habia en ellas. Los palacios de Al-Motamid fueron ignominiosamente devastados (1).

Al-Motamid, prisionero, se vió obligado á mandar á sus dos hijos, Al-Motadd y Ar-Radhi, que estaban en Ronda y Mertola, que entregasen aquellas fortalezas casi inexpugnables, pues de lo contrario él y todos los suyos perderian la vida. Los hijos no querian en un principio pasar por tal oprobio y se negaban á hacer la entrega; pero, considerando el peligro que corrian su padre y su madre, las entregaron al fin, no sin hacer ántes capitulaciones honrosas. Las capitulaciones fueron violadas, y el general enemigo privó á Al-Motadd de todos sus bienes. Ar-Radhi fué muerto á traicion (2).

---

(1) Ibn-Challikan. Al-Motamid se defendió aún algun tiempo en el alcázar, y áun despues de tomada y saqueada la ciudad de Sevilla, hizo otra salida desde él y rechazó á los almoravides. En esta ocasion fué, segun Dozy, cuando murió Malic, su hijo. Por último tuvo que rendirse. *(N. del T.)*

(2) Abdul-Wahid, 90. Segun Dozy, contribuyó en gran manera á la pronta conquista de Anda-

Jusuf mandó que llevasen á Al-Motamid, cargado de cadenas, y en compañía de toda su familia, en un bajel á África. El dia de la partida se reunió el pueblo de Sevilla, con grandes lamentos, á la orilla del Guadalquivir, y despidió con lágrimas á los desterrados.

Conducido así á Marruecos Al-Motamid con los suyos, se vió condenado á prision por toda la vida. El lugar que se destinó para su prision fué la ciudad de Agmat, al sudoeste de Marruecos. Allí exhaló su dolor sobre las mudanzas de

---

lucía por los almoravides el disgusto y encono con que miraba á los príncipes del país una parte del pueblo, y particularmente los alfaquíes y los más fanáticos musulmanes. Jusuf obtuvo de los alfaquíes españoles dos *fetfas,* ó como si dijéramos dos bulas de excomunion contra Al-Motamid y los otros soberanos, acusándolos de impíos y de que se aliaban con los reyes cristianos y de que sobrecargaban al pueblo de contribuciones. Jusuf empezó por abolir los tributos que pagaba el pueblo y que el *Coran* no consentia. Despues hizo pagar no menores tributos, á pesar del *Coran.*

Al-Motamid en un principio combatió por su religion en Zalaca y se alió de buena fe con Jusuf contra Alfonso VI de Castilla. Sólo ya muy tarde, y cuando vió que los almoravides habian conquistado el reino de Granada y ame-

la fortuna, de que él era tan lastimoso ejemplo, y lamentando sus desgracias y las de su familia, y suspirando por la hermosa y para siempre perdida patria, improvisó poesías tan llenas de verdad y profundidad de sentimiento, que nada hay comparable á ellas en toda la literatura arábiga.

«Las sentidas y conmovedoras elegías de Al-Motamid, dice Dozy, arrebatan de tal suerte al lector, que cree sentir el mismo amargo dolor que el rey poeta, y encontrarse con él y con sus

---

nazaban el suyo, se alió con Alfonso VI contra el enemigo comun, contra los bárbaros de África. Esta alianza tardía fué inútil é hizo más cruel su suerte despues que fué vencido. Cuando ya Al-Motamid estaba sitiado en Sevilla, envió Alfonso VI un ejército en su auxilio, al mando de Albar Fañez; pero el ejército fué derrotado por los almoravides cerca de Almodóvar.

Poco despues de la toma de Sevilla, los almoravides conquistaron tambien á Almería, Badajoz, Murcia, Denia y Játiva y hasta Valencia, donde se defendió aún durante dos años, despues de la muerte del Cid, su viuda doña Jimena.

Mas tarde, por último, conquistaron á Zaragoza, y así toda la España musulmana vino á reunirse bajo el cetro del Emperador de Marruecos y bajo el fanático despotismo de los poderosos alfaquíes. *(N. del T.)*

hijos y demas familia en el mismo duro encierro.»

La serie de estas composiciones empieza con unos versos que dijo cuando le encadenaron:

Cadena, que cual serpiente
En torno ciñes mi cuerpo,
Ántes que tus eslabones
Me aprieten y den tormento,
Ulcerándome los pulsos
Y quebrándome los huesos,
Piensa en lo que he sido ántes
Y en que me debes respeto.
La mano que ligas hoy,
Generosa en otro tiempo,
Amparaba al desvalido
Y premiaba á los ingenios,
Y si empuñaba el alfange
En el combate tremendo,
Las puertas del paraíso
Abria y las del infierno.

«Cuando él, dice Ibn-Chakan, se vió arrastrado léjos de su patria, despojado de todos sus tesoros y como enterrado vivo en una mazmorra de África; cuando se vió secuestrado de todo comercio y trato con los hombres, sin poder hablar con sus amigos y conocidos, y sin poder consolar algo sus penas en amistosos coloquios, entónces suspiró y gimió de contínuo, porque

no le era dable concebir la menor esperanza de volver á ver su país tan querido. Los sitios donde en otra época habia sido tan dichoso se presentaban á su imaginacion, y se le aparecian las ciudades arruinadas y desiertas, y veia los palacios que él mismo habia edificado, como hijos que lloran la pérdida de su padre y la ausencia de sus alegres y antiguos moradores. Los alcázares y jardines de Sevilla, iluminados ántes por la luna llena de su magnifiencia real, y animados con el murmullo de las más dulces pláticas y con el suave sonido de las fiestas nocturnas, estaban ahora oscuros y silenciosos, y huérfanos de su noble dueño, se convertian en montones de escombros.

Perdido Al-Motamid en estos pensamientos, compuso lo siguiente:

Los palacios desiertos de Sevilla
Por sus príncipes gimen,
Generosos y dulces en las paces,
Leones en las lides.
De Zoraya el alcázar se lamenta;
Sus cúpulas sublimes
No ya de mi largueza soberana
El rocío reciben.
El gran Guadalquivir mi ausencia llora;
Las quintas y jardines,
Que en su líquido espejo se miraban,

Al oprobio se rinden.
Y yo, que del torrente de mis dones,
La dicha brotar hice,
Arrastrado en torrente de infortunios,
De Libia al centro vine (1).

Al-Motamid habia tenido siempre en gran predileccion la quinta de Az-Zahir, la más hermosa y amena de todas las suyas. Allí, en la orilla del Guadalquivir, entre olivares y huertas, habia pasado los mejores dias de su vida. Así es que en el destierro y en la prision nada anhelaba tanto como volver á ver su quinta, á cuyo recuerdo cantaba:

Miéntras que, de España ausente,
Estoy en Maghreb cautivo,
Allá en mi querida patria
Me llora el trono vacío;
Mi fuerte lanza y mi alfange
Están de luto vestidos,

(1) Es completamente imposible traducir de un modo agradable y al mismo tiempo con toda fidelidad el texto arábigo. Por lo tanto, así en la traduccion de esta poesía como en la de las que siguen me he tomado gran libertad. En el texto se nombran otros palacios y quintas, de los cuales hablaré en la parte de esta obra que trata de la arquitectura.

Los almimbares me lloran
Por compasion y cariño.
La dicha, que á otros sonrie,
De mí para siempre ha huido.
¡Ay! que de las nobles almas
Envidioso y enemigo,
Me robó corona y reino
Desapiadado el destino,
Y llenó de amargas penas
El fondo del pecho mio.
De mi suerte deplorable
Se conduele el cielo mismo.
Así, libre de cadenas,
Ver de nuevo aquellos sitios
Me deje, donde dichoso
Y respetado he vivido;
Discurrir sobre las ondas
Del Guadalquivir tranquilo,
A la luz de las estrellas
En clara noche de estío;
A la sombra reposarme
De los frondosos olivos,
Y oir el susurro leve
Del aura mansa en los mirtos,
O entre la verde enramada
De la tórtola el gemido.
Si otra vez mis ojos vieran
Los soberbios edificios
De Az-Zahir y de Zoraya,
Por mi amor ellos movidos,
Brillar harian de gozo
Los torreones magníficos;
Y Az-Zahir me albergaria

En su encantado recinto,
Como recibe una esposa
Al dulce dueño querido.
Imposible es tanta dicha;
Fuera esperarla delirio,
Si en Alá no se esperase
Y en su poder infinito.

En Agmat se celebró una fiesta. El rey prisionero vió desde el fondo de su calabozo al pueblo, que salia al campo en alegres grupos. Sus hijas entraron entónces en la prision, llorando y con las vestiduras desgarradas. Estas princesas se veian ahora obligadas á ganar la vida hilando, y una de ellas servia en la casa de la hija de un antiguo servidor de Al-Motamid. Cuando el desdichado rey vió á sus hijas con los piés desnudos y enflaquecidas por el hambre y los trabajos, rompió en lastimero llanto y dijo, hablando consigo mismo:

Cuando estabas libre,
Las fiestas solian
El alma alegrarte,
Que hoy gime cautiva.
Cubiertas de harapos
Hoy ves á tus hijas,
Que hilando afanosas
Sustentan la vida.
Llorando á tí llegan,

Muertas de fatiga;
Sus áridos labios
Tu frente acarician.
Hollaron un tiempo
Régias alcatifas,
Sobre ámbar y algalia
La planta ponian.
Con los piés desnudos
Ora el lodo pisan,
Ora la miseria
Sus rostros marchita,
Y lágrimas ora
Surcan sus mejillas.
Bien es que lamentes
La fiesta del dia.
Esclavo te hizo
Del hado la envidia;
El hado, que ántes
Brindábate dichas.
En vano en su fuerza
Los reyes confian:
El poder es sueño,
La gloria mentira.

Miéntras Al-Motamid arrastraba en África tan penosa existencia, uno de sus hijos se alzó en Andalucía contra los usurpadores del reino paterno; se apoderó del castillo de Arcos, cerca de Sevilla, y se mantuvo en él durante muchos meses, esperando que tambien se alzasen y viniesen en su auxilio los parciales de los Abba-

didas. Cuando Al-Motamid supo esta nueva, se lisonjeó por un momento con la esperanza de que el alzamiento tendria buen éxito y con que podria volver á sus estados; pero pronto tornó á caer en su primera melancolía y dijo (1):

¿Por qué en olvido y en ocio
Ya se enmohece mi espada,
Aunque, ardiendo en sed de guerra,
Quiero siempre desnudarla?
¿Por qué se llena de herrumbre
El acero de mi lanza,
Sin que en la sangre se moje
De las enemigas bandas?
Ya no cabalgaré nunca
En mi corcel de batalla,
Que, el duro freno tascando,
De espuma se salpicaba.
No obedecerá á mi brida,
Ni, al presentir la emboscada,
Para advertirme el peligro,
Se alzará sobre las ancas.
Si á nadie la lanza puede,
Ni el alfange, infundir lástima,
Aunque cubiertos de oprobio,

(1) Las nuevas del alzamiento de su hijo, que se llamaba Abd-al-Djabbar, se las trajo el poeta Ibn-al-Labbana, el más fiel de sus amigos, que vino á Agmat á verle. Abd-al-Djabbar, no sólo se habia apoderado de Arcos sino tambien de Algeciras. *(N. del T.)*

Aunque ruginosos yazgan,
Tú al ménos ¡oh madre tierra!
Ten piedad de mi desgracia;
Dame reposo en tu seno,
Sepúltame en tus entrañas.

El desesperado alzamiento de Andalucía fué sofocado pronto, y el hijo de Al-Motamid, defendiendo la fortaleza de Arcos, fué muerto de un flechazo. Despues de este inútil conato para restaurar la dinastía de los Abbadidas, el encierro del rey cautivo se hizo más duro, y la más profunda tristeza que él sintió entónces la expresó en estos versos:

En vez de las gallardas cantadoras,
Me canta la cadena
Rudo cantar, que el alma á todas horas
De dolor enajena.
La cadena me ciñe cual serpiente;
Cual serpiente mi acero
Entre los enemigos fieramente
Resplandeció primero.
Hoy la cadena sin piedad maltrata
Mis miembros y los hiere,
Y acusa el corazon la suerte ingrata,
Y morir sólo quiere.
A Dios en balde mi clamor elevo,
Porque Dios no me escucha;
Cáliz de acíbar y ponzoña bebo
En incesante lucha.

Los que sabeis quién soy y quién yo era
Lamentad mi caida:
Se marchitó cual flor de primavera
La gloria de mi vida;
Música alegre, espléndidos salones
Trocó el hado inseguro
En resonar de férreos eslabones
Y en calabozo oscuro.

Una vez vió Al-Motamid, desde el fondo de su calabozo, una bandada de palomas torcaces que iban volando, y pensó en que no estaban aprisionadas en red alguna ni separadas de sus polluelos, sino que libres se movian por el aire y podian buscar sitio donde beber como quisiesen. Entónces le pareció que tenian doble peso sus cadenas, y sintió doble que el carcelero no diese fácil entrada en su prision á su querida familia, y el tener que sufrir en soledad y aislamiento las penas de su alma. Pensó tambien en sus hijas, y en la pobreza y la miseria que las consumian; y estos pensamientos eran áun más amargos, porque se unian al recuerdo de su pasada bienandanza y grandeza. Sobre esto se expresó así:

Pasar volando en libertad os veo,
¡Oh palomas! y lágrimas derramo.
La envidia no me mueve;
Muéveme amor y muéveme el deseo

De estar unido con las prendas que amo;
De vagar libre por el aire leve,
De romper la sombría
Cárcel, de ver el campo y su alegría.
Si como sois yo fuera,
La muerte de mis hijos no llorára,
Y de contínuo viera
Cerca á mis hijas y consorte cara,
Sin arrancar del alma hondo gemido
El recuerdo cruel del bien perdido.
Dichosas sois: la suerte no os separa
De los dulces hijuelos,
Ni velais entre angustias y recelos,
Y en noche larga y soledad oscura,
El crujir de los goznes de la puerta,
Y de la firme y gruesa cerradura
El ágrio rechinar nunca os despierta.
Dios no quiera, palomas, que el milano
Los hijuelos os robe, ya que en vano
Llorando estoy los mios,
Los que robó la muerte despiadada,
Y los que fresca sombra y claros rios
Perdieron, con el nido y la enramada (1).

Al-Motamid lamentó la muerte de sus hijos en la siguiente elegía:

Fuente que brotas perene,
De tus ondas el tesoro

(1) Las aves de que habla Al-Motamid se llaman en árabe *cathas*.

Ménos lágrimas contiene
Que amargas lágrimas lloro.
¿Por qué no me matarán
De los hijos que he perdido
Los recuerdos, si un volcan
En mi pecho han encendido?
¡Ah! no me devora el fuego
De mi violenta pasion,
Porque con lágrimas riego
De contínuo el corazon.
Si bienes me dió el destino
En lozana juventud,
Mayores males previno
Para echarme al ataud.
La muerte de Fath lloraba,
Y apénas de aquella herida
La cicatriz se cerraba,
Perdió mi Iesid la vida.
¡De mi amor estrechos lazos,
Ya para siempre os perdí!
¡De mis entrañas pedazos,
Os arrancaron de mí!
¡Oh refulgentes luceros,
Vuestra luz se extinguió ya!
Hastas los dias postreros
Vuestro padre os llorará.
Guíeme tu luminosa
Huella ¡oh Fath! al paraíso,
Ya que como mártir quiso
Darte Alá muerte gloriosa.
¡Oh Iesid! no me consuelo
De tu pérdida temprana,
Ni áun creyendo que del cielo

Gozas la luz soberana.
Vuestra madre, en su dolor,
La bendicion os envia;
Con ella va el alma mia
A los hijos de su amor.
Nuestro llanto de amargura
Corre unido sin cesar.
¿Quién, de alma fria y dura,
No llora al vernos llorar?

Miéntras que Al-Motamid, cargado de cadenas, sólo con gran trabajo podia arrastrarse de un lugar á otro, vino á visitarle su hijo Abu-Haschin, y á la vista del desventurado padre rompió en desconsolados sollozos. Era el más mozo de los hijos de Al-Motamid, el más amado, y aquel á quien el Rey, despues de la batalla de Zalaca, donde sobresalió por su valentía, habia dirigido estos versos:

Pensé un instante en la fuga,
Mas firme volví á la lid,
Porque al mirarte, hijo mio,
Me avergonzaba de huir.

Ahora Abu-Haschin, en muy diferentes circunstancias, estaba llorando delante de su padre. Éste dijo:

¡Ay, cuánto he padecido!
¡Tened piedad de mí, rudas cadenas!

El peso me ha rendido,
Los fuertes eslabones me han herido,
Consumiendo la sangre de mis venas.
Mi Abu-Haschin, el corazon llagado
Y el noble rostro en lágrimas bañado,
Este tormento mira.
Tened tambien piedad del jóven bello,
Que no doble al dolor su erguido cuello;
Que el destino, en su ira,
No le obligue á que llore
Y de vosotras compasion implore.
Mover en fin vuestra piedad debian
Sus hermanas pequeñas, que en el seno
Maternal con la leche ya bebian
Del infortunio el áspero veneno.
Una en contínuas lágrimas se anega,
Cuyo fervor la ciega;
Otra fecundo pecho busca en vano
Con los hambrientos labios y la mano.

Cuando se vió completamente aislado, sin amigo alguno con cuya conversacion distraerse ó consolarse, y cuando vió que su infortunio no tenía término, se lamentó de esta manera:

¿Por qué he de esperar que vuelvan
Aquellas horas alegres,
Y que sanen mis heridas
Y que mis dolores cesen?
Con mi vida el infortunio
Se ha ligado para siempre.
¡Oh palacio de Az-Zahí!
¡Oh suntuosos banquetes,

Cuando en mi mesa solian
Tomar asiento los reyes!
Así el placer y el dolor,
Así los males y bienes
La tela de nuestra vida
Con varios colores tejen,
Hasta que corta la tela
Y la esperanza la muerte.

Cuando habia ya padecido largo tiempo en la dura cárcel, y pasado en ella horribles noches de insomnio, dijo á la tormenta, cuyos relámpagos y truenos le parecia que anunciaban al mundo su prision y sus males:

Ora en todas las regiones
Con su voz el trueno anuncia
Que encerrado en la mazmorra
Yaces como en una tumba.
Desde el ocaso al oriente
La tempestad rauda cruza
Y con su voz va llenando
Los corazones de angustia.
La nueva de tu infortunio,
Que sus acentos divulgan,
Arranca llanto á los ojos,
Conmueve el alma mas dura,
Y con dolor compasivo
La paz y la dicha turba
De los felices espíritus
Que moran en las alturas.
Éstos dicen: «¿Quién al fuerte,
Al vencedor atribula?

¿Quién al primero en las lides
Lanza en sima tan profunda?»
Yo respondo: «En esta sima
Me lanzó la desventura;
Combatí contra el destino
Y fuí vencido en la lucha.
Cual saquea los rebaños
De ladrones una turba,
De bienes, poder y gloria
Me despojó la fortuna.»

Entre los prisioneros de Agmat habia algunos dotados de talento poético, los cuales suplicaron al alcaide que los dejase algunas veces entrar en el calabozo de Al-Motamid para consolar su dolor conversando. Siempre que el alcaide accedió á esta súplica, halló Al-Motamid algun alivio á sus penas, contando á los amigos su desgracia y confiándoles los secretos de su corazon; pero cuando pasaba el tiempo que para estar juntos se les habia otorgado, y el rey se quedaba solo, caia de nuevo en honda melancolía. Por último, estos prisioneros fueron puestos en libertad, y él permaneció en su cárcel. Cuando vinieron á despedirse, tristes ya solo por el Rey y contentos de su ventura, Al-Motamid les dijo:

¿Por qué de mi llanto nunca
Ha de agotarse el venero

Que mis mejillas marchita,
Constantemente corriendo?
Por el infeliz amigo
Rogad, amigos, al cielo,
Y dadle gracias porque
Os libró del cautiverio.
A esperar igual ventura,
A soñarla no me atrevo.
¿Quién romperá las cadenas
Que me lastiman los miembros?
Me ciñen cual negras sierpes
Sus eslabones de hierro,
Y cual dientes de leones
Van triturando mis huesos.
Mas esta dicha presente
De mi dolor es consuelo.
Vuestros corazones laten
Con vivo gozo en el pecho.
Id, pues, felices y libres,
Y á Dios juntos alabemos
Por mi constante desdicha,
Por vuestro bien y contento.

Por último, el desventurado príncipe se rindió al peso de tantos males. Murió en su calabozo de Agmat, en el año de 1095. En su entierro, cuenta su biógrafo, se llamó al pueblo á la última oracion y se habló de él como de cualquiera otro extranjero. ¡Extraño destino de un soberano en otro tiempo tan poderoso y grande! ¡Alabado sea el Sér que siempre permanece y cuyo poder y grandeza eternamente duran! En

cuanto á la suerte de los suyos, sólo podemos decir que una de sus hijas fué vendida en Sevilla como esclava, y que su nieto se ganaba posteriormente la vida con el oficio de platero (1).

(1) «Al-Motamid, dice Dozy, no fué verdaderamente un gran monarca. Reinando sobre un pueblo enervado por el lujo y que no vivia sino para los placeres, con dificultad lo hubiera sido, aunque no lo impidiesen la indolencia natural y el amor á las cosas exteriores, dicha y debilidad de los artistas; pero nadie tenía mayor sensibilidad y poesía en el alma. El más insignificante acontecimiento de su existencia, todos sus gozos y todos sus dolores se revestian al punto de una forma poética. Su biografía pudiera escribirse, al ménos la de su alma, con sus mismos versos, revelaciones íntimas, donde se reflejaban las alegrías y las tristezas que el sol ó las nubes de cada dia traian ó llevaban consigo. Al-Motamid tuvo además la suerte de ser el último rey indígena que representó digna y brillantemente una nacionalidad y una cultura intelectual que sucumbieron, ó poco ménos, bajo el dominio de los bárbaros que habian invadido el país. Por esto fué objeto de una especie de predileccion, como el más jóven, como el último de los reyes poetas que reinaron en Andalucía. Se le lamentaba y se le echaba de ménos más que á otro alguno, casi excluyendo á los otros, como la última rosa de la primavera, los últimos hermosos dias de otoño y los últimos rayos del sol que se hunde en el ocaso.»

XI.

Ibn-Zeidun, Ibn-Lebbun, Ibn-Ammar é Ibn-ul-Catib.

Al echar una mirada sobre la larga lista de poetas andaluces cuyos nombres nos han trasmitido los historiadores arábigos, es difícil dominar el sentimiento de tristeza que nos inspira lo caduco de la gloria literaria. Las obras de estos poetas, que los críticos y literatos contemporáneos ponian en las nubes con extraordinarias alabanzas, que estaban en la boca de todos, que eran el encanto de un pueblo ingenioso y culto, han desaparecido en gran parte, y áun aquellas, bastante numerosas, que se han salvado de la pérdida general en los *Divanes* y *Antologias,* no llaman á sí cuanto deben la atencion de los filólogos orientalistas, á fin de descifrarlas con trabajo.

Si el celo que recientemente se ha despertado en favor de la literatura provenzal se apli-

case tambien á la arábigo-hispana, y se hiciesen ediciones y traducciones de las vidas y escritos de los poetas andaluces, alcanzariamos el debido conocimiento de un memorable período de la cultura europea. No creo que me ciega una extremada predileccion al asegurar que la poesía de los musulmanes españoles, á pesar de todas sus faltas, es muy superior á la poesía de los trovadores provenzales, por la ternura del sentimiento y la riqueza y el brillo de las imágenes, miéntras que el valor de su contenido histórico no es menor tampoco. Sin embargo, apénas se puede esperar que este vacío en la historia general de la literatura se llene pronto, cuando se nota la desidia que aqueja á los orientalistas. El presente trabajo no pasa de ser una tentativa, un conato de cumplir empresa tan grande, para la cual apénas bastaria toda la vida de un hombre.

En mi obra, por consiguiente, sólo se da al lector una ligera noticia del vasto campo inexplorado. Las biografías de los diversos poetas quedan fuera de sus límites, y sólo por excepcion se habla de la vida de algunos, ó bien cuando así lo requiere la inteligencia de los versos que se citan, ó bien cuando los sucesos de dichas vidas vierten mucha luz sobre las cir-

cunstancias literarias de la España muslímica. Por estas razones hemos hecho el bosquejo de la vida de Al-Motamid, y por estas razones vamos á dar tambien una breve noticia de algunos de los innumerables poetas andaluces.

Entre los más famosos resplandece Ibn-Zeidun. De él sabemos que nació en el año de 1003, y que, gracias á su talento sobresaliente, alcanzó alta posicion é influjo, desde su primera juventud, cerca de Ibn-Djahwar, el que despues de la caida del último Omiada, de quien habia sido guarda-sellos, fué en Córdoba presidente del Senado y supremo jefe del ejército de la república (1). Durante mucho tiempo poseyó Ibn-Zeidun la entera confianza del mencionado personaje, y fué enviado como embajador á muchas de las pequeñas córtes de Andalucía. Así evitó los tiros de la envidia; mas al fin le hirieron y le hicieron caer. Las circunstancias que concurrieron á su desgracia se ignoran del todo, pero es verosímil que contribuyesen á ella sus relaciones amorosas con la hermosa y discreta Wa-

(1) Dozy's *Catalogus Bibliotecæ Academiæ Lugduno Batavæ*, I, 242. *Weyers Spicimen criticum exhibens locos Ib-Khacaris de Ibn-Zeidunno.* Ibn-Challican.

lada. Esta princesa, de la familia de los Beni-Humeyas, apasionada de la poesía y famosa asimismo por sus versos, dió la preferencia á Ibn-Zeidun entre todos sus otros adoradores, y sin duda un rival despechado se vengó del favorecido con acusaciones, á que prestó fácil oido Ibn-Djahwar. El ántes poderoso favorito fué entónces encerrado en una cárcel, y en balde procuró ganar otra vez el favor de su señor por intercesion de un amigo. Logró, con todo, fugarse de la prision, y despues de haber estado algun tiempo escondido en Córdoba, se fué hácia la parte occidental de Andalucía. Su amor por Walada y el deseo de vivir cerca de ella le trajeron á menudo á los ya medio desolados jardines y quinta de Az-Zahra, donde esperaba ver en secreto á su querida princesa. Despues anduvo vagando mucho tiempo por diversos puntos y comarcas de España, y vino, por último, á la córte de Al-Motamid, quien le acogió amistosamente, y desde entónces, honrado con la confianza de este príncipe, vivió en Sevilla. Ocurrió su muerte en el año de 1071.

Los antólogos arábigos, tan inclinados por lo comun á los más pomposos encomios, de los cuales no es posible hacer mucho caso, apuran en loor de la grandeza poética de Ibn-Zeidun

todo el tesoro de sus acostumbradas hipérboles. «Su poesía, dicen, posee una fuerza superior á la del arte mágica, y su sublimidad compite con la sublimidad de las estrellas.» Aunque no debemos convenir en tales exageraciones, los versos de Ibn-Zeidun, inspirados en gran parte por su amor á Walada, nos parecen notables por el espíritu que en ellos vive y que tanto recuerda el espíritu de la moderna poesía. Generalmente se cree que aquellos arrobos de amor, aquellos ensueños melancólicos, aquellos sentimientos delicados y aquellas pinturas de la naturaleza, que tanto hermosean la poesía moderna, hallaron en Petrarca su primera expresion; pero yo me atrevo á afirmar que Ibn-Zeidun debe ser considerado como predecesor del cantor de Vauclusa. Como Petrarca, «vaga triste y pensativo por el silencioso sendero, en cuya arena no hay estampada huella humana; los peñascos y el arroyo murmurador son sus confidentes, y nadie hay en torno suyo que oiga sus quejas; sólo el amor va siempre á su lado. Entre las recientes ruinas de la grandeza omiada, en los desvastados mágicos jardines de Az-Zahra, lamenta su constante amor á Walada, y llama por testigos de su dolor á los astros que iluminan sus noches de insomnio. Como Childe Harold,

lleva consigo de lugar en lugar el desasosiego de su espíritu, buscando la paz que á su corazon le ha sido para siempre negada.

De la época de su estancia habitual en Az-Zahra son las siguientes líneas, que su biógrafo encabeza de esta suerte:

«Luégo que la primavera adornó los huertos con su túnica verde, abrió lirios y rosas, dió más caudal á los arroyos, é inspiró á los ruiseñores dulces trinos, con el espíritu más sereno, solia el poeta pasar alegremente las tardes en la enramada florida y en los bosquecillos umbrosos, respirando el dulce y perfumado ambiente.»

Entónces sentia con viveza el deseo de volver á ver á Walada; y no pudiendo ir á Córdoba, escribia cartas á la Princesa, donde le pintaba las emociones de su corazon y le daba quejas porque no venía á visitarle, teniéndole tan cerca:

Triste por los jardines de Az-Zahra
En tí pensando voy:
Rie la tierra, y despejada y clara
La atmósfera está hoy.
Tan apacible el aura de Occidente
Y tan blanda suspira,
Que me parece que mis penas siente
Y con piedad las mira.
Si al discurrir por floreciente suelo

Brilla, del sol herido,
Collar de perlas es el arroyuelo
Á tu cuello ceñido.
Este dia recuerda la hermosura
De otro remoto dia,
Cuando, en secreto, amor nos dió ventura
Y fugaz alegría.
Las flores que destilan el rocío
Se diria que lloran,
Que lamentan el fin del amor mio,
Que mi suerte deploran.
Hoy, como entónces, la fecunda vega
Se adorna de colores,
Y al peso del rocío se doblega
El tallo de las flores.
Cual rosicler de la mañana vivo
La rosa resplandece,
Y el loto soñador y pensativo
En el aura se mece.
Y todo cuanto siento y cuanto veo,
Flor, aura, luz, perfume,
Enciende, aviva más este deseo,
Que el alma me consume.
Ojalá que me hubiese arrebatado
Sentir y ser la muerte,
Ántes que me apartase de tu lado
La despiadada suerte.
Si el céfiro á tu lado me llevára
En sus alas ligeras,
En lo pálido y mustio de mi cara
Mi dolor conocieras.
Mi única, mi querida, mi tormento,
Á quien jamás olvido,

Tus protestas de amor, tu juramento,
Dime, ¿dónde se han ido?
La ingratitud del pecho te arrancaba
Tan molesta memoria,
Miéntras guardar la fe que te juraba
Era toda mi gloria.

Á Walada van tambien dirigidas las siguientes composiciones:

I.

Cuando en el centro del alma
Te hablo de amor, vida mia,
El corazon me destrozan
Los recuerdos de mi dicha.
Desde que ausente te lloro
Mis noches pasan sombrías,
Porque nunca tu belleza
Con su luz las ilumina.
El que de tí me apartasen
Entónces yo no temia:
Hoy juzgo el verte de nuevo
Dulce y soñada mentira.

II.

Aunque de tí me alejaron
Es tu morada mi pecho:
Por el mundo me olvidaste,

Y eres mi mundo y mi cielo.
Las dichas que te rodean
Borran en tu pensamiento
Del que constante te ama
Hasta el más leve recuerdo.
Áun no he logrado, sin duda,
El fin que siempre pretendo
¿Qué fin? dices. De mi vidá
Responda cada momento.

III.

Si tú quieres, nunca, nunca
Acabará nuestro amor:
Misterioso, inmaculado,
Vivirá en mi corazon.
Para conquistar el tuyo,
Sangre y vida diera yo.
Siendo corto el sacrificio,
Comparado al galardon.
Este yugo de mi alma
Nadie nunca le llevó;
Mas tú le pusiste en ella;
No temas su rebelion.
¡Despréciame! he de sufrirlo;
¡Ríñeme! tienes razon;
¡Huye! te sigo; ¡habla! escucho;
¡Ordena! tu esclavo soy.

IV.

Desde que dejé de verte,
Las fuerzas me abandonaron,
Y se descubrió el misterio
Que sólo á tí he confiado.
Me han de rechinar los dientes
Si me intimido y abato,
Y no intento lo imposible
Para vivir á tu lado.
Quiera Dios que ver de nuevo
Pueda yo tu soberano
Rostro, bello cual la luna,
Como las estrellas claro.
Ora, en mis oscuras noches,
Me lamento, recordando
Las que contigo lucientes
Y tan rápidas pasaron.

Durante su permanencia en el Occidente de Andalucía, compuso Ibn Zeidun unos versos, donde, con motivo de las fiestas que siguen al Ramazan, que es el mes del ayuno ó la cuaresma de los muslimes, recuerda con vivo sentimiento los dias felices que pasó con los amigos en la patria. En estos versos se citan varios palacios, jardines y quintas de Córdoba y sus cercanías:

Ya no me alegran las fiestas
Con que el Ramazan termina:
Temprano y tarde mi pecho
Lleno de dolor suspira.
Volar á Yarb-ul-Icab
Tan sólo mi mente ansía,
O al prado que al pié del monte
Extiende verde alcatifa,
O al bello alcázar persiano,
Que el alma jamas olvida,
Ya que por él mi deseo
Arde como llama viva.
En el valle de Ruzafa
Mi pensamiento se fija,
Tristes memorias hallando
De breves pasadas dichas.
¡Cómo en Mosannat Malic
Era grande mi alegría,
Ya bebiendo, ya nadando
Sobre las ondas tranquilas!
En el claro y limpio lago
Blandamente me mecia,
Y los espejos bruñidos
Era su faz cristalina
Que en los famosos salones
De Salomon relucian.
¡Oh sitios donde he gozado
De las mayores delicias,
Do amor me brindó sus bienes,
Do paz y contento habitan!
¡Oh mi Az-Zahra, cómo anublan
Las lágrimas mis pupilas,
Al ver que en tu paraíso

La entrada me fué prohibida!
¡Oh de alicatados muros,
Morada de los califas,
Cuyo resplandor ofusca
Más que sol de mediodía!
Siempre los ojos del alma
Contemplan la hermosa quinta
Y las dos torres soberbias,
Que como las joyas brillan.
A todos allí los hados
Dones espléndidos brindan;
Como en el Eden, allí
El pensamiento se hechiza;
Allí, donde las palomas
Del calor que las fatiga
Buscan alivio, en las siestas,
Bajo la enramada umbría,
El amor me dió su gloria,
Me fué la suerte propicia.
Ora, en vez de los acentos
De las cantadoras lindas,
Mi sueño interrumpe el buho,
Que agorero y ronco grita.
Antes, al dorar los cielos
El alba con su sonrisa,
Vino aromático y puro
Me escanciaba mi querida;
Hoy me despierta azorado
Espantosa pesadilla,
Y pongo mano á la lanza
Para defender mi vida.
¡Ay, cuán rápida pasaba
Del Bétis en las orillas!

Orillas del Guadiana,
¡Ay, qué lenta se desliza!

En el tiempo que áun estaba el poeta escondido en Córdoba, escribió la siguiente epístola á su íntimo amigo Abu Beckr Ibn Labbana, poeta tambien. En ella habla de su desgracia y de su amor á Walada, se disculpa de su fuga del calabozo, y ruega á su amigo que interceda por él cerca de Ibn-Djahwar, para que desatienda las acusaciones de sus enemigos, á las que dió crédito muy de ligero:

Vivo de mis amigos separado,
Por la distancia no, sí porque ahora
Verlos y hablar con ellos no me es dado.
La suerte, siempre infiel, siempre traidora,
Aquel lazo rompió que nos unia,
Y su crueldad mi corazon deplora.
Desde que no los veo, cual solia,
Raras veces mis párpados el sueño
Con encantado bálsamo rocia.
En balde forma el peregrino empeño
Por llegar á los puros manantiales
Y ser del agua codiciada dueño.
¡Ay! Detienen su paso los jarales;
Con espinas le hiere la maleza;
Cercada está la fuente de zarzales.
De aquella corza de sin par belleza,
Á quien mi tierno pecho dió guarida,
Me separa del hado la fiereza.

¡Cuán gentil es la vida de mi vida,
Profundo el seno, estrecha la cintura,
Y toda ella en juventud florida!
El corazon, henchido de amargura,
Como tiembla el zarcillo de su oreja,
Me temblaba dejando su hermosura.
Yo no logré mi enamorada queja
Decir entónces, porque anuda el llanto
La lengua y libres los suspiros deja.
¿Cómo no ve la juventud que tanto
Atrevimiento al envidioso mueve?
¿Cómo el corcel no mira con espanto
Que detenerle en su carrera debe
Y sus bríos domar áspero freno,
Cuando del mundo al límite se atreve?
¿No se mella el alfange sarraceno?
¿No se abate la flecha voladora?
Á pesar del destino, está sereno
Mi corazon indómito, y ahora
Á tí se vuelve, y por tu amor confia
En recobrar lo que perdido llora.
Noble Abu Bekre, de la vida mia
Firme sosten, desde que el padre amado
Cerró los ojos á la luz del dia,
Sobre mí tu favor has prodigado,
Como el tesoro de las aguas vierte
Fecunda nube en el sediento prado;
Tú, de mi alma en el acero inerte
Al tocar, produjiste la centella,
El fuego que en mi espíritu se advierte,
Miéntras el que tu espíritu destella
Cual sol hizo brotar las gayas flores,
Y adelantó la primavera bella,

Y aromas dió y espléndidos colores
Al jardin de los genios, do he podido
Ramilletes tejer encantadores.
Hoy el dolor me tiene envejecido;
Dentro de mí se anida el desaliento,
Y áun no está mi cabello encanecido.
Cual huerta no regada el alma siento,
Cuyo verdor lozano se marchita;
Estéril, seco está mi pensamiento.
Más que á lienzo sutil que el viento agita,
Más que al camello carga triplicada,
Me ha quebrantado la prision maldita.
Como á otros, cosecha sazonada
En su pensil el mundo me ofrecia,
Y me dió sólo fruta emponzoñada.
Quizás ardiente anhelo me extravia;
Pero, si mi imprudencia erró el camino,
Me valdrán la constancia y la osadía.
Me alcé como el lucero matutino,
Las pléyadas herir quiso mi frente,
Y al suelo en fin me derribó el destino.
Anhelado lugar; puesto eminente
El Príncipe en su gracia me otorgaba,
Cuando me desechó tan duramente.
Fué inutil luégo cuanto yo pugnaba
Por tornarle propicio, pues artera
La envidia su cariño me robaba.
Yo canté la justicia con que impera,
Y de Córdoba el alto señorío,
Joya luciente, del saber esfera,
Que al mundo da magnífico atavío,
Cinto en el medio, y en la sien corona;
Pero el Príncipe oyóme con desvío,

Porque la turba que feroz se encona,
La camada de sierpes, que arrastrando
Al águila sus vuelos no perdona,
Me estaba en las tinieblas calumniando.
Harto ya de sufrir tanta clausura
Y receloso del contrario bando,
Audaz fuguéme de la cárcel dura;
Mas el huir no prueba mi delito:
Para evitar más honda desventura,
Inocente Moisés huyó de Egito.
Con el dueño benigno á quien venero
Á poderosa intercesion te invito.
En tí fundar mi confianza quiero:
De su dulzura, que el error olvida,
Que tu voz oiga y me perdone espero.
Si mi súplica humilde es atendida,
¡Oh Abu-Bekre! tu apoyo nuevamente
El sello del honor pondrá en mi vida.
En tu apoyo al pensar goza mi mente,
Como goza el olfato, si el perfume
De almizcle y ámbar derretido siente.
Tendrá fin el pesar que me consume,
Si el ansiado perdon por tí me llega,
Como mi alegre corazon presume;
Pero si injusto el Príncipe le niega,
Apelo al mismo Dios, Señor del mundo,
Cuya justicia la pasion no ciega,
Y ve del corazon en lo profundo.

Como una de las más sobresalientes figuras entre los poetas mahometanos de España debe contarse tambien Ibn-Lebbun, noble señor an-

daluz, de atrevidos y elevados pensamientos. Gobernador de Murviedro, se hizo independiente de la soberanía del débil Al-Kadir, pero sin tomar el título de príncipe. Cuando el Cid se apoderó de Valencia, pidió á los comandantes de todos los castillos cercanos que le suministrasen víveres para su ejército, con la amenaza de que los tomaria por fuerza si á ello no se avenian. Esto colocó á Ibn-Lebbun en situacion muy angustiosa. Era evidente que con sus cortísimos recursos no se podia defender contra el Cid, y que era absurdo provocar su cólera. Por otra parte, áun cediendo, estaba seguro de que el Cid habia de saquear su estado. Entónces determinó dar á Murviedro y sus demas dominios á Ibn-Razin, señor de Albarracin, á trueque de la renta de un año. Pronto, sin embargo, se arrepintió de lo hecho, y lamentó su perdida grandeza, aumentando este sentimiento lo mal que Ibn-Razin se condujo con él. Las más de sus composiciones poéticas están escritas con este motivo:

I.

Atras. ¡Dejadme que corra
Al Ocaso y al Oriente!
¡Venga el fin de mi dolor,

O venga pronto la muerte!
Un cubil y un hueso bastan
Para que el can se contente;
Mas el águila real
Será menester que vuele.
Desde lo sumo del aire,
En que altanera se cierne,
Con los penetrantes ojos
Campos busca, espia reses,
O remontándose al cielo,
La tierra de vista pierde,
Yo como el águila vivo,
Volando, aspirando siempre.
Cuando una region me cansa,
El mejor de los corceles
Me lleva cual torbellino
Á otras regiones y gentes.
Los amistosos consejos
No consiguen detenerme;
Espuelas doy al caballo;
Voy donde nadie se atreve.
Soy como el sol, que en un punto
Del ancho cielo amanece,
Y en la extremidad opuesta
Entre las ondas se duerme.

II.

¿Dónde se ocultan los soles
Que cerca de mí lucieron,
Miéntras que el mundo envolvian
Las sombras en negro velo?

¿Dó las noches que á tu lado
Pasé con dulce misterio,
Cuando dormia el celoso
Y no espiaban sus celos?
¡Qué placer cuando tu diestra
El vaso me daba lleno
Del áureo vino, encendido
Cual flor del algarrobero!

III.

Seguidme al desierto, amigos,
Para que busque en la arena,
De la mansion de mi amada
Las ya derruidas piedras.
Recordar quiero las noches
Que alegre pasé con ella,
Y llorar el tiempo hermoso
Que para siempre se aleja.
Lozano vástago verde
Entónces mi vida era,
Que crece en planta jugosa
Y se dilata con fuerza.
Aun en paz con el destino,
Dichas lograba completas:
Rico vino me escanciaba,
Mañana y tarde, mi bella.
Estrechándola en mi seno,
Ebrio de vino y terneza,
Beber pensaba en sus ojos
El fulgor de las estrellas.
El deleite sobre ambos

Quiso desplegar su tienda:
Allí pláticas sabrosas,
Risas, cantares, y tiernas
Caricias, y dulces besos,
Y el sonar de la vihuela,
Y tener en abundancia
Cuanto la mente desea,
A fin que el anhelo en goces
Apénas nacido muera.
¿Quién pensára que venía
El infortunio tan cerca?
No hay que fiar ¡oh fortuna!
En tus falaces promesas.
Quien gusta licor suave,
Nunca las heces sospecha.
Me embriagaste con tus dones,
Trastornando mi cabeza,
Y luégo de hiel amarga
Me diste la copa llena.
¡Cuánto dolor sobre mí
Desde aquel instante pesa!
¡Ay, cuánta noche de insomnio
Pasé sintiendo mis penas!
¿Cómo pensar que mis planes
En mi daño se volvieran?
¿Por qué me castiga el cielo?
¿Por qué culpa me condena?
Cuando me llamó la gloria,
No reposé hasta tenerla,
Llevando en nobles arranques
Á todos la delantera.
Aunque eres cruel, fortuna,
Justo es que yo te agradezca

Que arrancaste de mis ojos
Alucinados la venda.
Antes soñando vivia;
Ya tu mano me despierta,
De los hombres y del mundo
Mostrándome la vileza.

IV.

Basta, basta; ya del mundo
Para siempre me separo;
Sus mentiras no me ciegan,
He roto todos sus lazos;
Ya mi horizonte limita
De un pobre huerto el vallado.
En mis libros confidentes
Y amigos tan sólo hallo.
Noticias me dan del mundo
Y de los siglos pasados.
Y un tesoro de verdades
Me ofrecen y desengaños;
Mas sentiré que en la huesa
Me den los hombres descanso,
Sin saber qué corazon,
Qué ingenio habrán sepultado.

La vida de Ibn-Ammar presenta una de los más extraordinarios ejemplos de los lances y aventuras de los errantes cantores de Andalucía. Nacido en humilde cuna y en desvalida pobreza, vagando luégo de lugar en lugar como un

mendigo, cantando y pordioseando su pan, amigo despues y consejero de un rey, su visir prepotente y su dichoso y hábil capitan, que despojaba de sus estados á los príncipes; y, por último, elevado tambien á la dignidad real, aunque derrocado pronto desde tan vertiginosa altura en más hondo abismo de miserias, este poeta sería adecuado héroe de una historia en que se reflejase la España muslímica del siglo XI, como la España cristiana del XVII se refleja en el *Gil Blas* (1). Ibn-Ammar nació en una aldea cerca de Silves. En Silves recibió su primera educacion literaria, y de allí pasó á Córdoba á perfeccionarse. Pronto sus composiciones poéticas le dieron cierta fama, y desde entónces empleó este talento para ganarse la vida, recorriendo las ciudades y villas de Andalucía, y componiendo panegíricos á grandes y pequeños en cambio de una limosna. Así volvió á Silves, sin poseer más que una mula, á la que no tenía pienso que dar. En este apuro, acudió á un rico y presumido mercader, antiguo conocido suyo, y le compuso una *kasida* llena de las más estruendosas alabanzas. El merca-

(1) ABD-UL-WAHID, 79.—IBN-CHALIKAN.—DOZY, *Histoire,* IV, 133.

der no se mostró insensible á tanta lisonja, y le dió en pago un costal de cebada. Ibn-Ammar quedó encantado de tanta generosidad y de tan rico presente. Otra *kasida,* que empieza:

Dadme el vaso; las auras matinales
Se extienden sobre valles y colinas;
Las pléyadas se paran fatigadas
De recorrer la bóveda sombría:

llamó la atencion del rey Al-Motadid de Sevilla, el cual mandó que le presentasen al errante poeta. Éste consiguió pronto hacerse amigo del Príncipe heredero Al-Motamid. Las relaciones amistosas entre los dos, segun la expresion de su biógrafo, eran más íntimas que las de un hermano con un hermano y las de un padre con su hijo. Lo que hizo que nuestro aventurero conquistase en tan alto grado el favor del Príncipe fué principalmente su talento poético. Ibn-Ammar se hizo tan famoso con sus *kasidas,* que, despues de Ibn-Zeidun, pasa por el mejor poeta de su siglo. Sin embargo, sus composiciones están, en nuestro sentir, muy por bajo de las de Ibn-Zeidun. Rara vez hay en ellas una sola palabra que salga del corazon y que vaya al corazon, y en cambio, nos fatigan con rebuscados giros y metáforas, que causan más bien

la impresion de ejercicios retóricos que de legítima poesía.

En la encantadora mansion de Silves, donde gobernaba Al-Motamid, pasaron los dos amigos muy felices dias, que ambos han inmortalizado en sus versos. Con todo, Ibn-Ammar tuvo desde entónces sombríos presentimientos de que su dicha y la amistad del Príncipe no habian de durar siempre. Se cuenta que una tarde le llamó Al-Motamid á la estancia, en la que sólo era permitido entrar á los más íntimos. Al-Motamid solia hacer esto con frecuencia, pero aquella tarde estuvo más afectuoso que de costumbre, y convidó tambien á Ibn-Ammar á que pasase allí la noche. Ya muy mediada ésta, y cuando ambos dormian, oyó Ibn-Ammar una voz que le gritaba: «Está alerta, infeliz; porque te matará dentro de poco!» Entónces despertó, lleno de espanto, pero pronto volvió á dormirse, y oyó de nuevo el mismo grito, que le despertó otra vez. Habiendo oido el mismo grito por vez tercera, Ibn-Ammar se levantó azorado, se envolvió en un cobertor y bajó precipitadamente al patio del palacio, á fin de esconderse allí y aguardar la venida de la mañana para huir hácia algun puerto y embarcarse para África.

Poco despues se despertó tambien Al-Mota-

mid, notó la desaparicion de su amigo, y llamó á sus esclavos para que encendiesen antorchas y le buscasen. El mismo Al-Motamid iba buscándole, y pronto le descubrió en su escondrijo. Cuando le preguntó á solas la causa de su fuga, Ibn-Ammar no pudo ménos de confesarla. «Amigo, contestó Al-Motamid, el vino te ha trastornado la cabeza y ha producido la pesadilla. ¿Cómo habia yo de matarte? Tú eres mi alma y mi propia vida. Eso sería un suicidio.» Con estas cariñosas palabras volvió la calma á su espíritu; pero, como añade el biógrafo, el sueño habia predicho la verdad. Al-Motamid mató su propia vida.

El escepticismo de Ibn-Ammar, despertado en él desde temprano, quizá por efecto de su vagabunda y desastrada vida, y que se mostraba en el pleno goce de los favores y amistad del Príncipe, haciéndole dudar de que fuesen estables, se extendió tambien á la religion. Un dia, yendo con el Príncipe á la mezquita, y oyendo la voz del muecin que en el alminar resonaba, dijo Al-Motamid, improvisando:

¡Oye! En el alminar de la mezquita
El almuédano llama á la oracion.

Ibn-Ammar contestó:

La suma de sus culpas infinita
Así tal vez conseguirá perdon.

Al-Motamid prosiguió:

Bien merece el perdon y la ventura,
Porque da testimonios de verdad.

Y Ibn-Ammar replicó:

Con tal que todo eso que asegura
No lo tenga por una falsedad.

No bien subió Al-Motamid al trono, Ibn-Ammar, como su principal valido, obtuvo los más altos empleos. Primero fué gobernador de Silves, donde hizo su entrada con casi régia pompa, cercado de numerosos esclavos y servidores. El brillo de su nueva posicion no le hizo olvidar á aquellos que le habian favorecido con algun beneficio cuando era poeta vagabundo. Habiendo sabido que vivia aún el mercader que le habia dado por su *kasida* un costal de cebada, le envió el mismo costal lleno de monedas de plata; haciendo que le dijesen que si le hubiese enviado trigo en vez de cebada, en vez de monedas de plata hubiera recibido monedas de oro.

El jóven Rey no pudo por largo tiempo sufrir la ausencia de su favorito. Le llamó á Se-

villa y le nombró su visir y primer general. Ibn-Ammar, que era ya temido de los príncipes andaluces á causa de lo punzante de sus sátiras, adquirió entónces tal influjo y tan alto grado de poder, que su fama se extendió por toda la Península. Era depositario de los sellos reales; mandaba con casi ilimitado poder en el ejército, y cuando caminaba con brillante séquito y banderas desplegadas, se hacian sonar las trompetas. Tambien mostró Ibn-Ammar notable habilidad para la diplomacia, y muchas veces fué enviado á la córte de Castilla para tratar importantes asuntos. En cierta ocasion, como las huestes cristianas avanzasen en gran número contra Sevilla, logró por medio de un ardid apartar el peligro que amenazaba á los mahometanos. No ignorando la aficion de Alfonso VI al juego de ajedrez, se apercibió con uno de costoso trabajo, cuyas figuras eran de ébano, sándalo y aloe. En seguida fué como negociador al campamento de Alfonso VI, y se compuso de suerte, que su juego de ajedrez llamó la atencion de los cortesanos. Uno de ellos habló de él al Rey, y excitó de tal suerte su deseo de poseer el juego, que en cuanto vió á Ibn-Ammar le dijo que le queria. «Bien está, contestó el astuto visir por medio del intérprete; jugaré contigo

una partida, y, si me ganas, te quedarás con el ajedrez; pero, si yo te gano, has de satisfacerme una exigencia.» El Rey, luégo que vió el ajedrez, quedó tan encantado, que se inclinó á aceptar la condicion para poseerle. Entre tanto, Ibn-Ammar, que se habia retirado, puso en secreto de su parte á algunos de los grandes por medio de considerables sumas de dinero. El juego de ajedrez no se apartaba del pensamiento del Rey, y no pudiendo resistir más, consultó á los grandes sobre la proposicion que Ibn-Ammar le habia hecho. Éstos excitaron más su codicia, y Alfonso VI llamó de nuevo al árabe y aceptó la condicion. Se preparó el tablero, y el Rey y el mahometano se pusieron á jugar, siendo los caballeros y grandes, allí presentes, testigos y jueces en la contienda. Ibn-Ammar era un jugador de ajedrez distinguidísimo; no habia en toda Andalucía quien compitiese con él. Así es que ganó la partida en presencia de todos y de un modo brillante. Entónces dijo al Rey: «Está bien: ahora puedo enunciar claramente mi peticion.» Alfonso le preguntó que cuál era. «Te pido, contestó, que tú y tu ejército os volvais al punto á vuestra tierra.» Al oir estas palabras; el Rey frunció el entrecejo y se levantó enojado, pero pronto se repuso y dijo á los grandes:

«Algo sospechaba yo de que iba á parar en esto; pero vosotros me dijesteis que su peticion no podia tener importancia.» Entónces mostró el propósito de no considerarse obligado por la promesa, y de llevar adelante su expedicion; pero le hicieron presente que el primero de los reyes cristianos no debia faltar á su palabra. Poco á poco el Rey hubo de tranquilizarse, prometiendo que se retiraria si en aquel año se le pagaba doble tributo. Ibn-Ammar, no sólo convino en esto, sino que inmediatamente puso á los piés del Rey el dinero que dicho tributo importaba. El Rey se retiró con sus huestes, y así, por aquella vez, se vieron libres los mahometanos de la invasion enemiga (1).

---

(1) Un hecho semejante ocurrió más tarde, entre don Diego Fajardo, alcaide de Lorca, y el rey Boabdil; pero don Diego Fajardo no fué tan leal como Alfonso VI. Un antiguo romance recuerda lo sucedido:

Jugando estaba el rey moro
En rico ajedrez un dia,
Con aquel Diego Fajardo,
Con amor que le tenía:
Fajardo jugaba á Lorca,
El moro juega á Almería.

Tambien fué enviado Ibn-Ammar para tratar asuntos diplomáticos á la córte de Raimundo Berenguer II, conde de Barcelona. A su vuelta pasó por Murcia, y concibió la idea de agrandar el reino de Sevilla con aquel estado. Despues de persuadir á Al-Motamid de lo excelente de su plan, marchó con un poderoso ejército para derribar de su trono á Ibn-Tahir, señor de Murcia. Con el auxilio de un traidor lo consiguió pronto, y Murcia le abrió sus puertas. Ibn-Ammar quiso dulcificar la suerte del príncipe destronado, que habia caido en su poder, y le envió una vestidura de honor. Ibn-Tahir respondió orgullosamente al que se la trajo: «Di á tu amo que yo no quiero de él sino una larga zamarra y un gorro tosco.» Cuando repitieron á

Jaque le da con el roque,
El alférez le prendia.
Á voces le dice el moro:
—La villa de Lorca es mia.
—Calles, buen rey, no me enojes
Ni tengas tal fantasía,
Que aunque tú me la ganases,
Lorca no se te daria:
Caballeros tengo dentro
Que te la defenderian, etc.

(N. del T.)

Ibn-Ammar tales palabras, dijo para sí: «Ya comprendo lo que significan; me recuerda el vestido que yo usaba cuando pobre y menesteroso vine á su córte y le recité mis poesías. ¡Alabado sea Aquel que, segun su voluntad, da y quita, eleva y abate!» Con todo, no perdonó á Ibn-Tahir la ofensa, y mandó que le redujesen á dura prision en un castillo.

Desde entónces imperó en Murcia nuestro aventurero, en apariencia como virey ó lugarteniente de Al-Motamid, pero en realidad con ilimitada soberanía. El buen éxito de sus empresas y la deslumbradora altura de poder en que se habia colocado le hicieron perder el tino. Cuando daba audiencia, aparecia con un adorno de cabeza ó bonete puntiagudo, que sólo los reyes solian usar, y empezó á obrar tan inconsideradamente, que vino á hacerse sospechoso de rebelion. A la verdad no habia ningun fundamento para afirmar que tuviese propósito de sublevarse, pero su extraña conducta facilitó á sus enemigos y envidiosos el darle cierto viso y apariencia de desleal, excitando los recelos de Al-Motamid. Ibn-Ammar procuró entónces apaciguar á su amo con una poesía en que apelaba á las innumerables pruebas de adhesion que le habia dado, pero sus rivales no descansaron

hasta que le pusieron en lucha abierta con el Rey. Versos, como de costumbre, dieron la señal para el rompimiento de las hostilidades. Ibn-Tahir, el destronado príncipe de Murcia, se escapó de la cárcel en que Ibn-Ammar le tenía, y halló asilo en la córte del príncipe de Valencia. Ibn-Ammar, furioso contra éste, compuso una poesía excitando á los valencianos á la rebelion. Al-Motamid la parodió, llenando de invectivas á su antiguo privado, y éste, ardiendo en cólera, escribió una sátira, en donde, no sólo maltrató al Rey de Sevilla, sino que tambien insultó á su mujer. La sátira llegó á noticia de los injuriados, y la reconciliacion se hizo imposible (1).

(1) Ibn-Ammar parece que no leyó la sátira contra Al-Motamid y su familia sino á sus íntimos amigos, pero entre ellos habia un rico judío de Oriente, que era espía del Príncipe de Valencia, Ibn-Abdalaziz. El judío pudo proporcionarse una copia autógrafa de la sátira, y la envió al Príncipe de Valencia, quien á su vez la envió al Rey de Sevilla por medio de una paloma. La sátira decia, entre otras cosas: «Al-Motamid, yo mancharé tu honra, yo desgarraré el velo que cubre tu torpeza, yo le desgarraré en jirones. Sí, émulo de los antiguos heroes; sí, tú has defendido algunas aldeas, pero tus mujeres te engañan y tú lo consientes.» *(N. del T.)*

De este modo se vió precisado Ibn-Ammar á tomar una posicion independiente. Poco despues, á instigacion de aquel mismo traidor que le habia abierto las puertas de Murcia, se le sublevaron los soldados, pidiendo á gritos las pagas atrasadas, y amenazándole con entregarle á Al-Motamid si no les pagaba. Para huir de este peligro, Ibn-Ammar se puso en precipitada fuga y se fué á la córte de Alfonso VI. No habiendo sido acogido allí como esperaba, pasó á Zaragoza y entró al servicio de Al-Moctadir. Allí tambien su espíritu inquieto le incitó á emprender peligrosas aventuras, una de las cuales fué causa de su perdicion. Al tratar de apoderarse del castillo de Segura, cayó en manos del señor de aquella fortaleza, quien le encerró en un calabozo, cargado de cadenas, y anunció que le venderia á aquel de sus enemigos que le diese más dinero por él. Con este motivo, compuso Ibn-Ammar los siguientes versos:

En almoneda se vende
Mi cabeza; pagad caro;
Que merece mi cabeza
Venderse á precio muy alto.

Al-Motamid fué el más alto postor. Envió á Segura á uno de sus hijos, para entregar la

suma estipulada y traerse al prisionero. Ibn-Ammar vino entónces á Córdoba, encadenado, cercado de soldados y puesto sobre un mulo entre dos haldas de paja. Así atravesó las calles de la ciudad, llenas de inmenso gentío. Al-Motamid quiso que le viesen tanto los nobles como el pueblo, los cuales en otras ocasiones, cuando entraba en Córdoba Ibn-Ammar, salian todos á recibirle, y hasta los más ilustres se estimaban dichosos si obtenian un saludo suyo ó lograban besarle la mano. El infortunado visir, caido ya de su elevacion y de la dignidad casi régia á que se habia encumbrado, fué conducido á la presencia de Al-Motamid, quien le echó en cara los favores que le habia prodigado y su negra ingratitud. Ibn-Ammar bajó los ojos al suelo, y respondió por último: «No niego nada de lo que me echas en cara, oh mi señor, á quien Dios proteja; y si lo negase, las piedras hablarian para desmentirme. He faltado, he delinquido; pero perdóname.» Al-Motamid replicó: «Lo que has hecho no puede perdonarse.»

Entónces Ibn-Ammar fué conducido á Sevilla en una embarcacion y encerrado en el calabozo de una torre que estaba al lado del palacio de Al-Motamid. A fuerza de súplicas, logró el prisionero que le diesen papel y recado de

escribir, y compuso una *kasida,* que hizo llegar á manos del Rey. Algo enternecido éste, mandó que llevasen á Ibn-Ammar á su presencia. Al-Motamid, en esta nueva entrevista con su antiguo amigo, le volvió á hablar de sus favores y de lo ingrato que habia sido. El prisionero no respondió palabra al principio, pero con muchas lágrimas trató de mover á compasion el ánimo del Rey. Por último, le recordó la amistad que en la mocedad los habia unido y los dichosos dias que entónces habian pasado juntos.

Estos recuerdos de la antigua amistad no dejaron de conmover el corazon de Al-Motamid, que, si bien no perdonó á Ibn-Ammar, le dirigió algunas palabras afectuosas. De vuelta á su calabozo, no pudo éste contener el gozo dentro de sí, juzgándose ya perdonado, y escribió al punto una carta á Rachid, hijo de Al-Motamid, participándole sus esperanzas. Rachid recibió la carta cuando tenía en su casa convidados á algunos antiguos enemigos de Ibn-Ammar, los cuales se enteraron de todo y difundieron sobre el contenido de la carta no pocas mentiras á propósito para excitar la cólera del Rey. Al-Motamid mandó á preguntar al punto al prisionero si habia puesto en conocimiento de álguien la conversacion que ambos habian tenido el dia an-

terior. Ibn-Ammar lo negó. El Rey le mandó á preguntar entónces en qué habia empleado el segundo de los dos pliegos de papel que le habia enviado, en uno de los cuales habia escrito la *kasida*. Ibn-Ammar contestó que en escribir el borrador de los versos. Al-Motamid pidió que le remitiese el borrador. Ibn-Ammar no tuvo al fin más recurso que confesar que habia escrito una carta á Rachid. Excitado entónces por el sentimiento de que Ibn-Ammar habia hecho de nuevo traicion á su amistad, rayando su ira en demencia, y creyendo cuanto le habian dicho de malo sobre el contenido de la carta, tomó el Rey un hacha magnífica, que Alfonso VI le habia regalado, bajó á saltos la escalera, y se precipitó en el calabozo de Ibn-Ammar. Anonadado éste al ver al Rey ardiendo en ira, conoció que venía á matarle, y agobiado con el peso de las cadenas, se arrojó á sus piés, demandando piedad. El Rey, sordo á todas las súplicas, levantó el hacha é hirió repetidas veces á Ibn-Ammar hasta que le dejó muerto (1).

(1) Así en el cap. x de esta obra, como en estas noticias biográficas de Ibn-Ammar, nos da el Sr. Schack á conocer á Al-Motamid y á su córte. Sentimos que no haya hecho lo mismo con la córte y la persona de Al-Motacin rey de

Los árabes no seguian la opinion, hoy muy general, de que el talento poético se desenvuelve mejor en la soledad y léjos del tumulto de la vida, ni mucho ménos la de que perturba, en quien le posee, la serenidad y la perspicacia que

---

Almería, contemporáneo de Al-Motamid y víctima, como él, de la ambicion de los almoravides. Al-Motacin fué poeta tambien y gran protector de los poetas. Era de la familia de los Beni Casi, los cuales procedian de estirpe pura española, aunque desde la época en que los moros conquistaron á España se habian hecho musulmanes, produciendo desde entónces para el islamismo muchos ilustres príncipes, generales y poetas. Dozy, en el tomo I de sus *Recherches,* dedica muchas páginas á pintar la córte de Al-Motacin, á mostrar su carácter, á referir su vida y á traducir en prosa no pocos versos de sus poetas cortesanos. Entre éstos se cuentan Ibn-al-Haddad de Guadix, Ibn-Charaf de Berja, Ibn-Obada y Somaisir de Elvira. Lo más culto, lo más humano, lo más suave de costumbres en aquella edad era indudablemente la córte, la persona y la familia de Al-Motacin, rey de Almería. Los hijos del rey, los príncipes Rafi-ad-Daula é Izz-ad-Daula y la princesa Umm-ul-Kiram, componian elegantes versos. Algunos de ellos, así como otros de otros poetas de la córte de Al-Motacin, van ya insertos en diferentes capítulos del tomo primero de esta traduccion. *(N. del T.)*

se requieren para dirigir los negocios de estado. Por el contrario, sus príncipes solian confiar los más elevados empleos á los poetas, y éstos se valian á menudo de la poesía para alcanzar más brillantes resultados en la política que por medio de notas diplomáticas. De esto da notable ejemplo la vida de Ibn-ul-Jatib (1). Nacido á orillas del Genil, en la ciudad de Loja, en la primera mitad del siglo XIV, vino muy jóven á establecerse en Granada, floreciente capital á la sazon del reino Nazarita. Aunque era médico y filósofo, su predilecta inclinacion le llevaba más que á nada al estudio de la literatura; así es que estudió con gran celo las obras poéticas de los antiguos árabes, y ya, desde su más temprana mocedad, se dió á conocer por sus epístolas y otras composiciones en prosa rimada, que manifestaban un raro ingenio. Una *kasida* que compuso en elogio del rey Ab-ul-Hagiag (2) alcanzó

(1) IBN-CHALDUM, *Historia de los Bereberes,* II, páginas 454-491.

(2) En el tomo primero, página 252, hemos llamado á este rey Abul-Hadschadch, tal como le nombra el autor que traducimos. Ahora le damos aquí el nombre que le da Conde, por parecernos de más fácil pronunciacion para los españoles. Como ignoramos la lengua arábiga,

extraordinaria fama y llegó á divulgarse por todo el reino y áun por los más remotos países. En premio de esta obra, le llevó el Rey á su lado, y luégo le dió un empleo en la cancillería de palacio. Pronto su talento le allanó el camino de más altos empleos, y desde el año de 1348 gozó de la más completa privanza, siendo primer ministro y visir de Ab-ul-Hagiag. Los escritos que en nombre de su soberano dirigió á otros monarcas, excitaron la mayor admiracion por la elegancia del estilo; pero á pesar del afan y del esmero con que se ocupaba en los asuntos

---

vacilamos de contínuo en esto de los nombres propios, que los orientalistas trascriben con gran variedad, pero casi siempre hemos tomado los nombres tales como el señor Schack los pone. Don Emilio Lafuente Alcántara, en el prólogo del tomo primero de la *Coleccion de obras arábigas,* etc., que la Real Academia de la Historia está publicando, da ciertas reglas para la transcripcion de los nombres propios arábigos en nuestro idioma y escritura; pero estas reglas presuponen el conocimiento del idioma arábigo. Así, pues, nosotros tenemos que seguir á Schack, salvo cuando algun motivo de eufonía nos lleva á cambiar, como en esta ocasion, ó cuando citamos á un personaje muy conocido ya y mentado en nuestras historias con el nombre diversamente transcrito. *(N. del T.)*

públicos, áun tuvo que vagar para componer obras históricas sobre Granada y sobre los hombres ilustres que en dicha ciudad habian nacido, así como muchas poesías, que más tarde han sido coleccionadas en un *divan.* Cuando Muhamad V subió al trono, despues de la muerte violenta de su padre Ab-ul-Hagiag (1), Ibn-ul-Jatib tuvo que ceder una parte de su posicion é influjo á Reduan, favorito del nuevo rey, pero conservó el visirato, y Muhamad V le mostró pronto la confianza que de él hacia, enviándole de embajador cerca del sultan Abu-Inan, de la dinastía de los Beni-Merines, para pedirle auxilio contra los cristianos. No bien el poeta fué recibido en audiencia en el palacio de aquel poderoso príncipe, pidió permiso para recitar una poesía, ántes de empezar las negociaciones. El Sultan se le concedió, y el embajador, de pié delante de él, dijo como sigue:

---

(1) En el tomo primero hemos dado la traduccion en verso del epitafio de este rey. Conde, cap. XXIII, parte IV, le traduce tambien. Mármol, en su *Rebelion y castigo de los moriscos,* cap. XI, trae el mismo epitafio, aunque diversamente traducido, y el de otros tres reyes de Granada. *(N. del T.)*

¡Representante de Alah!
Que Alah tu gloria prospere,
Miéntras el velo nocturno
Rayos de la luna argenten;
Que la mano del destino
De peligros te preserve,
Y haga por tí todo cuanto
Humana fuerza no puede.
Tu faz disipa las sombras
Cuando el pesar nos conmueve,
Y tu poderosa diestra
Al desvalido protege.
A echarnos de Andalucía
Quizás los cristianos lleguen,
Si no acudes y nos salvas
Con tus valerosas huestes.
Para calmar su recelo
Y vencer la adversa suerte,
Sólo necesita España
Que en sus costas te presentes.

Estos y algunos cuantos versos más, que dijo el embajador, agradaron sobre manera al Sultan, quien dió al punto el auxilio que se le pedia, colmando de obsequios y presentes á todos los individuos de la embajada.

Cinco años hacia ya que Ibn-ul-Jatib y Reduan dirigian juntos los negocios del Estado, cuando un sobrino del Rey formó y llevó á cabo el plan de destronarle. Durante la ausencia de Muhamad V que estaba en una quinta, pene-

traron los conjurados en la Alhambra asesinaron á Reduan, encerraron á Ibn-ul-Jatib en un calabozo, y pusieron sobre el trono á Ismail, hermano del Rey, miéntras que el sobrino gobernaba en su nombre. Muhamad oyó desde su quinta el estruendo de las trompas, y temeroso de una traicion, se huyó á Guadix, desde donde envió una embajada, notificando lo ocurrido al Sultan de los Beni Merines Abu Salem. Éste habia ya de antemano negociado con la córte de Granada para que pusiesen en libertad á Ibn-ul-Jatib y dejasen á Muhamad salir libremente de Andalucía. Conseguido esto, el Rey destronado y su visir se embarcaron juntos para África. Cuando ya estaban cerca de Fez, salió el Sultan á recibirlos á caballo y con brillante séquito; los llevó al salon de audiencia de su palacio, donde estaban reunidos todos los magnates, é hizo que el Rey de Granada se sentase en un trono al lado del suyo. Entónces se adelantó Ibn-ul-Jatib hácia el Sultan é improvisó, en nombre de su amo, una larga composicion poética, pidiéndole auxilio para recuperar el trono de Granada. Empezaba, imitando las antiguas *kasidas* arábigas, con la descripcion de la despedida de las mujeres amadas:

Preguntad á mi querida
Si se recuerda del valle
De Mojavera; si adornan
Su suelo rosas fragantes;
Si áun riega lluvia fecunda
El alcor en donde yace
Nuestro albergue abandonado,
Sin que yo logre olvidarle;
Allí del amor un dia
Apurábamos el cáliz;
Allí como verde huerto
Lucieron mis mocedades;
Allí mi pátria y mi nido,
Donde crecieron pujantes
Mis alas. ¿Quién nido, patria
Y alas hoy pudiera darme?
¡Cómo los bienes humanos
Caducos son y fugaces!
Me arrojó del Paraíso
El destino inexorable;
Pero aquel lazo que une
Á mi corazon amante
Con la patria, siempre dura
Sin que se rompa ó desate.
Léjos de ella, largos siglos
Me parecen los instantes.
¿Quién nuevamente á su seno
Al punto quiere llevarme?
Cuando me apartaba de ella
Fué mi amargura tan grande,
Que acibaraba mi llanto
Los dulces manantiales.

Hasta aquí no es un rey de Granada quien

se lamenta de la pérdida de su reino, sino Dschemil, el pastor errante, que habla de la separacion de su querida Botheina. La poesía prosigue aún imitando los modelos antiguos, y describe la peregrinacion por el desierto. Por último, la composicion llega á hablar del objeto que le es propio, y muestra las esperanzas que funda el Soberano destronado en el auxilio del Sultan:

Permite tú, de la estirpe
De Jacub tallo lozano,
Que en tu valor soberano
Cifremos nuestra salud.
Las noches del infortunio
Con tu esplendor se iluminan;
Las caravanas caminan
A divulgar tu virtud.
Si la mar en sí tus dones
Espléndidos recibiera,
Flujo y reflujo no hubiera,
Llena hasta el borde la mar.
Cuando la diestra levantas
Tiembla de miedo el destino;
Te abre la muerte camino
Cuando vas á guerrear.
Te obedece la ancha tierra
Hasta el confin más distante,
Hasta la cima gigante,
Do nadie pone los piés;
Y las estrellas confirman
Tus palabras de consuelo,
Reflejándose en el cielo

Toda esperanza que des.
¡Rey de reyes! Suplicantes
A tí venimos al cabo:
El destino, que es tu esclavo,
Nos hiere con crueldad;
Pero le arredra tu nombre;
Le pronunciamos y ceja:
Haz justicia á nuestra queja,
Imponle tu voluntad.
Denos tu gloria un asilo
Contra muerte y desventura,
Y dé tu nombre frescura
De nuestro pecho al ardor.
Tu grandeza imaginamos
Cruzando el mar en un leño:
Ya el mar juzgamos pequeño,
Al contemplarte, Señor.
Tú del poeta mereces
La más sublime alabanza;
Norte de nuestra esperanza,
Faro de nuestro bajel.
Si á otros príncipes acaso
Alabase la poesía,
Á sus deberes sería
Y á su propósito infiel (1).

(1) Aquí deja por traducir el Sr. Schack un buen trozo de la composicion original, y luégo prosigue. Nosotros hemos suprimido ó abreviado algunos versos más. Ya hemos dicho várias veces, y á propósito de esta composicion lo repetimos, que algunas poesías arábigas pierden en la traduccion todo valor poético, el cual, si

Al rey sin trono concede
El favor que de tí espera:
Vuelva á su patria hechicera,
Vuelva á su trono por tí.
El bálsamo de tu auxilio
Del pueblo sane la herida;
Ve que el pueblo te convida,
Ve que te llaman allí.
Con esta fácil proeza
La gloria que conquistares,
Más que el oro que gastares
Constantemente valdrá.
Cual préstamo á corto plazo,
Acaba el vivir del hombre;
Pero su claro renombre
Nunca, nunca acabará.
Menester ha de las armas
Que tu bondad le conceda,
Tu huésped, para que pueda
Su pretension conseguir.
Menester ha de corceles
Que al viento en correr humillen,
Y cual relámpago brillen,

---

en el original le tienen, ha de consistir en el artificio de la frase; pero que conservan siempre cierto valor histórico, como reflejo de la manera de sér y de sentir de un pueblo importantísimo en la historia del mundo. Por esto se traducen las tales composiciones, sin desconocer que la verdadera y legítima poesía es, ha sido y será siempre prenda rarísima en todas las literaturas y entre todas las gentes y naciones. *(N. del T.)*

Avezados en la lid.
Y dromedarios de duras
Ancas, de lomo eminente
Y de pelo reluciente
Como el oro, ha menester.
Y hombres cual leones bravos,
Con turbantes y garzotas
Blancos y con férreas cotas
De malla, debe tener.
De casta Beni-Merines
Ha de ser tropa tan fiera:
Do uno sólo tu bandera
Vencedora plantará,
Atajando con pavura
Los contrarios escuadrones,
Pronto en fuga á los bridones,
Yertas las crines, pondrá.
Los protectores más fuertes
Son tus valientes soldados;
No hay lugares encumbrados
Do no trepe su valor.
Cumpliendo toda promesa,
Abaten al orgulloso,
Y dan al menesteroso
Y al suplicante favor.
De la ignominiosa fuga
En la sangrienta pelea,
Sólo concebir la idea
Les parece criminal;
Mas tímidos y cortados
Huyen toda compañía
Donde suena en boca impía
Razonamiento inmoral.

Es premio de sus afanes,
Es su más preciosa paga,
El elogio que embriaga
Y hace el corazon latir.
En bosques de lanzas lucen
Sus varoniles figuras,
Como en verdes espesuras
Las flores suelen lucir.
¡Oh príncipe! sin tu amparo
Se me acababa el aliento,
Extinguido el pensamiento,
Marchita la voluntad;
Mas, como muerto que sale
Del sepulcro á nueva vida,
Ya la esperanza perdida
Me devuelve tu bondad.
Con harta razon tu pecho
De generoso blasona;
En mis sienes la corona
De nuevo quieres poner.
No hay palabras que encarezcan
Un favor tan señalado:
El bien que me has otorgado
Nunca podré agradecer.

Esta composicion arrancó lágrimas á todo el auditorio. El Sultan prometió en seguida á su huésped que le auxiliaria para recuperar el trono, y miéntras se aguardaba el momento favorable para obrar, dió un asilo en su córte á él y á su séquito, alojándolos en suntuosos y elegantes palacios. Ibn-ul-Jatib aprovechó este

tiempo de su permanencia en África en recorrer las comarcas marroquíes y visitar sus lugares más notables.

Ya se proponia en sus peregrinaciones el conversar con piadosos ermitaños, ya el ver y admirar los edificios de antiguos reyes, ya el arrodillarse junto al sepulcro de jeques santos. Una vez tomó el camino de Agmat para ver el monumento fúnebre donde Al-Motamid, el desventurado rey de Sevilla, reposa al lado de su esposa Itimad, en la falda de un otero, coronado de corpulentos almeces. Á la vista de estas tumbas, Ibn-ul-Jatib no pudo contener el llanto, y dijo:

Báculo de peregrino
Tomo con piadoso impulso;
Vengo á Agmat, y reverente
Miro y beso tu sepulcro.
Sultan magnánimo, faro
Que dió clara luz al mundo,
En tus rayos, si vivieras,
Me bañaria con júbilo,
Y mis poesías mejores
Fueran el encomio tuyo;
Ora postrado de hinojos
Sólo la tumba saludo.
Egregiamente descuella
Entre circunstantes túmulos,
Cual tú de reyes y vates
Descollabas entre el vulgo.

Siglos ya sobre tu muerte
Pasaron y tu infortunio;
Pero guardas la corona;
No te la quita ninguno.
¡Oh Rey de muertos y vivos!
Tu igual vanamente busco;
Que no ha nacido tu igual,
Ni nacerá en lo futuro.

En el año de 1362 pudo Muhamad V subir de nuevo al trono de Granada. Su familia, que se habia quedado en Fez, fué conducida por Ibn-ul-Jatib á Andalucía. Éste recobró al punto su antigua posicion, y supo derribar á cuantos ganaron la confianza del Rey. Una *kasida* suya, celebrando la vuelta del Rey, y que se considera como de las mejores entre todas sus obras, obtuvo el honor de ser inscrita por completo en las paredes de la Alhambra. Por largo tiempo aún fué Ibn-ul-Jatib el consejero universal de la corona, y los negocios todos del Gobierno estaban en su mano. Alcanzar su favor era el punto de mira de todas las esperanzas, y grandes y pequeños se agolpaban á su puerta. Sin embargo, no eran pocos los envidiosos y los émulos que ponian en juego la maledicencia y la calumnia á fin de perderle. En un principio, Ibn-ul-Jatib se juzgó seguro, y dió por cierto que el Rey cerraba los oidos á tales insinuaciones;

pero al cabo notó que las intrigas de sus enemigos le amenazaban con grandes peligros, y abandonando á Granada, se refugió en África, cerca del nuevo sultan Abd-ul-Aziz. Éste, á quien habia prestado algunos importantes servicios, le recibió de la manera más honrosa, lo cual excitó más aún los celos y la envidia de los cortesanos de Granada, que procuraron por cuantos medios estaban á su alcance causar la desgracia del fugitivo. Presentaron sus más ligeros deslices como gravísimas culpas; le acusaron de difundir en sus conversaciones ideas materialistas; y consiguieron que el Cadí de Granada, que examinó sus escritos, los declarase irreligiosos, y á su autor impío. Muhamad V fué bastante débil para contribuir á la pérdida de su antiguo visir y para enviar al susodicho cadí en embajada al sultan Abd-ul-Aziz, á fin de impetrar el castigo del refugiado con arreglo á las prescripciones del Coran. El Sultan pensó con bastante nobleza que no debia hacer traicion á los deberes de la hospitalidad. La respuesta que dió á semejantes pretensiones fué que, no sólo á Ibn-ul-Jatib, sino tambien á cuantos andaluces habian venido con él á África, daria cuantiosas pensiones.

Miéntras que vivia en Fez en tan honroso

encumbramiento, no pudo nuestro poeta desentenderse de su ódio contra su antiguo amo, y estimuló al Sultan á que conquistase á Andalucía. Para apartar de sí este peligro, que le amenazaba, el monarca granadino envió á Abd-ul-Aziz un presente de extraordinario valor, compuesto de los más hermosos productos de la industria española, y ademas de poderosas mulas andaluzas, muy buscadas entónces por su grandes fuerzas, y de esclavos y esclavas cristianos. El embajador que trajo este presente pidió la extradicion de Ibn-ul-Jatib, pero su peticion fué rechazada con firmeza. Más peligrosas se hicieron las circunstancias despues de la muerte de Abd-ul-Aziz. El nuevo sultan Ab-ul-Abbas, no reconocido al principio de todos, habia prometido entregar al Rey de Granada á su antiguo visir. Apénas llegó por entero al poder, lo primero que hizo fué mandar prender á Ibn-ul-Jatib. Pronto vino nuevo embajador granadino reclamando el castigo del prisionero. Al punto se nombró una comision que le juzgase. Miéntras estuvo encarcelado, el infeliz Ibn-ul-Jatib veia constantemente la inevitable muerte delante de sí, pero áun tuvo sobrada serenidad para componer muchas elegías sobre su mala ventura. En una de ellas dice:

Áun estoy sobre la tierra,
Mas de ella júzgome léjos:
De mi fatigada vida
Se acerca el último término;
Sólo se mueven mis labios,
Que sella ahora el silencio,
Para lanzar un suspiro
Cual leve, espirante rezo.
Grande fué mi poderío
Y fué temible mi esfuerzo,
Mas hoy de todo no guardo
Sino la piel y los huesos.
Muchos á mi mesa ántes
Convidados acudieron;
Hoy á la mesa de otros
Debiera atender cual siervo.
Yo fuí el sol de la gloria;
Mas sus rayos se extinguieron,
Y en las tinieblas derrama
Llanto compasivo el cielo.

La principal acusacion contra Ibn-ul-Jatib era que en sus obras habia sostenido doctrinas heréticas. Áun tenía que sufrir sobre esto varios interrogatorios, ántes que se dictase la sentencia; pero, á instigacion de sus mortales enemigos, penetraron en su prision unas turbas del populacho y le asesinaron.

XII.

La poesía de los árabes en Sicilia.

Tambien en el antiguo suelo de Grecia, en aquella hermosa isla, donde en los tiempos fabulosos resonaron los cantos pastorales de Dáfnis, y más tarde los versos de Bion, Teócrito y Stesichoro, fué la poesía arábiga trasplantada. ¡Singular mudanza de los tiempos! Sobre las gigantescas ruinas del teatro de Siracusa, donde el más poderoso de los trágicos griegos habia conseguido tantos triunfos, se escucharon los himnos de los poetas de raza semítica, á cuyos oidos nunca llegó el nombre de Esquilo; que nunca oyeron hablar de Oréstes ni de Prometeo. Donde, en otras edades, Teron de Agrigento, vencedor con la blanca cuadriga, fué celebrado en la sublime oda de Píndaro, los emires orientales se hacian encomiar en *kasidas* pomposas.

No es fácil hallar nada que sea ménos favorable á la poesía arábiga que comparar sus producciones á las obras maestras de la musa helénica. De lo que constituye la perfeccion inasequible de estas obras, de lo plástico de la representacion, del arte con que las ideas particulares se agrupan en torno del pensamiento fundamental, y forman un conjunto armónico, no hay rastro alguno en las composiciones de los árabes, quienes se elevan con dificultad hasta aquel punto desde el cual se descubren en su totalidad las partes de un objeto, y pueden ordenarse con un plan grande y sabio. En completa contraposicion á la poesía de los antiguos, en la cual todo es figura y contorno determinado, la arábiga se difunde en mil aéreos paisajes, que, cuando parece que van á tomar una forma perceptible, se desmenuzan de nuevo en brillantes colores. Quien esté acostumbrado á la noble maestría y á la firmeza de las líneas por donde se distinguen las obras de los griegos, no podrá ménos de deplorar lo inseguro y vago de los contornos y dibujos en las obras de los árabes.

Sin embargo, la poesía de los trovadores y de los *minnesänger* no resiste tampoco la comparacion con aquellos sublimes modelos de armonía y de hermosura que nos han dejado los

antiguos, y no por eso se tiene por indigna de ser estudiada. De la misma manera puede la poesía arábiga reivindicar su derecho á nuestra atencion. No sólo la merece históricamente, como expresion de las ideas y sentimientos de un pueblo tan importante en la historia del mundo, sino tambien por sus propias excelencias, las cuales, á pesar de la falta de firmeza y de precision en el conjunto y en la forma, no pueden desconocerse, merced á la magia con que se apoderan de los sentidos. Consisten estas indisputables excelencias en la expresion, á menudo verdadera, del sentimiento que conmueve los corazones, en la gran riqueza de imágenes y de adornos, en lo vivo de las descripciones y en lo brillante y deslumbrador del colorido. Como el que conoce los maravillosos monumentos de Perícles se deja dominar por un extraño encanto en los hadados salones de los alcázares moriscos, así el admirador entusiasta de Homero y de Sófocles, reconociendo la inmensa superioridad de los griegos, puede tambien ser sensible al hechizo de perfume y de melodía que brota de muchas poesías orientales.

La dominacion de los árabes en Sicilia no fué, ni con mucho, de tan larga duracion como en España, y no alcanzó nunca tampoco el

mismo esplendor y grandeza. Los mahometanos, no bien aseguraron su señorío en el África Septentrional, pusieron la mira en la hermosa isla. Ya en el año de 704, ántes de la conquista del Andaluz, Muza habia desembarcado en las Baleares, en Cerdeña y en Sicilia, y despues de una incursion devastadora, habia vuelto cargado de botin. Tales incursiones se repitieron á menudo en el siglo siguiente, pero siempre fueron pasajeras. Por primera vez, en el año de 827, los Aghlabidas de Kairvan emprendieron sériamente la conquista de la isla. Segun los autores italianos la venganza personal de un traidor, como ya habia ocurrido en España al sucumbir el imperio de los visigodos, abrió tambien en Sicilia las puertas de la dominacion á los muslimes. Ya en 831 habia caido Palermo en su poder y residia allí un lugarteniente de los Aghlabidas; pero hasta principios del siguiente siglo no abandonaron del todo la isla los bizantinos, que habian conservado á Taórmina y á Siracusa. La primera época, despues de la conquista, se pasó en alborotos, rebeliones y guerras civiles. Con el siglo x comenzó un período más feliz para Sicilia, sucediendo en el poder á los Aghlabidas los Fatimidas. Obeid-Alah, apellidado el Mehdi, ó el guiado por Dios, supuesto

descendiente de Alí y Fatima, habia fundado esta dinastía, y edificado en una pequeña península del golfo de Túnez á Mehdia, capital de su imperio. Con asombrosa rapidez creció el poderío de la nueva casa reinante; la mayor parte del norte de África y Sicilia se le sometió, aunque no sin largas guerras y disturbios; y por último, el Egipto cayó tambien en su poder, y su brillante capital Kahira fué el punto céntrico del nuevo califato. Como lugarteniente de los Fatimidas vino á Palermo, en 948, Hasan-ben-Alí, de la tribu de las Kelbidas, y pronto fué la isla un emirato independiente y hereditario en su familia, calmándose las discordias interiores, que habian destrozado á Sicilia, y floreciendo en su suelo la civilizacion, la cual, ó bien se desenvolvió con prontitud notable, ó bien habia germinado anteriormente, en medio de las guerras y entre el estruendo de las armas. Lo cierto es que el viajero oriental Ibn Haukal, que visitó á Palermo á mediados del siglo x, describe la ciudad, adornada de magníficos edificios, y habla de sus trescientas mezquitas, donde los sabios se reunian y se comunicaban sus conocimientos (1). Como la huerta de Valencia y la vega de

(1) *Biblioteca Arabo-Sicula,* ed. Amari, pág. 6.

Granada, resplandecian los campos de la antigua Siracusa, las colinas de Agrigento, ricas en ruinas, y más que nada, la áurea concha de Palermo con la vegetacion de Asia y de África. Las norias vertian agua abundante en los valles, que, fecundados por ellas, producian, á par de la viña y el naranjo, el algodon, la mirra, el azafran, los plátanos y la palma (1). Al lado de los antiguos templos dóricos de Selino y Segeste, se alzaban los santuarios mahometanos, y los palacios en el estilo fantástico y encantador del Oriente descollaban entre los frondosos jardines. Así como la industria, la agricultura, la arquitectura y las ciencias, fué tambien la poesía

(1) A los que afirman á veces que las tierras dominadas por los árabes fueron por ellos devastadas, se les debe hacer la pregunta siguiente: ¿Qué prodigio se ha obrado para que, despues de tales devastaciones, llegáran los alrededores de Palermo á aquel estado floreciente con que nos encantan las meras descripciones de Ibn Jubair y de Falcando? Un desierto no se trasforma en paraíso en el corto tiempo que pasa desde la conquista de los normandos. Por otra parte, las norias, á las que Sicilia debe en gran manera su fertilidad, y el árbol del maná y el alfóncigo, y otras muchas plantas, cuyo cultivo introdujeron los árabes en la isla, dan hoy mismo testimonio en favor de ellos. En cuanto á los

objeto de asiduo cuidado para la dinastía de los kelbidas, y su alcázar de Palermo vino á ser, como en otro tiempo el palacio de Hieron de Siracusa, el punto de reunion de innumerables cantores. La musa arábiga se naturalizó de tal modo en el suelo de Sicilia, que áun mucho tiempo despues de la caida del poder muslímico hizo oir allí su voz. Luégo que Roger y sus caballeros normandos se apoderaron de la isla, destrozada de nuevo por interiores discordias, no pudieron sustraerse al infiujo del pueblo vencido. Los vencedores eran pocos en número para que pudieran pensar en expulsar á los mahometanos, y así, reconocieron la necesidad

árabes españoles, sólo alegaré lo que sigue. Navagero, en el año 1526, despues de hacer una brillante pintura de los verdes campos y de los bosques umbríos que rodean á Granada, afirma que los moros han sido los que han cultivado así la tierra y plantado los árboles, y que durante la dominacion de ellos estaba más cultivado y floreciente el país. Hurtado de Mendoza dice que las Alpujarras son de suyo unas montañas ásperas é infecundas, pero que el cuidado y el arte de los moriscos, que no dejaban sin cultivar ni un palmo de tierra, las habian hecho fecundas y habian creado la abundancia de frutos, de seda y de ganado. (*Guerra de Granada,* edicion de Rivadeneyra.)

de respetar, ó de tolerar al ménos, la religion y las costumbres de aquellos con quienes tenian que vivir en adelante. No bien los guerreros del Norte se vieron en los encantados palacios y jardines de los emires sarracenos, rodeados de todo el lujo y de toda la pompa del Oriente, cuando los atractivos del arte y de la naturaleza, la dulzura del clima y la civilizacion, incomparablemente superior, de los muslimes, los domeñaron de improviso. Los conquistadores adoptaron las costumbres, los usos, las artes y las ciencias de los vencidos. Los reyes de la casa de Hauteville tomaron hasta las formas del gobierno y del ceremonial de los árabes. Arábigos fueron sus diplomas y las leyendas de las monedas acuñadas por ellos, en las cuales se conservaron la fecha de la egira y hasta las fórmulas de la creencia muslímica. Ellos consagraron, como lo atestiguan aún várias inscripciones, los palacios que edificaban, no en el nombre de Dios Trino y Uno, sino en el nombre del misericordioso y bondadoso Aláh.

En suma, todo cuanto los rodeaba tenía un carácter oriental tan completo, que bien se puede decir que los conquistadores normandos de Sicilia se asemejaban más á los sultanes que se dividieron entre sí los restos del califato, que á

los príncipes cristianos de Europa (1). De las palabras de Falcando, el gran historiador de Sicilia, así como de las de Benjamin de Tudela, se infiere que dichos príncipes normandos tenian un harem (2). El viajero Ibn Jubair, de Granada, que visitó la Sicilia hácia fines del siglo XII, nos ha dejado una curiosa descripcion de la córte de Guillermo el Bueno. Dice que el Rey tenía gran confianza en los mahometanos y que elegia de entre ellos sus visires y camareros y los demas empleados públicos y de palacio. Al ver á estos altos personajes, prosigue Ibn Jubair, se conocia el esplendor de aquel reino, porque todos ostentaban costosos vestidos é iban en fogosos caballos, y cada cual con su séquito, su servidumbre y sus clientes. El rey Guillermo poseia magníficos palacios y preciosos jardines, principalmente en la capital de su reino. En sus diversiones cortesanas imitaba á los reyes muslimes, como tambien en la legislacion, en el modo de gobernar, en la jerarquía de sus vasallos, y en la pompa y en el fausto de su persona y casa. Leia y escribia el idioma arábigo, y segun me

(1) *Revue archéologique,* París, 1850, páginas 672 y 681.

(2) *The itinerary of Benjamin,* etc.

contó uno de sus más fieles servidores, tenía por divisa: «Alabado sea Aláh; justa es su alabanza.» Las mancebas y concubinas que guardaba en su palacio eran todas mahometanas. De boca del ya mencionado servidor, que se llama Yahya, y es hijo de un bordador de oro, que borda los vestidos del Rey, he oido algo más pasmoso, á saber: que las cristianas francas que habitaban en el palacio real habian sido convertidas al islamismo por las muchachas mahometanas. El mismo Yahya me refirió que en la isla habia habido un terremoto y que el rey idólatra, circulando, lleno de asombro, por su palacio, sólo habia oido las voces de sus mujeres y servidores que se encomendaban á Aláh y al Profeta. Cuando éstos vieron al Rey se asustaron; pero el Rey dijo: «Cada cual debe invocar al dios que adora; quien cree en su dios tiene el espíritu tranquilo» (1).

La inclinacion de los príncipes normandos por los mahometanos viene tambien atestiguada por historiadores cristianos de aquel tiempo. El monje Eadmero dice en su crónica: «El conde Roger de Sicilia no sufria que ni por acaso se convirtiese un musulman al cristianismo. No sé

(1) Ibn Jubair, ed. Wright, pág. 129.

decir qué motivo tenía para esto, pero Dios le juzgará» (1). Segun Godofredo de Malaterra, el gobernador de Catania en nombre de Roger fué un sarraceno (2). Falcando refiere que la muerte de Guillermo I causó el más vivo dolor entre los árabes; las mujeres de las principales familias, en traje de luto y con los cabellos sueltos, rodeaban el palacio y daban mil quejas al viento, miéntras que sus servidoras recorrian las calles de la ciudad cantando himnos fúnebres al són de instrumentos músicos.

Del mismo modo que las costumbres muslímicas prevalecian en la córte normanda, hasta el punto de que en las iglesias cristianas se empleaban las letras del Coran, los nuevos príncipes edificaron tambien sus palacios y quintas en el estilo que hallaron en la isla, y dispusieron que fuesen encomiados por los poetas arábigos, en versos, que en parte se conservan aún.

Habia un libro de amena lectura, *La perla preciosa,* que contenia versos escogidos de ciento setenta poetas (3). De aquí se deduce que habia

(1) *Vita St. Anselmi,* por Carus, pág. 975.

(2) Gaufr. Malaterra, *Hist. Sic.,* lib. III, capítulo XXX, in Muratori, V.

(3) Hadji-Chalfa, II, pág. 135; III, pág. 203.

sido grande el número de los poetas que la isla habia producido. Y si bien esta abundancia no prueba ninguna extraordinaria difusion del talento poético verdadero, porque allí, como en Andalucía, el hacer versos fué con más frecuencia efecto del ejercicio y de la educacion que de la inspiracion, todavía descollaron, en medio de esta caterva de versificadores, algunos ingenios de órden superior, cuya fama se extendió hasta el Oriente.

Por desgracia, poco de sus obras ha llegado hasta nosotros ó se ha descubierto hasta ahora. De los primeros tiempos no se conserva casi nada. Pero de las muestras que nos quedan aún, se infiere que la poesía de los árabes sicilianos tenía los mismos caractéres esenciales que su hermana la española. Nadie espere verla inspirada por el genio griego bajo un cielo tan clásico. Nadie espere oir sus meditaciones sobre las grandes épocas pasadas, cuyos monumentos soberbios se ofrecian á sus ojos. Los árabes estuvieron siempre encerrados en un círculo limitado de impresiones y pensamientos. Podian sentir el encanto de la bella naturaleza, que sonreia en torno de ellos, en los bosques de limoneros y en los valles del Etna, perfumados por los rosales siempre fioridos; pero no poseian

la facultad de penetrar la historia y la mitología de pueblos extraños. Así es que no hallamos en sus versos ni la más leve huella de todas aquellas imágenes, que el solo nombre de Sicilia hace brotar, como por encanto, en nuestra mente; ni la sagrada fuente de Aretusa, ni el valle de Etna, donde Proserpina tejió guirnaldas de flores, ni los peñascos que lanzaba Polifemo en el mar. De todo el mundo fantástico de la *Odisea* nada sabian, salvo quizás aquello que han trasladado á las aventuras de Sindbad el marino. Ni con una palabra mencionaron jamas los restos colosales de ciudades y de templos, mucho más numerosos y magníficos entónces que ahora, y que los rodeaban como un mundo destruido. Ni los gigantes que sostenian el techo del templo de Júpiter olímpico en Agrigento, ni las soberbias columnas de Selino, ni el teatro maravilloso de Taórmina, les arrancaron una sílaba de admiracion. Conviene, sin embargo, no olvidar que la poesía arábiga en Occidente fué siempre como una planta exótica, importada de remotos climas, la cual, si bien recibia su nutrimento de la nueva tierra, sólo cambió su forma exterior y nunca se modificó esencialmente. Como los poetas árabes de España, no salian nunca los de Sicilia de un círculo de imá-

genes que no son comunes en Occidente, y acudian para sus comparaciones á objetos que nos parecen extraños. Más á menudo que los ricos y encantadores campos de su isla nativa, les prestaba el desierto asunto é imágenes para sus canciones. Lo que es para los poetas de la moderna Europa, que más ó ménos se han formado en la escuela de griegos y romanos, la mitología y la poesía de la clásica antigüedad, era para ellos la antigua vida de los beduinos con sus héroes y cantores, de los cuales, y del lugar que habitaron, tomaban su fraseología. Su Arcadia es un valle desierto entre montes de arena, donde la habitacion abandonada y triste de Maya yace en una ladera; en vez de hablar del céfiro, hablan del viento oriental, que trae el olor del bálsamo de las costas de Darin; en vez de cantar de Fílis ó de Cloe, cantan de Abla, que se ha ido con la caravana. Las gacelas y los camellos, que no se criaban en Sicilia, hacen gran papel en sus versos; la capital del Yemen, Sana, que probablemente ni en los tiempos de su mayor esplendor podria compararse á Palermo, era ensalzada como el asiento de toda bienaventuranza terrena; y las córtes de Gassan y de Hira se les presentaban como lo más sublime que puede verse en el mundo en punto á lujo y

magnificencia. Por dicha, no siempre se inspiran los poetas sicilianos en las reminiscencias de las *mualakat* ó de otras poesías del Oriente, y precisamente al olvidarse de ellas es cuando empiezan á ser interesantes para nosotros. Con gran placer los escuchamos cuando nos describen las quintas y palacios de su hermosa isla, los complicados arabescos y los aéreos techos de estalactitas de sus salones, los arcos, las columnas y las fuentes con leones de sus patios. Con gusto nos dejamos guiar por ellos á la espesura de sus siempre verdes jardines, donde los limones penden de la enramada y la palma mece la gallarda copa en el tibio ambiente ó á la orilla de un lago cristalino, en cuyas ondas se refleja el elegante kiosko que en su centro se levanta. Tambien los aplaudimos cuando cantan su amor, impulsados por los sentimientos del corazon y sin disfrazarse en pastores errantes, ó cuando celebran el vino de Siracusa y las noches alegres pasadas entre cantadoras y flautistas, ó cuando los unos defienden al Islam que decae, contra la cristiandad invasora, y los otros encomian el esplendor de la córte normanda y nos hacen ver la condicion singular de una civilizacion medio musulmana, medio cristiana. Nosotros debemos fijar nuestra atencion en

estas composiciones, que no nacieron del prurito de imitar, sino que fueron inspiradas por la realidad circunstante ó brotaron de un impulso interior y propio. Sólo por ellas puede ser juzgada y estimada la poesía de los árabes sicilianos. Si algun rasgo característico la distingue principalmente, es una cierta blandura voluptuosa, una inclinacion á los deleites del momento, en medio de la hermosa naturaleza, rasgo por el cual, á pesar de todas las diferencias de razas y de épocas, se diria que se asemejan y reconocen los compatriotas de Teócrito. Al leer estos versos arábigos se recuerdan á veces las descripciones del antiguo bucólico, cuando los pastores, bajo la copa sombría de un pino, competian cantando, miéntras que las tostadas cigarras no cesaban en su música estridente, y el viento, impregnado del perfume de las silvestres flores, convidaba al sueño con sus tibios soplos. Pero, á par de estos dulces olores, debemos respirar tambien el aroma narcótico y embriagador del Oriente.

Como el poeta árabe más ilustre que ha producido Sicilia, puede contarse Ibn-Handis, que nació en Siracusa, el año de 1056. Su juventud fué muy borrascosa, y más que á las ciencias, consagrada á los combates, pasiones y deportes.

En una kasida describe una orgía á que asistió en un convento de monjas. Dice que, en compañía de alegres compañeros, penetró en el convento de noche, y que, en un recinto brillantemente iluminado habia bebido excelente vino, miéntras que cantadoras, bailarinas y flautistas hermoseaban la fiesta (1). La *kasida,* interesante por más de un concepto, es como sigue:

Mi alma en los deleites se perdia,
Allá en la juventud;
Hoy la cana vejez al alma mia
Exhorta á la virtud.
Cual planta en suelo estéril arraigada
La virtud era en mí;
Fué en balde por el cielo cultivada;
Ningun fruto le dí.
Del alma mis pasiones se lanzaron
Como pompa ligera,
Y en átomos su sér desmenuzaron,
Volando por do quiera.
Y hubo borrasca, confusion, combate,
Do perdí los estribos:
Flacos mis pensamientos al embate,
Quedáronse cautivos.
El vino, el claro vino do bullia

(1) Tambien en España se deleitaban de este modo los muslimes en los conventos cristianos, como declara Makkari, I, pág. 345.—En Córdoba era famoso *el vino del convento* (Makkari, I, 357).

En blanca espuma el oro,
Fué mi mayor encanto, de la orgía
En el alegre coro.
Nunca la escanciadora allí faltaba,
Bella, rica de amor,
Que la fuerza del vino mitigaba,
Refrescando su ardor.
De cuero de gacelas marroquíes,
Con odre de agua henchido,
Perlas iba vertiendo en los rubíes
Del líquido encendido.
Ni faltaban allí nobles coperos,
Cuya beldad fulgura
Más que la luz de nítidos luceros
En la celeste altura.
Los vasos, como en circo los corceles,
Corrian en redondo;
Y vino derramaban los donceles
Del cántaro más hondo.
En resplandor bañando matutino
Por la noche el ambiente,
Con sus rizos de espuma teje el vino
Una red transparente.
Extendida en el haz, como las aves,
Porque volar no puedan,
Del vino los espíritus suaves
En ella presos quedan.
Al tramontar del sol, todo sediento,
Yo hácia el vino volaba:
Una monja la puerta del convento,
Rico en vino, guardaba.
Movíame la llena candiota,
El olor del tonel,

El aroma purísimo que brota
Del zumo moscatel;
Aroma que se extiende y se derrama
Del claustro hasta el confin,
Como el preciado almizcle que embalsama
El puerto de Darin (1).
Del dinero al oir, hecho ya el trato,
El sonar argentino
De la balanza en el bruñido plato,
Daba la monja vino.
No olvidaré que varios compañeros
Cierta noche tomamos
Cuatro toneles vírgenes, enteros,
Que desflorar pensamos.
Desde el punto en que el mosto efervesciente
Hinchó su cavidad,
Diez mil giros la esfera reluciente
Hizo en la inmensidad.
Parecian los aros, que sujetan
Las duelas encorvadas,
Brazos que el talle con amor aprietan
De mujeres amadas.
Un infalible catador, de experto
Paladar y nariz,
Eligió los toneles con acierto,
Con discrecion feliz.
Pronto en cada tonel reconocia,
Sólo por el olor,
La calidad y el rancio que tenía
El dorado licor.

(1) Darin, puerto del golfo Pérsico, famoso por su comercio y exportacion de almizcle.

Pero ¿qué mucho? si fijaba luégo,
¡Tal su pericia era!
Con fecha exacta, cuándo fué el trasiego
Del mosto á la madera.
Despues á un patio de naranjos fuimos,
Con mirtos y rosales,
Donde, cual astros refulgentes, vimos
Muchachas ideales.
Escogimos un rey para la fiesta,
Que desterró el pesar,
Y en dulces tonos acordada orquesta
Empezó á resonar.
Con el plectro la cítara hábilmente
Linda jóven heria;
Otra la flauta, como en beso ardiente,
Con el labio oprimia;
Y otra á compas, batiendo con el dedo
El adufe sonoro,
Marcaba la medida al paso ledo
De la danza y al coro.
Como columnas en extensa hilera
Brillaban teas mil:
De rojas flores ondulantes era
Un hadado pensil.
De la noche rasgaba con su lumbre
El fuerte oscuro velo,
Y en ráfagas de luz hasta la cumbre
Alzábase del cielo.
Cuando Sicilia llena mi memoria,
¡Ah qué dolor el mio,
Al recordar mi juventud, mi gloria,
Mi amante desvarío!
Allí de las huríes la belleza,

Del Eden los placeres,
Rebozando el ingenio y la agudeza
En hombres y mujeres.
Desde que de tu seno desterrado
Me ví, patria querida,
Tu gracia y tu beldad he celebrado;
Nunca el alma te olvida.
Aunque amarga, no ménos abundante
De mi llanto es la vena,
Que las que dan su riego fecundante
A tu campiña amena,
Allí mozo reí, con veinte años
Y mejillas rosadas:
Hoy, viejo de sesenta, desengaños
Lloro y culpas pasadas.
Mas no me tengan ya por tan perdido
Los adustos censores:
Grande es Alah; Alah siempre ha querido
Perdonar pecadores (1).

Los siguientes versos parecen ser de aquellos serenos años juveniles del poeta:

---

(1) *Biblioteca Arabo-Sicula,* pág. 548. Como se ve, sólo puede deducirse claramente de esta *kasida,* que las monjas vendian vino; mas no que la orgía fué dentro del mismo convento ó en otro lugar. Por otra parte, áun suponiendo que la orgía, segun la *kasida,* fué dentro del convento, todavía puede atribuirse esto á mentirosa jactancia del poeta infiel. *(N. del T.)*

I.

¡Sús! Que te traiga vino
La de cinto gentil moza garrida.
Ya el albor matutino
Á la noche convida
Á que de nuestro cielo se despida.
Acude á los placeres;
Sigue del alegría la carrera,
Si conseguirlos quieres;
Con sandalia ligera
Va buscando al deleite que te espera.
Apresúrate ahora;
Pronto el licor de la ventura bebe,
Antes que del aurora
Las lágrimas se lleve,
Flores besando el sol cuando se eleve.

II.

Como del amor ansío
Siempre el mágico embeleso,
En cambio de un beso mio
Anoche te pedí un beso.
Y al punto la sed ardiente
De mi corazon calmó
La más pura y limpia fuente
Que para el amor nació.

III.

El arroyo murmura,
Aunque el aura le besa
Y pule el haz de suerte
Que el fondo transparenta.
Parece que suspira,
Parece que se queja,
Porque su inquieto seno
Hieren agudas piedras.
Quizá infeliz amante
En él su forma trueca,
Y va corriendo al lago
A sepultar su pena (1).

Circunstancias, que no sabemos de cierto, impulsaron á Ibn-Handis á salir de su patria. En 1078 pasó á la córte de Al-Motamid de Sevilla, centro de reunion de los más egregios poetas de Occidente. El Rey, al principio, no fijó en él la atencion, y ya Ibn-Handis, desesperado, se preparaba á partir, cuando una noche llegó á su casa un siervo de Al-Motamid con una linterna y un caballo, pidiéndole que montase en él y le siguiese á palacio. El poeta obedeció á aquella órden. Ya en palacio, el Rey le mandó

(1) Ibn-Challikan, art. *Ibn-Handis.*

que se sentase, y le dijo: «Abre la ventana que está junto á tí.» Abrió, y vió á lo léjos un horno de vidrio en el que se acababa de trabajar. En la oscuridad se veia el fuego, reluciendo á traves de sus dos puertas, que ya se cerraban, ya se abrian. Una puerta del horno de vidrio estuvo largo tiempo cerrada, y abierta la otra. Miéntras que Ibn-Handis miraba estas cosas, el Rey le dijo: «Responde á estos versos:

¿Qué brilla ardiendo entre la sombra espesa?»

El poeta respondió:

Un hambriento leon que busca presa.

Al-Motamid:

Abre los ojos y los cierra luégo.

El poeta:

Como quien por dolor no halla sosiego.

Al-Motamid:

La luz de un ojo le robó la suerte.

El poeta:

Al destino no escapa ni el más fuerte.

Al-Motamid quedó tan satisfecho de estas respuestas improvisadas, que hizo dar al poeta un magnífico presente y le tomó á su servicio (1).

Ibn-Handis fué desde entónces uno de los más brillantes ornatos del círculo literario que en torno suyo habia reunido aquel ingenioso príncipe. Avezado desde muy mozo al ejercicio de las armas, Ibn-Handis acompañó tambien á su amo á la guerra. En la batalla de Talavera, en el primer choque con los cristianos, fué derribado de su corcel, pero pronto pudo recobrarse, lanzándose valerosamente por medio de los enemigos, y cuidando, más que de sí mismo, de su hijo, que, si bien era muy muchacho aún, peleaba á su lado con bizarría. Cuando cayó la dinastía de los Abbadidas y el desventurado Al-Motamid fué conducido á Agmat y encerrado en un calabozo, Ibn-Handis le siguió á África, donde dirigió al prisionero muchos versos elegiacos ó consolatorios.

En medio de los variados sucesos de su existencia, jamas se olvidó el poeta de su amada Sicilia:

(1) Makkari, II, 416.

Vivo recuerdo constante
Guardo de la hermosa isla,
Que en mis venas ha infundido
El espíritu de vida.
Como los lobos rabiosos
En las florestas sombrías,
Los infortunios destruyen
Los verjeles de Sicilia.
Era un Eden, que las ondas
Enamoradas ceñian,
Do todos eran deleites,
Do no me hirió la desdicha.
Allí sin recelo vino
A mí la gacela tímida;
Compañero de mis juegos
Fué el leon en su guarida.
Allí el sol de la mañana
Sobre mi frente lucia:
Y hoy pienso verle tan sólo
Cuando al ocaso declina.
Si, navegando, á tus costas
Pudiera volver un dia,
Cumplido viera mi anhelo,
La suerte hallára propicia.
Así la creciente luna
En su ligera barquilla,
Tierra del sol, me llevase
Á tus praderas queridas (1).

En otro lugar habla Ibn-Handis de la tierra «donde los rayos del sol animan con una fuerza

(1) *Bibliotheca Arabo-Sicula,* pág. 553.

amorosa las plantas que llenan los aires de aroma; donde se respira una felicidad de la que huyen los adustos cuidados; donde se siente una alegría que borra la huella de todos los pesares» (1).

Aquellas campiñas fértiles
Á menudo se presentan
Ante mis ojos en sueño,
Y osa mi espíritu verlas.
Con lágrimas pienso siempre
En aquella hermosa tierra,
Do los huesos de mis padres
Hallan descanso en la huesa.
Mi juventud, ya marchita,
Tuvo allí su primavera;
Siempre hablaré de mi patria,
Recordándola con pena (2).

Mas, á pesar de sus *saudades* (3) de la patria, nunca quiso nuestro poeta volver á ver á Sicilia,

(1) Amari, *Storia,* pág. 533.
(2) *Bibl. Ar.-Sic.,* páginas 566 y 567.
(3) En un tiempo en que se cometen tantos galicismos, bien nos podemos atrever á cometer un portuguesismo, adoptando la palabra *saudades,* que traduce perfectamente el vocablo aleman *sehnsucht,* el cual no tiene equivalencia en castellano, y apénas la tiene en la voz francesa *regret. (N. del T.)*

porque habia caido bajo el dominio extranjero de los normandos. Así elogiaba el valor de los sicilianos guerreros:

Tan grande horror se apodera
Del que irritados los mira,
Que más le asusta su ira
Que las garras de una fiera.
En el combate tremendo
Por la fe de sus mayores,
Sus alfanges cortadores
Van como el rayo luciendo.
Como á la zorra con fuerte
Garra destroza el leon,
Sus lanzas llevan la muerte
Y esparcen la destruccion.
Sus huestes á la victoria
Van en pujantes navíos,
Combatiendo por la gloria
Y venciendo sus desvíos.
Siempre salvarse desean
Los cobardes con huir;
Mas ellos, cuando pelean,
Prontos están á morir;
Porque sólo la bravura
De sus nobles adalides
Halla honrosa sepultura
En el polvo de las lides (1).

(1) *Bibl. Ar.-Sic.*, páginas 558 y 560.

Pero el poeta lamenta así las discordias civiles que impidieron á los musulmanes de Sicilia oponerse juntos al enemigo:

¡Con pensamientos y obras,
Áun á costa de mi vida,
Oh cara y hermosa patria,
La libertad te daria!
Mas ¿cómo de los bandidos
Librarte que te dominan?
¿Cómo sacudir el yugo
Con que el infame te humilla,
Si se agotaron tus bríos
En discordias fratricidas,
Si devoraron las llamas
Tus bosques y tus campiñas,
Y si los hermanos mismos
Bañaron, en lucha impía,
En sangre de los hermanos
Las cimitarras y picas? (1)

Ibn-Handis, siempre suspirando así por la patria, pasó los últimos años de su vida en las córtes de los Badisíes de Mehdia y de los Hammadíes de Bugía. Un palacio suntuoso, que el príncipe Almansur habia edificado en esta última ciudad, fué ensalzado por nuestro poeta en la siguiente *kasida,* que llegó á ser muy famosa. Como se ve, en ella trata la poesía de·

(1) *Bibl. Ar.-Sic.,* pág. 558.

competir con la arquitectura, produciendo con la riqueza de las imágenes una impresion semejante á la que debia producir el mismo palacio con sus arabescos, brillantes azulejos y prolijos alicatados y adornos de estuco.

EL PALACIO.

¡Espléndido es tu palacio!
Ya basta para su gloria
Que brille en él un reflejo
De tu majestad heroica.
Sólo con herir los ojos
Su lumbre maravillosa,
Por la virtud que derrama
Vista los ciegos recobran.
Revivir hace á los muertos
Su ambiente, con el aroma
De las fuentes de la vida
Que en el Paraíso brotan.
Quien ve morada tan rica
De su beldad se enamora,
Y amor y dichas pasadas
Destierra de la memoria.
Más que Javarnac se eleva,
Más que Sedir ilusiona,
Y al Iwan de los Cosróes
Eclipsa su régia pompa (1).

(1) Se dice que Iwan equivale á palacio en lengua persa. Parece que Javarnac y Sedir eran dos suntuosos alcázares de los reyes de Hira.

Jamas los antiguos persas,
Que hicieron tan grandes obras,
En el arte se elevaron
A altura tan prodigiosa.
Siglos pasaron y siglos,
Pero nunca en Grecia toda
Hubo alcázar más brillante,
Ni vivienda más hermosa.
En sus fresquísimos patios,
En sus salas de alta bóveda,

El reino de Hira habia sido fundado en los feraces campos del Irak, á orillas del Eufrates, en los tiempos ante-islámicos, y duró seis ó siete siglos. Sus fundadores fueron árabes. La magnificencia de los reyes de Gassan y de Hira, y de sus córtes, quedó como término hiperbólico para la poesía. Sobre la civilizacion, la esplendidez y la grandeza de algunos estados y príncipes árabes, anteriores al Islam, se refieren las historias más portentosas, como de Ofir, célebre por su oro; de Sana, y de Sabá, cuya reina fué tan apasionada amiga de Salomon. Gassan é Hira, aunque reinos árabes, estaban fuera de la Arabia, porque los árabes desde muy antiguo han sido un pueblo conquistador. Los Hicsos eran árabes, y conquistaron y poseyeron el Egipto mucho ántes de Moisés. De otro árabe, llamado Dzohac, se dice que conquistó la Persia en época remotísima, venciendo á Djemschid, su rey y rey de los genios; y del rey árabe Aret-al-Reg se cuenta que auxilió á Nino en sus conquistas y compartió su gloria. *(N. del T.)*

Del Eden las alegrías
Cumplidamente se gozan.
Trasunto exacto de aquellos
Que la virtud galardonan,
Sus encantados jardines
Al creyente corroboran;
Y, al verlos, el pecador
El recto camino toma,
Con penitencia impetrando
De Dios la misericordia.
La luz de los siete cielos
La noble vivienda dora,
Que allí de Almansur el astro
Como por su oriente asoma.
Me parece, cuando miro
Todo el primor que atesora,
Que al Paraíso los sueños
En sus alas me trasportan.
Cuando sus puertas se abren,
Ledos los gonces entonan
Saludo de bienvenida
Al que allí penetrar logra;
Y los leones, que muerden
De las puertas las argollas,
Para bendecir á Alah
Parece que abren la boca,
O que á saltar se preparan
Y á dar una muerte pronta
A quien en aquel recinto
Entrar sin licencia osa.
La hermosura del palacio
A las almas aprisiona;
Por él vagan, y al fin caen,

Embelesadas y absortas.
Brilla en sus patios el mármol
Cual bien labradas alfombras,
Donde en polvo han esparcido
Alcanfor y otros aromas.
Perlas difunde el rocío,
La fuente menudo aljófar,
Y la tierra olor de almizcle,
Que en el aire se remonta.
Al sol que se hunde en ocaso
Y deja reinar las sombras,
Este palacio reemplaza,
Luciendo como la aurora.

LOS SURTIDORES.

Nunca leones tuvieron
Tan esplendente guarida:
Cual si rugiesen, murmuran
Con el agua cristalina.
Sus cuerpos parecen oro,
Que en lo interior se liquida,
Y en raudales transparentes
Por las bocas se deriva.
Dijeras que los leones,
Mal refrenando la ira,
Aunque ningun temerario
Los ofende ó los irrita,
Con anhelo de dar muerte,
La crespa melena erizan,
Rugen, y ya se preparan
A echarse sobre la víctima.

Estos monstruos espantosos,
Cuando el sol los ilumina,
Son todos como de fuego,
Tienen las lenguas flamígeras;
Y cual espadas candentes,
Que de la fragua retiras,
Con el sol fulgura el agua
Que por las fauces vomitan.
Sobre el estanque, en que cae,
El aura mansa suspira,
Y como cota de malla
Las fugaces ondas riza.
Un árbol luce con frutos
Entre tantas maravillas,
Medio metal, medio planta,
De una labor exquisita.
Con resplandor nunca visto
Todos los ojos hechiza,
Y en el ramaje flexible,
Que blandamente se cimbra.
Colúmpianse várias aves
De forma y pluma distinta,
Sin querer abandonar
El sitio donde se anidan.
A un surtidor de agua clara,
Que como diamantes brilla
Por el sol iluminado,
Da cada pico salida.
Y aunque las aves son mudas,
Dulces parece que trinan,
Porque del agua el murmullo
Forma grata melodía.
Están las ramas del árbol

Cual de brocado vestidas;
Líquidos rayos arrojan
Como plateadas cintas,
Y en la ancha taza de jaspe
Al caer las gotas limpias,
Son en fondo de esmeraldas
Topacios y perlas finas.
Como blancos dientes muestra
Bella dama con su risa,
Muestra la fuente alba espuma
Que esmaltan fúlgidas chispas.

LAS PUERTAS Y LOS TECHOS.

Bellos adornos las puertas
Tienen y dibujos lindos;
En labores de ataujía
Intrincado laberinto.
Los gruesos clavos redondos,
Forjados con oro fino,
Como los pechos resaltan
De huríes del Paraíso.
Todo lo envuelven los rayos
Del sol en mágico nimbo,
Y parece que en los techos
Se miran, por raro hechizo,
Junto á la esfera celeste
Los verdes prados floridos.
Esmaltadas golondrinas
En ellos hacen el nido,
Y allí tambien se contemplan,
Con magistral artificio,

Fieras que acosa en los bosques
El cazador atrevido.
La enramada y las figuras
Vierten rutilante brillo,
Como si en el sol mojára
Sus pinceles quien las hizo.
Quien mira el jaspe y las piedras
De mil colores distintos,
Piensa de los altos cielos
Mirar los jardines mismos.
Hay tambien un cortinaje
Pintado, mas descorrido
De manera, que la vista
Goza de aquellos prodigios.
Rey del mundo poderoso,
A quien concede propicio
De la guerra en el tumulto
Victoria tanta el destino,
Muchos Príncipes tuvieron
Palacios, en otros siglos,
Mas el tuyo vence á todos
Por más hermoso y más rico.
En él sobre el trono luces,
Y á tus piés yacen rendidos,
Y se arrastran en el polvo,
Temblando, tus enemigos (1).

Por último, Ibn-Handis se quedó ciego, y, doblegado bajo el peso de la vejez y de los infortunios, se parecia á un águila que ya no puede

(1) Makkari, I, 321.

volar y buscar la comida de sus polluelos. Murió en el año de 1133, segun unos en Mallorca, y en Bugía segun otros.

A principios del siglo XI floreció Ibn-Tubi, famoso por sus poesías amorosas, llenas de gracia y ternura. Damos como muestra las siguientes:

I.

Mi vida acabe si nunca
Más en mis brazos te estrecho;
En tu mirar y en tu rostro
El sér y la vida bebo.
Cuando en pura y limpia fuente
Consigue beber sediento,
Ménos goza el peregrino
Que yo si tu boca beso.

II.

No crea más prodigios el encanto
Que su beldad y gracia;
El sano aliento de su fresca boca
Huele mejor que el ámbar.
Aérea y misteriosa se desliza;
Ignoro dónde pára;
Mas un rastro de luz y de perfume
Su camino señala (1).

(1) AMARI, *Storia,* II, 519.

III.

Con sus grandes ojos negros
Me trastornó la cabeza;
Una sábia zurcidora
Fué á declararle mis penas;
Y, cual absorbe una lámpara
El jugo de adormideras,
¡Oh dicha! me trajo al punto
A la hermosa de la diestra (1).

---

(1) *Bibl. Ar.-Sic.*, 590.—«Miéntras más se iban refinando las costumbres de los musulmanes, más indecoroso se iba haciendo el aludir por escrito ó de palabra á las mujeres. Llegó, por consiguiente, á ser necesario, para describir el objeto amado, servirse de los verbos y de los adjetivos en el género masculino. Lo que en un principio requerian las costumbres celosas y lo que vino á ser de *buen tono,* fué al cabo usanza general. Aun, en nuestros dias, los cantores callejeros del Cairo sólo se atreven á emplear en sus canciones el género masculino, siempre que el asunto es amoroso. Lo contrario sería un escándalo contra la moral pública.» (Slane, en el *Jour. Asiat.*, 1839, I, 177.) Los entendedores podrán decidir si esta usanza basta á justificar mi interpretacion de los citados versos, ó si sólo debe tenerse por admisible la que les da Amari.

De Ibn-Tazi, siciliano famoso por sus obras sobre gramática, por sus epístolas y poesías, poseemos una coleccion de epigramas, entre los cuales se cuentan éstos:

I.

No te enojes ni respondas
Si es que te injurian los necios:
¿Acaso á ladrar te pones
Cuando te ladran los perros?

II.

No me censures que huya
Toda humana compañía;
Con víboras y serpientes
No quiero pasar la vida.

III.

Á UN HABLADOR.

Cien mil regalos te ofrece,
Pero nunca te da nada;
No fia en su oferta el amigo,
Ni el contrario en su amenaza.

IV.

Á UN AVARO.

Entré en su casa tan sólo
Para charlar un momento:
Creyó que á pedir prestado
Iba, y murióse de miedo.

V.

Á UN MÚSICO.

Cantando, las doce plagas
De Egipto me echas encima;
Tocas el laud, y anhelo
Rompértele en las costillas.

VI.

Á UN VALENTON.

Yo te sufria, esperando
Que te amansasen los cielos:
Te casaste, y tu bravura
Ha crecido con los cuernos.

De otro poeta de Sicilia es esta sentencia, llena de amargura:

Es el bien entre los hombres
Fuente que pronto se agota;
Y el mal, torrente inexhausto
Que por doquier se desborda (1).

Otro siciliano, que tomó el nombre de Bellanobi, del lugar de su nacimiento, compuso á la muerte de su madre una elegía, de la que tomamos lo que sigue:

Tu pérdida á llorar, madre querida,
Con el alma me entrego,
Donde tu muerte me causó una herida,
Que más arde que fuego.
Más distancia que á Oriente de Occidente
Me separa de tí;
Pero en mi corazon estás presente:
Descansa en paz ahí.
Mi llanto y de los cielos el rocío
Rieguen tu tumba al par,
Para que en torno de su mármol frio
Flores puedan brotar.

Abul-Arab alcanzó tambien gran fama de poeta. Cuando los normandos conquistaron á Sicilia, no quiso someterse al yugo extranjero,

(1) *Bibl. Ar.-Sic.,* 590; y Amari, *Storia,* 522, 536 y 544.

y emigró, diciendo que no era él quien abandonaba su patria, sino su patria quien le abandonaba:

¿Por qué, si me burla siempre,
He de seguir la esperanza?
Seguir el recto camino
Baste que el honor señala.
Mis pensamientos vacilan;
Yo no sé dónde me vaya;
Ya me inclino al Occidente,
Y ya el Oriente me agrada.
Pero lo quiere el destino;
Es mi inevitable marcha
Más cruel que al dromedario
Los arenales de Africa.
No cedas, corazon mio,
Al gran dolor que te embarga;
De tu compañía huésped
Tan enojoso separa.
Si cautivo de cristianos
Hoy mi país se rebaja,
Yo me subiré en los riscos
Donde se anidan las águilas.
El sér me ha dado la tierra;
¿En qué region apartada
No será el hombre mi hermano,
No será el mundo mi patria?

Al-Motamid, rey de Sevilla, ofreció en su córte un asilo á este poeta, le envió una buena suma de dinero para el viaje, y fué siempre en

lo futuro su valedor generoso. En cierta ocasion hallabase el siciliano en la cámara del Rey, cuando acababan de traer de la Zeca gran cantidad de monedas de oro recien acuñadas. Al-Motamid regaló al poeta dos talegos de aquel oro; mas no contento Abul-Arab con el presente, puso los ojos en várias figuras de ámbar que allí habia, y singularmente en una que estaba adornada con perlas y que representaba un camello. «Pero, señor, dijo por último, para llevar esta carga necesito un camello.» El rey se sonrió y le regaló la figura de ámbar.

Ibn-Katta fué autor de muchas obras históricas y sobre gramática, y entre ellas, de una *Historia de Sicilia*. Él fué tambien quien coleccionó la antología ya mencionada, que contiene composiciones de ciento setenta poetas sicilianos. Asimismo abandonó la isla cuando la conquistaron los normandos. Como muestra de sus versos pueden servir los siguientes, de los cuales se infiere, como de otras producciones por el mismo estilo, que tambien en la verde Sicilia se conservó la costumbre de adornar las *kasidas* con imágenes de la vida del desierto, y de verter lágrimas sobre el campamento abandonado de los beduinos y sobre la mansion derruida de la mujer amada:

No pierdas en amoríos
Los momentos de tu vida,
Llorando el desden de Noma
O llamando á Zaida impía.
No del campamento llores
La soledad y ruina,
Ni por la mansion de Maya
Abandonada te aflijas.
Un fin busca únicamente,
Sólo á un propósito aspira,
Ve que sólo sobrevive
Del pecado la ignominia.

No todos los poetas sicilianos siguieron á los nombrados ya en su emigracion voluntaria. Aun floreció la poesía arábiga en la córte de Roger y de sus sucesores. Muchas pruebas de esto se han conservado, principalmente poesías en las cuales se celebran los palacios de los reyes normandos. De una *kasida,* que Ibn-Omar de Butera compuso en elogio de Roger, son estos versos:

Con los líquidos rubíes
Haz que circulen los vasos,
Y bebe mañana y tarde
Del licor ardiente y claro.
Goza el deleite del vino,
Y resuenen entre tanto
Los cantares y el laud
Magistralmente pulsado.
Venzan á Mabed tus músicos,

Como el vino siciliano
Vencen en dulzura á los otros
Y en preservar de cuidados.

En esta misma poesía eran más adelante celebrados los hermosos edificios de Palermo; pero sólo se conserva aún el elogio del palacio de la Mansuriya ó la Victoriosa:

De la Victoria el palacio
Reluce con sus almenas;
En él encontró el deleite
Su venturosa vivienda.
Míranle todos los ojos
Con agradable sorpresa;
No hay un primor ni un encanto
Que Dios no le concediera.
No hay quinta más deliciosa
Sobre la faz de la tierra,
Con sus balsámicas plantas
Y con su verde floresta.
No son más puras y limpias
Las aguas que el Eden riegan
Que las que aquí por las fauces
Vierten leones de piedra.
Estos patios y estas salas
Adorna la primavera
Con vestidura tejida
De luz, de flores y perlas.
Cuando el sol al mar desciende,
Y cuando del mar se eleva,
Difunde olor y frescura
La brisa y el huerto orea.

Por su gracia se distingue una composicion poética, en la cual Abdurrahman de Trápani celebra la *villa* Favara, cerca de Palermo, hoy *Mare dolce:*

¡Palacio de los palacios,
Cuál resplandeces, Favara,
Mansion de deleites llena,
A orilla de entrambas aguas!
Nueve arroyos, que relucen
En tus prados de esmeralda,
Riegan los bellos jardines
Con onda fecunda y clara.
Dos surtidores se empinan
Y en curva buscan la taza,
Desmenuzándose en perlas
Que el íris fúlgido esmalta.
En tus lagos amor bebe
Elíxir de bienandanza;
Junto á tu raudal su tienda
Tiene el placer desplegada:
Quinta mejor que tu quinta
En el mundo no se halla;
Nada más lindo que el lago
Do se miran las dos palmas.
Sobre él los árboles doblan
Las verdes y airosas ramas,
Como para ver los peces
Que por sus cristales nadan,
Y que de carmin y oro
El líquido seno cuajan,
Miéntras que encima las aves
Gorjean en la enramada.

¡Oh cuán hermosa es la isla,
Donde brillan las naranjas,
Entre el verdor de las hojas,
Como relucientes llamas,
Y los pálidos limones
Como en noche solitaria
Un amador melancólico
Que está léjos de su amada!
Las dos palmas que crecieron
Sobre la misma muralla,
Allí parecen amantes
Que temerosos se amparan,
O más bien, que con orgullo
Su fina pasion proclaman,
Y los celos desafian,
Y burlan las amenazas.
Nobles palmas de Palermo,
Que la lluvia en abundancia
Os bañe; creced frondosas
Miéntras duerme la desgracia;
Y que florezcan en tanto
Arboles, yerbas y plantas,
Tálamo dando mullido
Al amor y sombra opaca.

Por último, Abu Daf compuso la elegía siguiente á la muerte de un hijo de Roger:

¿Cómo no liquida el llanto
Las mejillas por do corre,
Y los continuos gemidos
No parten los corazones?
Llena de dolor la luna

Su luz en nubes esconde,
Y cubren toda la tierra
Las tinieblas de la noche.
Ruina las firmes columnas
Amenozan y los postes,
Porque se eclipsó su gloria
Y su poder acabóse.
¡Ay de aquel que confianza
En la infiel fortuna pone!
Es cual la luna que brilla
O apaga sus resplandores.
Bello y espléndido, há poco,
Lucia el ilustre jóven;
Con él robó la fortuna
Brillo á la patria y amores.
Que el llanto de las doncellas
Por él las mejillas moje,
Como perlas en corales,
Como el rocío en las flores.
Grande es el dolor; no hay pecho
Que inflamado no solloce;
Y fuego y agua se mezclan,
Pues no hay ojos que no lloren.
Sus armas y sus palacios
Conmueve tan rudo golpe,
Y parece que suspiran
Al relinchar sus bridones.
Laméntanle las palomas,
Y tal vez lágrimas broten
De las ramas, si su muerte
Llegan á saber los bosques.
¡Cuánto luto! Nos castiga
El destino con su azote.

¿Do habrá consuelo ó paciencia
Que le mitigue ó soporte?
Dia de horror fué aquel dia
En que el mancebo murióse;
Cano de espanto se puso
El cabello de los hombres:
Así, cuando acabe el tiempo
Y un ángel la trompa toque,
Y la tempestad destruya
La armonía de los orbes.
Estrecha vendrá la tierra
Al gran tumulto de entónces;
Hombres, niños y mujeres
Darán lamentos y voces.
Hoy, no sólo los vestidos,
Sino los pechos se rompen;
Se desolaron las almas,
Gimieron los ruiseñores.
Del blanco traje de fiesta
La multitud desnudóse;
Solamente negro luto
Ora conviene que adopte (1).

(1) El lector dispensará lo malo y falso de estos versos, en gracia de la integridad y fidelidad de que doy prueba al traducirlos. No son mejores en aleman, ni lo serán probablemente en árabe. *(N. del T.)*

XIII.

Poesía popular y poesía narrativa.

Al lado de la poesía erudita tuvieron los españoles mahometanos, sin que en ello quepa la menor duda, una poesía popular (1). Aunque de ella no quedase resto alguno, su existencia estaria confirmada por el acorde testimonio de los escritores cristianos y musulmanes. Kazvini cuenta que en los alrededores de la ciudad de Silves no habia nadie que no compusiese versos, y que, si se pedia al gañan que iba detras del arado que los recitase, al punto los improvisaba sobre cualquier tema que se le diera (2). Populares, como éstos, debieron ser asimismo los versos á que se refiere el Arcipreste de Hita

(1) Dozy, *Recherches,* segunda edicion, II, Apéndices.

(2) Kazvini, *Cosmografía,* II, 364.

cuando habla de los cantares de danza que él mismo compuso para cantadoras judías y moriscas, y de los instrumentos que no convienen á los *cantares de arábigo* (1). Áun mucho más tarde, cuando la lengua escrita de los árabes hacia tiempo que habia caido en desuso entre

(1) El Arcipreste dice:

Despues fise muchas cantigas de danza é troteras
Para judías é moras, etc.;

y luégo explica los instrumentos que no van bien con los cantos arábigos:

Arábigo non quiere la biuela de arco.
. . . . . .
Albogues é mandurria, caramillo é zamponna,
Non se pagan de arábigo quanto dellos Bolonna.

Es lástima que el poeta no se detenga más en tratar este asunto; pero el dolor le tenía entónces muy embargada el alma con la muerte de la célebre zurcidora Trota-conventos, que tan bien le habia servido y que tan tiernamente deplora. De todos modos, parece indudable que el Arcipreste entendia el árabe, y que debió usarle en sus relaciones amorosas con las moras, imitando en sus cantares los de aquel pueblo. En sus versos se encuentran muchas voces arábigas, como *ysnedrí, ascut, le alá, amxi,* etc. *(N. del T.)*

los infelices moriscos, les prohibió la Inquisicion cantar versos arábigos, los cuales estaban, sin duda, en el dialecto del pueblo (1).

Se ha de considerar ademas que de las innumerables obras escritas de los árabes de España, sólo una mínima parte ha llegado hasta nuestros dias. Primero en las devastadoras invasiones de los almoravides y almohades, y despues en las de los cristianos, fueron destruidas las bibliotecas. Y por último, los libros mahometanos que en la Península quedaban fueron entregados á las llamas por el fanático furor de los vencedores. Sólo se salvaron de la gran destruccion algunos pocos, que por una feliz casualidad pudieron ocultarse, y los que de antemano habian sido enviados á África ó á Oriente. Más cruel aún que con los documentos escritos de la literatura, debió de ser el destino, que lanzaba de su antigua mansion á aquel pueblo, y que le destruia como nacion, con los cantos populares, los cuales, de acuerdo con su naturaleza, pasaban de boca en boca, y rarísima vez eran conservados por escrito. No debiera, pues, parecernos extraño si totalmente hubiesen

(1) Véase un edicto citado por Llorente, Apéndice XI.

desaparecido, sin dejar vestigio alguno. Con todo, no ha sido así, por dicha, porque muchos de ellos se conservan. Por ejemplo, la siguiente poesía, que trae Makkari, tiene un carácter enteramente popular. Para su mejor inteligencia importa saber que se compuso en los últimos tiempos del reino de Granada, cuando la ciudad y el campo padecian mucho á causa de la guerra:

Con sus rayos el amor
Aun inflama nuestros pechos;
Mas ¿dónde están las amigas
Y los dulces compañeros?
¿Cómo pasaron las fiestas
Alegres en otro tiempo?
Los convites y manjares
¿Cómo se desvanecieron?
¿Dónde están los ricos guisos,
Condimentados con queso,
Que el corazon nos robaban
En la mesa apareciendo?
¿Dónde los tarros, de leche
Deliciosísima llenos,
Preparada con almíbar
Y arroz esponjoso y tierno?
¿Dó la carne que, pendiente
Del hogar en un caldero,
En las brasas se cocia
Con moscatel del añejo?
¿Dó del añafil alegre
Los melodiosos acentos,
Que competian acordes

Con el laud y el pandero?
Allí cantábanse en coro
Tales tonadas y versos,
Que á Mabed y que á Zirjab
Envidia dieran y celos.
La rienda allí se soltaba
A las burlas y á los juegos;
Y rompia los cerrojos
De toda puerta el deseo.
Idos, allí se decia
A los censores severos,
Si no quereis que á jirones
El vestido os arranquemos.
Sin escándalo rompia
Allí cada cual el freno;
Nadie censurarle osaba,
Nadie vigilar sus hechos.
Exprimido de las uvas
El deleite andaba suelto,
Entre la verde enramada
Y entre las flores del huerto.
Alzaban allí las copas
Los árboles hasta el cielo,
Cual grupo de amigos fieles
Y camaradas discretos.
Cuando en sus tallos lozanos
Las flores se iban abriendo,
De su beldad y su gracia
Se maravillaban ellos.
Eran esposas las flores,
Que en aquel hermoso tiempo
De primavera venian
A celebrar su himeneo.

Y cuando la nueva fruta
Los árboles daban luégo,
Miel el paladar gustaba,
Rubíes los ojos viendo.
¡Ay! todas estas delicias
Como relámpago huyeron.
Ya no las gozan los grandes;
¿Qué han de esperar los pequeños?
¿Cómo vencer al destino
Y derogar sus decretos?
En balde el bien que nos roba
Que nos devuelva queremos (1).

Tambien debe contarse entre la poesía popular la siguiente lamentacion del tiempo en que Granada estaba sitiada por los cristianos:

El clangor de los clarines
Y el són de los atabales,
Turbando nuestro reposo,
Asustan á cada instante.
Horror de guerra denuncian,
Llamando á duros combates.
¡Señor, mis brazos se rinden;
Esfuerzo y brío prestadles!
¡En tal angustia, á mi alma
Dad sufrimiento bastante,
Para que de él se revista
Cual arnés impenetrable (2).

(1) Makkari, ii, 832.
(2) Makkari, ii, 833.

Pertenecen ademas al género popular dos especies de cantares, que en España estuvieron muy en moda y que fueron cultivados con extraordinario afan: el *zadschal* ó *himno sonoro,* y la *muvaschaja* ó *cantar del cinturon* (1). El signo característico que los distingue está en la forma. Consiste ésta en que la rima, ó combinacion de rimas, de la primera estrofa, es interrumpida por otras rimas; pero vuelve al fin de cada estrofa, haciendo así la terminacion del todo (2). Se dan tambien ejemplos en que falta la estrofa de introduccion, miéntras que la composicion conserva en lo restante la misma estructura, y todas las estrofas están ligadas entre sí por las mismas rimas finales (3). El órden y enlace de los pensamientos y la eleccion del metro quedan á gusto del poeta. Que el *zadschal* pertenece á la poesía del pueblo es cosa segura, porque los

(1) Ibn Jaldun, *Prolegomena,* iii, 390 y 404.--Makkari, ii, 105 y 144.

(2) En esto convienen todas las poesías citadas por Makkar con dichos nombres. De las que trae Ibn Jaldun no en todas se reconoce el signo, porque no las incluye por completo.

(3) Así es la poesía inserta en el *Catalogus Codicum Orientalium Bibliothecæ Academiæ Lugduno-Batavæ,* ii, 103.

cantos de esta clase que se han conservado están escritos en dialecto vulgar, y por lo comun no guardan en la metrificacion las leyes de la cantidad, tan severamente observadas en la poesía culta ó erudita, ántes bien se guian por el acento. De la *muvaschaja* se puede afirmar lo mismo, en vista de lo que dice un escritor arábigo, de que para semejantes poesías no hay lugar en libros de un mérito duradero (1). Se deduce tambien de esta sentencia que los escritores que juzgaron dignos algunos de estos cantos populares de que ellos los transcribiesen y conservasen en sus obras, escogieron precisamente aquellos que más se aproximan al carácter de la poesía erudita. Hacer una distincion entre estos dos géneros de composiciones es harto difícil, pues ambos tienen en toda su estructura gran semejanza entre sí (2).

La imitacion de la forma de estas composi-

(1) Abdul Wahid, 63.

(2) Es patentemente erróneo lo que afirma Freitag *(Exposicion de la versificacion arábiga)*, de que el signo característico del *zadschal* consiste en un antiguo metro arábigo, porque muchas de estas composiciones poéticas están libres por completo de las reglas de la métrica clásica.

ciones poéticas, sólo es posible traduciendo muy libremente el texto. Con esta condicion, presento aquí los primeros ejemplos de un *zadschal* y de una *muvaschaja* en nuestra lengua (1).

ZADSCHAL.

Cercada de guardadores
Y tímida y zahareña,
¿Dó hallarla, si me desdeña,
Huyendo de mis amores?

---

(1) Yo tambien voy á dar por vez primera en nuestra lengua la traduccion de un *zadschal* y la de una *muvaschaja;* pero confieso que no comprendo el carácter propio de dichas composiciones, ni me satisface la explicacion del señor Schack. El carácter propio consiste, segun él, en la forma, y sin embargo, metro, número de versos de cada estrofa, combinacion de las rimas, todo es indiferente. No es una glosa, porque no hay verso que se repita; el estribillo ó tema puede haberle ó no. En suma, todo es igual, salvo que al fin de cada estrofa vuelve siempre el mismo consonante. Creo que esto no basta para formar un género ó dos géneros aparte. Quizás el Sr. Schack no ha logrado distinguir bien el carácter propio de estas composiciones, si es que en efecto le tienen. *(N. del T.)*

¿Acaso nunca entraré
Donde reposa mi amiga?
¿Cuándo será que consiga
Que una respuesta me dé?
En el corazon guardé
El amor que me maltrata;
Mas extraño que la ingrata,
Sin piedad de mis dolores,
En lid traidora me mata,
Huyendo de mis amores.

Deja, mi bien, el huir,
Y vén do amor te convida;
Vén á la márgen florida
Del claro Guadalquivir;
Vén conmigo á compartir
De amor el fruto y las flores,
Do en átomos voladores
Esparce el agua el molino;
Allí beberémos vino,
Allí aprenderás amores.

Y si otro sitio te agrada,
Vén donde gira la noria,
Donde Ruzafa su gloria
Despliega en régia morada.
Do no vienes, prenda amada,
Me quema el vino y hastía,
Esquivo la compañía
De los amigos mejores,
Y juzgo noche sombría
Del alba los resplandores.

Ten confianza en el cielo,
Valor y desenvoltura,
Y no te inspiren recelo
Mis caricias y ternura.
Di, ¿por que inclinas al suelo,
Toda confusa, los ojos?
Sé propicia á mis amores,
Y con místicos fervores
Burla sospechas y enojos
De tus necios guardadores.

¿Llegó el alma á delirar
Con ensueños de esperanza?
¿El bien que anhela y no alcanza,
Al cabo podrá lograr?
No sé; mas siento un pesar
Enorme en el alma mia,
Que sólo vencer ansía
Tu desden y tus rigores,
Y que un imperio daria
Por conseguir tus amores.

MUVASCHAJA.

Los vasos circulan, la fiesta ha empezado;
No dejeis de darme del licor dorado.

Gocemos del claro vino
En el ameno banquete;
Chispeante y espumoso
En el hondo vaso hierve,

Y una tempestad de perlas
Y de topacios parece;
Como si en el seno del vino agitado
Las pléyadas misma se hubiesen prensado.

Mil dulcísimos cantares
Hacen más vivo el deleite,
Y el ser la fiesta entre flores
Bajo la enramada verde,
Do las gotas de rocío
Entre las ramas se mecen.
Frescura el rocío difunde en el prado
Y exhalan las flores olor delicado.

Recorriendo los jardines
Linda moza se divierte;
Sobre su fresca mejilla
Posé mis labios ardientes,
Y dije: ¡Bendito sea
El punto en que logro verte!
Antes que la vida nos haya dejado,
Del goce apuremos el vaso encantado.

De otros ejemplos de esta clase hablarémos más tarde, cuando examinemos la poesía de los árabes en relacion con la poesía de los pueblos cristianos de Europa.

La *muvaschaja* fué inventada, en el siglo IX de nuestra era, por un poeta de la córte del emir Abdalah. De él la tomó Ibn-Abd-Rebbihi, el

contemporáneo de Abdurrahman III (1). Posteriormente, en la primera mitad del siglo XII, se distinguieron en este género Ibn-Zohr é Ibn-Baki, muerto en 1145 (2). El *zadschal* empezó á usarse en tiempo de los almoravides (3). Con esto queda rebatida la opinion de que los árabes no hubiesen usado esta forma ántes de conocer los cantares españoles, y hasta de que no hubiesen poetizado en el dialecto vulgar y por semejante estilo. Dicha opinion descansaba en la errónea creencia de que pudiese existir un pueblo sin una poesía popular, la cual se ha descubierto siempre, así entre las tribus más rudas como entre las naciones de la más refinada civilizacion. La diferencia ha consistido sólo en la mayor perfeccion y difusion de esta poesía. Por lo tocante á la de los árabes españoles, sólo podrémos añadir algo á nuestras escasas noticias, citando várias composiciones del género del *zadschal,* porque si no se puede asegurar decididamente su procedencia española, todavía consienten que algo nos inclinemos en favor del

(1) IBN-JALDUN, *Prolegomena,* III, 390.

(2) ABULFEDA, III, 494, é IBN-CHALIKAN ART. IBN-ZOHR.

(3) IBN-JALDUN, III, 404.

país donde el género tuvo orígen. La primera de estas composiciones (1), de la que darémos pocos versos como muestra, describe el dia del juicio y sus horrores:

Al fin habrá de cumplirse
De Dios el alto mandato,
Y se quedarán vacíos
Las chozas y los palacios;
Y será dada la órden
De exterminar lo creado,
Y dominará la muerte
Sobre ciudades y campos.
No habrá hombres ni habrá duendes,
Morirán fieras y pájaros,
Se oscurecerá la luna,
Y el sol perderá sus rayos (2).

---

(1) *Catal. Bibl. Lugd. Bat.*, ed. Dozy, II, páginas 101, 103, 105.—El autor de una de estas poesías dice que habita en las cercanías de Zefta. ¿Dónde está esta Zefta? Ibn-Jaldun *(Prolegomena,* I, 105) da noticia de un lugar de este nombre, en Egipto, no léjos del Cairo.

(2) Este asunto pavoroso, no sólo fué tratado en lengua arábiga por los moros españoles, sino tambien en lengua castellana aljamiada, esto es, mezclada con palabras arábigas y escrita con las letras arábigas. Parece que en la Biblioteca Nacional de Madrid, y en otros puntos, existen muchos manuscritos de esta clase.

Otras dos poesías hemos de citar, que nos parecen más importantes; pues demuestran que habia cantores ó declamadores, semejantes á los juglares de la edad media, los cuales recitaban

---

El distinguido orientalista D. Pascual de Gayángos es el primero que ha dado noticia de ellos. Valiéndonos de estas noticias, hablarémos, en su lugar, más extensamente sobre el particular. Baste decir ahora que uno de estos manuscritos, publicado ya en Inglaterra (Hertford, 1867), sin duda por el citado Sr. Gayángos, aunque no lo dice, contiene un poema entero, de cerca de 1,500 versos, sobre el mismo asunto del último dia. Lleva por título: *Istoria del espanto del dia del juicio, segun las aleyas y profecías del honrado Alcoran.* Se divide en dos cantos, y termina con una oracion á Mahoma.

Sería fatigoso para el lector trasladar aquí poema tan largo. Basten algunos versos para muestra:

Las fieras serán enfermas,
Sus bravos corajes mansos,
Y sin temor de las gentes
Se vendrán á los poblados.
Los peces, ya corrompidos,
Surtirán á lo secano,
Do inficionará á las gentes
Su olor corrompido y malo.
. . . . . .
Y de aquí en muy breve tiempo

versos por el estilo del *zadschal,* en un corro de gente del pueblo, que en torno suyo reunian. Algunas de estas composiciones no eran meramente líricas. En una de ellas suplica el cantor

---

Será del Señor mandado
Toque la espantosa trompa,
Tan fija y puesta en los labios
De aquel sin par Isaráfil,
Que desde que fué criado
La tiene puesta en la boca,
Para este efeto nombrado;
Pues en llegándole el punto,
Aunque alterado algun tanto,
Sacudiéndose sus alas,
Sonará el cuerno zumbando,
Que no quede en este suelo
Quien no muera de su espanto.
Aunque del primer zumbido
No se espantáran los sabios,
Los almuédanos y justos,
Que Dios quiso señalarlos
Sòbre las demas criaturas
En dilatarles su plazo
Por espacio de tres diás.
Mas ántes que llegue el cuarto,
Sonará el soplo segundo,
Con tal vigor alentado,
Que no quede en cielo y tierra
Angel vivo, ni hombre humano.

Sólo quedarán vivos (pues hasta los ángeles

á su noble y benévolo auditorio que le preste atento oido, pues va á referir una aventura amorosa. Luégo prosigue:

---

han de morir) los cuatro *almalaques* y los que llevan el *alarx* ó trono del Altísimo; esto es, los principales ángeles ó arcángeles.

En el canto II refiere el poeta que, á los cuarenta dias de estar todo muerto, mandará Dios una gran lluvia, que hará que todo renazca como la yerba, y que toda vida y toda carne resuciten:

El ángel de la bocina
Resucitará el primero;

la tocará, y entónces resucitarán los hombres, todos de la edad de Jesus, ó sea de 33 años, y de la estatura de Adan,

Que treinta codos tenía
Desde la planta al cabello.

Para que tanta multitud de muertos se congregue en un solo punto, donde ha de ser el juicio final, un grande fuego será encendido

En los contornos del mundo,
Y los irá reduciendo
A una parte y sitio llano,
Criado en el mundo en medio.

Una hermosa y noble dama,
Que solazándose iba,
Hallé un viérnes, en la calle,
De cuatro esclavas seguida.

Llenos los hombres de temor por el juicio que se prepara, acudirán sucesivamente á Adan, á Noé, á Abraham y á Moisés, para que los valgan; pero todos se declararán sin valimiento. Acudirán entónces á Jesus, exclamando:

Ruega ad Alah, santo Ise,
Que sin carnal instrumento
Fuiste engendrado y nacido,
Lleno de tantos misterios;
Ruega al Señor por nosotros, etc.

Jesus responde:

No es para mí esta empresa,
Ni tal suficiencia tengo;

y los envia á Mahoma, que, en efecto, es el grande intercesor en el dia del juicio. Despues se extiende el poema en la descripcion de las penas y recompensas, y termina, como hemos dicho, con la oracion á Mahoma.—Parece este poema escrito en el siglo XVII, por algun morisco ferviente, que deseaba excitar en sus correligionarios el celo y la fe, tan necesarios entónces para que no renegasen de su falso profeta. *(N. del T.)*

Miróme, y quedó en sus ojos
De amor el alma cautiva.
A una esclava me dirijo;
La esclava dice con risa:
La Princesa, mi señora,
Del emir Yaban es hija.
Yo replico que el emir
Cuanto tiene me debia.
Luégo hablé de mis tesoros
Y riquezas infinitas,
De mis siervos y corceles,
De mis palacios y quintas.
La Princesa me escuchaba
Y de este modo decia:
Sujeto de tan buen talle
No puede decir mentira.
Alentado, le propuse
Ir á hacerle una visita;
Entre amorosa y turbada
Ella al fin lo concedia.
Muy pronto un alma y un cuerpo
Fuimos, y una sola vida;
Los besos que yo le daba
Con usura me volvia.
No bien cumplí mi deseo,
Y logré toda mi dicha,
Ver mis inmensos tesoros
La Princesa pretendia.
Yo respondí: Soy poeta,
Y tengo un alma tan rica,
Que al oro, de que carezco,
Aventaja mi poesía.
Aunque mis joyas y chales

Ni te adornen ni te vistan,
Mis versos harán famosa
Tu hermosura peregrina.

Terminada esta narracion, el poeta hace el elogio de Mahoma, declara su nombre y su patria, se jacta de haber compuesto muchas *kasidas* y muchos *zadschales,* y concluye con estas palabras: «¡Oh pueblo de Zefta! cuando yo esté en el sepulcro, pide á Dios, siempre que te acuerdes de mí, que me perdone mis pecados.»

La otra poesía, como ya lo indica su título, es tambien una narracion, y trata igualmente de una visita nocturna á una hermosa. De un pasaje de esta composicion se puede inferir que el que la recitaba pedia dinero á sus oyentes.

En las poesías mencionadas, no sólo tenemos interesantes pruebas de que existia la poesía popular entre los árabes, sino tambien de que es equivocada la opinion de que entre los árabes no hubo más forma de poetizar que la lírica. Lo único, por consiguiente, que nos queda por dilucidar es hasta qué punto la poesía arábiga, singularmente la arábigo-hispana, contuvo en sí el elemento narrativo.

Como, segun Tácito, los cantos de los antiguos germanos eran sus únicos documentos de

los casos pasados, así, segun Sojuti, los árabes anteriores al Islam no tenian más historia que sus breves poesías. «Cuando un beduino, dice, referia un suceso histórico á personas para quienes era nuevo, habia regularmente la exigencia de que recitase algunos versos que viniesen en apoyo del caso narrado» (1). La narracion en prosa, con poesías interpoladas, que daban autoridad y crédito á la narracion, miéntras que la narracion misma era como comentario y aclaracion de ellas, fué la más antigua forma de la tradicion, y áun la única, miéntras no vino la escritura á servir de medio para conservar la memoria de los sucesos. Hasta despues de haberse extendido el uso de la escritura duró este modo de tradicion oral. Versos de carácter lírico, improvisados en un instante dado, y explicando una determinada situacion, corrian de boca en boca, con una aclaracion en prosa sobre las circunstancias en que se compusieron, y una clase de hombres, que ya dijimos en otra parte que se llamaban *ruwah,* en singular *rawí,* esto es, narradores ó recitadores, se encargaban de difundir entre el pueblo, en esta mezcla de prosa y de poesía, los acontecimientos dignos de con-

(1) Fresnel, *Première lettre,* pág. 2.

memoracion. Estos narradores eran famosos por su prodigiosa memoria, y afirmaban que no sólo recitaban fielmente los versos, sino tambien la narracion prosaica, que repetian palabra por palabra, conforme la habian aprendido de ancianos jeques, y éstos de otros más ancianos. Una gran cantidad de tales tradiciones sobre las batallas y aventuras de los árabes del desierto, fué reunida por un contemporáneo de Harum-ar-Raschid, y nos ha sido conservada por el andaluz Ibn-Abd-Rebbihi, poeta de la córte de Abdurrahman III.

Pero, si puede creerse que este ó aquel *rawí* fué bastante escrupuloso de conciencia para repetir los hechos sin la menor adicion y con las mismas palabras que sus antecesores, tambien es imposible pensar que sean constantes tales escrúpulos en todos ellos y á traves de tantas generaciones. No cabe duda en que muchos *rawíes* han de haber intentado referir los acontecimientos, no como realmente sucedieron, sino como debieron suceder, exitando así con más viveza el interes del auditorio. Semejante procedimiento ha ido creando por todas partes la epopeya, propiamente dicha, y es ménos de creer que faltase en el caso de que hablamos. En otros casos, la actividad del rapsoda sólo

podia emplearse sobre un contenido, firmemente encerrado ya en el metro, el cual ayudaba tambien á la memoria, y sin embargo, esta actividad, cambiando la forma y la estructura, ponia mano en la poesía. Entre los árabes, por el contrario, siendo dificilísimo conservar la prosa en la memoria, era, no sólo más fácil, sino tambien más ventajoso para el narrador el enriquecer y adornar los hechos tradicionales con la propia fantasía, en vez de atenerse á recitar meramente lo aprendido. De esta suerte no podia dejar de ocurrir la transformacion de la historia en leyenda, y de que en efecto la hubo es claro testimonio y ejemplo, en la historia literaria de los árabes, el libro de los hechos de Antara. La gran coleccion de leyendas sobre dicho héroe y poeta tiene por esencial fundamento hechos históricos, conocidos y conservados en el libro de los cantares y en el comentario de las *mualakat*. El modo de narrar es el ya descrito: una noticia sobre las hazañas del héroe, con versos interpolados, que él pronunció en esta ó en estotra circunstancia. Es de presumir que, en un principio, se conservaron fielmente las palabras del primer narrador; pero, miéntras que los versos, que se guardaban con facilidad en la memoria y que á causa de su forma artística no se podian

cambiar sin trabajo, permanecieron en gran parte los mismos, la parte prosaica de la narracion hubo de sufrir notables mudanzas al ir pasando de boca en boca. No sólo tomó en muchos pasajes cierta estructura rítmica y se adornó con rimas, sino que recibió en su contenido multitud de adiciones y cambios. Los narradores procuraron prestar un nuevo encanto á lo ya conocido, y hacer más interesante el asunto, añadiendo con la propia inventiva aventuras por el órden de las primeras. Por último, aquel de quien este conjunto de tradiciones recibió la forma que tiene hoy, aquel que pasa comunmente por el autor de la obra, sólo puede colocarse al final de una serie de antecesores, cuyo trabajo, que habia durado siglos, él terminó y perfeccionó, reuniendo y ordenando con diestra mano los trozos esparcidos. Así, en la narracion de las hazañas de Antara, la historia, pasando de generacion en generacion, ha venido á convertirse en poesía, y la misma manera de nacer han tenido otros monumentos importantes de la poesía épica, áun cuando les haya faltado, para ser una epopeya en todo el sentido de la palabra, la unidad y el conjunto armonioso (1).

(1) Dozy, Introduccion á *Al-Bayan*, 9.

Tambien en España, durante los primeros siglos de la dominacion arábiga, apénas si la noticia de los sucesos se transmitia de otro modo que por los labios y los oidos del pueblo. La necesidad de escribir la historia casi no se hacia sentir cuando diariamente se contaba en los campamentos, en los palacios y en las plazas de las ciudades. Así es que más tarde apelaban los historiadores al testimonio de los narradores ó *rawíes,* al referir los sucesos de los primeros siglos despues de la conquista (1). Los guerreros sabian recitar versos y aventuras de los antiguos tiempos (2), y hasta los reyes eran encomiados porque guardaban en la memoria los versos y las hazañas de los árabes, así como los anales de los califas, y porque eran buenos recitadores de versos (3). El visir Muza, principal miembro de la sociedad que el emir Abdalah solia reunir en torno suyo para conversar discretamente, no sólo era famoso como improvisador y como poeta, sino tambien como buen narrador y muy versado en la historia de los

(1) Así, por ejemplo, Al-Bayan, II, 42, y en otros muchos pasajes.
(2) El mismo, I, 38.
(3) El mismo, II, 158.

Beni-Humeyas (1). En el palacio, en aquella especie de tertulias literarias, se recitaban poesías que narraban los combates de los antiguos árabes y otras historias guerreras, y que ensalzaban las gloriosas hazañas (2). Esto recuerda un pasaje de Ciceron, idéntico casi, así en el sentido como en las expresiones, en el que se dice que era costumbre entre los antiguos romanos cantar en los festines las alabanzas de los ilustres varones (3). Así como de estas palabras se ha venido á deducir la existencia de cantares narrativos entre los romanos, podemos tambien nosotros sacar la consecuencia de que entre los árabes españoles habia tradiciones épicas. No se quebranta nunca la ley segun la cual la historia, cuando pasa oralmente de individuo á individuo y de lugar á lugar, se convierte en poesía. Y no es objecion que el tiempo de que aquí se habla era ya demasiado histórico para que en él se llegase á crear una tradicion épica. Áun durante las cruzadas, cuando en el ejército de los cruzados mismos habia cronistas, han empezado á formarse semejantes tradiciones. Desde que

(1) Al-Holat, 125.
(2) Al-Holat, 37.
(3) *Tusc. Quaest.*, iv, 2.

se hizo el importante descubrimiento de que la historia de los primeros tiempos de Roma, escrita por Tito Livio, no sólo se funda en una poesía heroica ya perdida, sino de que ademas esta poesía ha entrado en parte en la historia mencionada, se ha observado tan á menudo el mismo fenómeno en tantas supuestas obras históricas de los más diversos pueblos, que un nuevo caso de lo mismo no debe ya maravillar á nadie. La primitiva *Historia de Armenia,* por Moisés de Chorene, está ya demostrado hasta la evidencia que se funda sobre antiguos cantares. Los *sagas* escandinavos, tomados de los propios labios de los *scaldas,* constituyen la mayor parte del asunto que Saxo Grammatico ha tratado en prosa latina. De góticas poesías heroicas nace la obra de Jornandes, y longobárdicos cantares, aunque con diversas palabras, ha entretejido Paulo Diácono para formar la suya. Una multitud de romances, que desaparecieron ya, se han conservado, al ménos en los contornos, en la *Crónica general* de D. Alfonso X. Nadie duda ya de que Gottfried de Monmouth, en su *Historia de los reyes bretones,* ha intercalado cantares gaélicos del ciclo épico del gran rey Arturo. Y no es maravilla que antiguos historiadores procediesen así; pero ¿hasta

qué extremo llegaria esta transformacion de la poesía en historia, cuando todavía historiadores de estos últimos siglos han seguido involuntariamente las huellas de Turpin, el cual compuso su historia de Carlo Magno y de Roldan con poesías románicas, traducidas en prosa latina? Esto ha sucedido, sin embargo: Mariana cuenta de buena fe una historia de las bodas de los Condes de Carrion con las hijas del Cid, que lleva tan claramente el sello de la poesía popular como cualquiera otra de la *Crónica general.* Mariana siguió en esto á un cronista; pero el cronista habia, sin duda, tomado por garante á un compositor de romances. Por último, Hume ha introducido en su *Historia de Inglaterra* dos narraciones sobre los amores de Edgardo, sacadas de Guillermo de Malmesbury, el cual, á su vez, las habia compuesto siguiendo unas antiguas baladas.

Si abrimos ahora los libros arábigos que tratan la antigua historia de Andalucía, reconocerémos al punto que hay mucho de fabuloso y poético en las noticias allí contenidas. Sirva de ejemplo lo siguiente: Ibn-al-Kotiya, que casi exclusivamente ha bebido en la tradicion oral (1),

(1) Dozy, Introduccion á *Al-Bayan*, 30.

refiere cómo Muza, el conquistador de España, volvió en triunfo á Siria. Iban en su séquito cuatrocientos hijos de príncipes godos, adornados con coronas y cinturones de oro. Cuando ya se acercaba á Damasco, supo que el califa Al-Welid estaba enfermo de muerte, y recibió una embajada de Suleiman, el inmediato sucesor al trono, exigiéndole que dilatase su llegada, á fin de que el nuevo califa pudiese solemnizar el principio de su reinado con la entrada del conquistador de España. Muza, no obstante, contestó al mensajero: «Mi deber me ordena ir adelante sin detenerme. Si el destino llama á mi bienhechor á otra vida áun ántes de mi llegada, suceda lo que está escrito.» Muza, en efecto, prosiguió su viaje é hizo aún su entrada en Damasco ántes de la muerte del anciano califa. El enojo de Suleiman le amenazó desde entónces. Apénas Suleiman subió al trono, cargó de cadenas á Muza, extendió su venganza sobre su hijo Abd-ul-Aziz, y envió mensajeros á Andalucía para que le trajesen su cabeza. Abd-ul-Aziz, casado con la viuda del último rey godo, residia en Sevilla como gobernador, y recibió á los enviados sin el menor recelo. La mañana despues de su llegada fué á hacer su oracion á la mezquita, y estaba leyendo en el *mihrab* la

sura (1) *de la apertura* cuando los que le cercaban desnudaron de pronto los alfanges y le cortaron la cabeza, la cual fué enviada á Damasco al califa. Éste tuvo la crueldad de hacer venir al padre del asesinado y de presentarle en un plato la cabeza de su hijo. Al verla prorumpió el infeliz anciano en estas palabras: «Por Alah, tú le has asesinado miéntras hacia su oracion como un buen muslim; pero tú mismo, Suleiman, no tendrás otra suerte, durante tu reinado, que la que has hecho sufrir á Muza (2).

---

(1) El *mihrab* era, como la *apsida* en las basílicas cristianas, el lugar más venerado y santo del templo. *Sura* equivale á capítulo. Parece que la *sura de la apertura* debe ser el primer capítulo del *Coran,* llamado *fatihat al kitab,* el que abre el libro. Los musulmanes leen este capítulo más á menudo que los otros, y hacen de él una oracion, que suponen llena de maravillosa eficacia. *(N. del T.)*

(2) Ibn-al-Kotiya, en el *Journ. asiat.,* 1856, II, 438. Esta crónica de Ibn-al-Kotiya, parece que va á publicarse muy en breve, traducida al castellano por el Sr. Gayángos. Formará parte de la *Coleccion de obras arábigas* que ha empezado á publicar la Real Academia de la Historia. El primer tomo de la *Coleccion,* único publicado hasta ahora, contiene el *Ajbar Machmua ó Coleccion de tradiciones,* libro traducido por

Otro ejemplo es éste: En Córdoba se habia encendido una rebelion espantosa. Multitud de pueblo, ardiendo en ira, recorria la ciudad, y se dirigia de todas partes contra el alcázar para

---

el malogrado, laborioso é inteligente orientalista D. Emilio Lafuente Alcántara. El *Ajbar Machmua,* así en el texto traducido, donde no se cita un solo historiador, sino el dicho tradicional del pueblo, como en las notas con que el Sr. Lafuente Alcántara le ilustra, corrobora las ideas emitidas aquí por el Sr. Schack sobre la historia y la poesía épica ó narrativa de los árabes. Indudablemente todos los casos novelescos y todas las circunstancias que hubo en la conquista de España por los árabes, andaban entre ellos en boca del vulgo, de donde los tomaron los más antiguos historiadores arábigos, de los cuales, á su vez, si es que asimismo no bebieron inmediatamente de la tradicion, los tomaron los más antiguos cronistas cristianos. Los amores de D. Rodrigo y de la Cava, la traicion de D. Julian y de los hijos de Witiza, la desaparicion del último rey godo despues de la batalla del Guadalete, etc., etc., todo viene confirmado en la *Coleccion de tradiciones,* y en otras, ó más bien dicho, en casi todas las primeras crónicas arábigas. Ibn-al-Kotiya se jactaba él mismo de ser descendiente del rey Witiza, por Sara, hija de un hijo de dicho rey, que casó con Omair-ben Zaide, así como Abd-ul-Aziz casó con Egilona, la viuda de D. Rodrigo. *(N. del T.)*

entrar en él por asalto. El rey Al-Haken veia desde la azotea las turbas que se agitaban en siempre creciente número, y oia sus amenazas y feroces gritos, que se mezclaban con el resonar de las armas. Entónces llamó á su paje Jacinto y le mandó que le trajese un pomo de bálsamo. Jacinto creyó que habia entendido mal la órden, y vacilaba ántes de cumplirla. Al-Haken exclamó, impaciente: «Vé, hijo de un incircunciso, y tráeme pronto lo que deseo.» El esclavo se dió priesa, y al volver con el pomo, el Rey se ungió con el bálsamo las barbas y el cabello. Maravillado el paje, se atrevió á preguntar: «Señor, ¿es éste tiempo á propósito para aromas? ¿No ves el peligro en que estamos?— Calla, miserable, replicó Al-Haken; ¿cómo podrán aquellos en cuyas manos caiga, distinguir de las demas la cabeza de Al-Haken, cuando la encuentren separada del tronco y no ungida?» Dicho esto, se vistió el arnés, repartió armas entre los suyos y se lanzó en la pelea (1).

Es tan innegable el carácter poético-popular de estos fragmentos, que parecen romances desligados é interpolados en la prosa. Tampoco faltan prodigios. Cuando Taric se dió á la vela,

(1) Al-Holat, 40.

en la costa de África, para la conquista de España, vió en sueños al Profeta, rodeado de sus primeros prosélitos: todos llevaban espadas en las manos y arcos en la espalda, y Mahoma caminaba delante del bajel, hácia la orilla española, y decia á Taric: «Vé á tu destino.» Despues de sus conquistas en el norte de España, vió Muza un ídolo, en cuyo pecho estaban escritas estas palabras: «¡Oh hijos de Ismael! hasta aquí habeis llegado con buen éxito; pero, si quereis saber de la vuelta, os diré que habrá entre vosotros discordias y combates, y que los unos á los otros os cortaréis la cabeza» (1).

Sobre las aventuras de Abdurrahman I, y sobre la fundacion del imperio omiada en Córdoba, se conservan los restos de una grande epopeya tradicional, esparcidos en diversos historiadores. Citarémos lo más sustancial (2). En

(1) Al-Bayan, ii, 18. Dejo de citar otras muchas historias maravillosas sobre la conquista de España, porque son de orígen oriental, segun Dozy; pero, como se hallan en los escritores arábigo-españoles, áun en los más antiguos, se debe creer que tambien en Andalucía andaban en boca del pueblo.

(2) En el *Ajbar Machmua, Coleccion de tradiciones,* traduccion del Sr. Lafuente Alcántara,

tiempo en que los Abasidas ejercian una sangrienta persecucion sobre la derribada dinastía y familia de los Beni-Humeyas, el jóven Abdurrahman estuvo á punto de asistir al traidor convite del gobernador de Damasco, donde le aguardaba el mismo fin que en él hallaron los otros Omiadas. En el camino se encontró con un hombre que le debia muchos favores. Éste se llegó á él, dando muestras de la más viva emocion, y le dijo: «Atras, atras; huye hácia el Occidente, donde un reino te espera; todo esto es traicion de Abul-Abbas, que desea librarse de los Omiadas con un solo golpe.» Abdurrahman contestó: «¿Cómo puede ser eso, cuando el gobernador ha recibido órden de convidarnos, de restituirnos nuestros bienes, y áun de hacernos ricos presentes!—No te dejes alucinar por tales ofrecimientos, replicó el hombre; porque, créeme, los Abasidas no se juzgarán nunca seguros en el

---

se pone parte de esta historia, sobre todo la fuga de Abdurrahman de Siria, en boca del mismo príncipe fugitivo. El historiador anónimo dice: «Uno que le habia oido referir varios pormenores del principio de su fuga me ha contado que decia lo siguiente.» Y en efecto, pone despues la narracion en primera persona, como si el mismo Abdurrahman hablára. *(N. del T.)*

poder miéntras los Omiadas tengan abiertos los ojos.—Si yo sigo tus consejos, preguntó Abdurrahman, ¿qué habrá de sucederme?» El de los avisos contestó: «Desnuda tus espaldas y déjame ver tus hombros; porque, si no me equivoco, tú eres el hombre á quien el destino promete el imperio de Andalucía.» Abdurrahman desnudó sus hombros, y el hombre vió en uno de ellos el lunar negro que habia visto mencionado en el libro de las profecías. Entónces repitió las palabras: «Atras, atras; huye hácia el Occidente»; y añadió: «Yo te acompañaré una parte del camino y te daré veinte mil dineros. No bien los recibas debes partir.» Abdurrahman preguntó quién le daba aquella suma, y exclamó maravillado, cuando supo que su tio Maslama: «¡Por Alah, hombre, tú dices la verdad! Ahora recuerdo que cuando yo era niño todavía, mi tio Maslama, en cuya casa me crié desde la muerte de mi padre, descubrió un dia sobre mi hombro el lunar de que hablas, y al verle prorumpió en llanto. Mi abuelo el califa Hischam, que estaba allí, preguntó á mi tio la causa de su repentina emocion, y Maslama dijo: «¡Oh príncipe de los creyentes! este niño huérfano ha de sobrevivir á la caida de nuestro imperio en Oriente y ha de ser rey en Occidente!» Mi abuelo preguntó de

nuevo que cuál era el motivo del llanto en lo que acababa de decir, y mi tio replicó: «Yo no lloro por él; lo que me arranca lágrimas es la suerte de las mujeres y de los niños de la estirpe omiada, cuyos collares de plata y de oro han de convertirse en cadenas de hierro, y cuyos dulces aromas y olorosos ungüentos han de convertirse en hediondez y podredumbre. ¡Pero Dios está sobre todo! A la prosperidad y á la gloria siguen la decadencia y el infortunio.»

En virtud de estos avisos, Abdurrahman se abstuvo de ir al convite. Pronto recibió la nueva del asesinato de los Omiadas, del cual pocos de sus parientes lograron salvarse. Los esbirros de los Abasidas le buscaron luégo; hallaron á su hermano Yahya y le dieron muerte. Abdurrahman huyó con uno de sus más cercanos parientes, durante la oscuridad de la noche, hasta que llegó á una aldea, oculta entre árboles y cañaverales, á orillas del Eufrates. Allí esperó esconderse y aguardar una ocasion favorable para fugarse á África. Estando así escondido y descansando en un cuarto oscuro, porque estaba enfermo de los ojos, vió que su hijo Suleiman, que sólo contaba cuatro años y que estaba jugando á la puerta de la casa, entró de pronto en la habitacion y se echó en sus brazos como si

buscase un asilo. Como el príncipe no comprendia lo que aquello podia significar, rechazó al niño; pero éste se asió á él más fuertemente aún, y con gestos de violenta angustia empezó á lamentarse. Abdurrahman salió entónces de la estancia para averiguar la causa de aquel espanto, y vió los negros estandartes de los Abasidas, que ondeaban al viento muy cerca ya de la aldea. Apresuradamente tomó consigo algun dinero y emprendió la fuga con su hermano menor, dejando á su hijo pequeño bajo la custodia de sus hermanas. A éstas y á su liberto Bedr los informó del camino que emprendia, y les indicó un lugar donde volverian á encontrarse. Así pudo escapar de sus perseguidores, y vino á ocultarse de nuevo, con su hermano, á corta distancia de la aldea. La casa, no bien ellos la dejaron, fué circundada por una tropa de gente de á caballo y registrada escrupulosamente. Entre tanto llegó Bedr donde estaban los fugitivos; pero miéntras éstos enviaron al dicho Bedr y á otras personas de confianza á comprar caballos y otras cosas conducentes á continuar la fuga, un esclavo traidor descubrió á los enemigos el sitio en que se escondian. Otra vez oyeron á poco el estruendo de los jinetes que se aproximaban, y huyeron precipitadamente há-

cia el Eufrates. Antes de que los de á caballo llegasen á la orilla, la alcanzaron ellos y se echaron al agua para pasar el rio á nado. Los perseguidores, habiendo tocado la orilla poco despues, les gritaban: «Volved; no os harémos ningun daño.» Abdurrahman no se fió de aquellas traidoras palabras y siguió nadando sin cesar. Cuando estuvo en medio del rio, vió que su hermano, no tan buen nadador como él y desconfiado de sus fuerzas, retrocedia para volver á la orilla de que habia partido. Abdurrahman procuró animarle para que siguiese, pero el temor de morir ahogado, y las mentidas promesas que le hacian los jinetes de que respetarian su vida, le decidieron á volver, falto de aliento. Abdurrahman le gritaba: «¡Adelante, hermano, á mí, á mí!»; pero en balde. Abdurraman llegó solo á la opuesta márgen del Eufrates. Uno de los de á caballo pareció inclinarse por breves instantes á lanzarse en el rio y nadar detrás de él, pero sus camaradas le disuadieron, y cesó la persecucion. Apénas Abdurrahman puso pié en tierra, buscó con los ojos á su hermano, y le vió con angustia entre las manos de los soldados, los cuales, sin tener compasion de aquel mancebo de trece años, que se les habia entregado bajo la fe de su palabra,

le degollaron, y partieron, llevando en triunfo su cabeza.

Despues de este horrible momento, el príncipe continuó sin descanso su fuga, hasta que logró internarse y esconderse en un espeso bosque. Cuando se creyó más seguro de ulteriores persecuciones, salió del escondite y prosiguió su viaje hácia el Occidente.

Poco despues aparece Abdurrahman en Palestina, donde vuelve á encontrar á su fiel Bedr; más tarde le vemos buscar un asilo en África. Un judío, que habia estado primero al servicio del tio de Abdurrahman, habia profetizado al gobernador de aquella provincia que un koraischita de la familia de los Beni-Humeyas, á quien era fácil reconocer por dos rizos en la frente, y que se llamaba Abdurrahman, habia de apoderarse del imperio en Andalucía. Ocurrió que el gobernador vió por acaso al príncipe, y habiendo observado los dos rizos en su cabeza, dijo al judío: «Éste es aquel de quien me hablaste; mandaré que le maten.» El judío respondió: «Si no es aquél, nada te importe; y si es aquél, no podrás matarle» (1).

(1) El *Ajbar Machmua* añade que el gobernador tuvo la candidez de dejarse crecer los dos

Abdurrahman prosiguió su fuga, y acordándose de la primera prediccion, trató de ir hácia Andalucía. Errante de lugar en lugar, y de una tribu de beduinos en otra tribu, corrió mil aventuras y se expuso á mil peligros entre los bárbaros habitantes del norte de África. Durante algun tiempo le tuvieron oculto los parientes de su madre. Tambien un caudillo bereber le hospedó amistosamedte en Maghila. Cierto dia, hallándose en la tienda del mencionado caudillo, aparecieron los espías del gobernador, que le perseguia siempre, y registraron, buscándole, todos los rincones; pero la mujer del caudillo le escondió bajo sus ropas y así le salvó de sus perseguidores. Abdurrahman no olvidó en toda su vida aquel servicio; y cuando fué soberano de Andalucía, convidó al caudillo y á su mujer á que fuesen á Córdoba, los recibió entre las personas que le eran más familiares, y los colmó de honores y distinciones.

En España, destrozada por las guerras de los diferentes generales, siempre enemigos, se habia formado una parcialidad, que abrigaba la

---

rizos, á ver si le tocaba así la profecía; pero que el judío le dijo: «Tú no eres de estirpe de reyes.» *(N. del T.)*

idea de que solo un jefe independiente de los califas orientales podia curar las heridas que los golpes de la guerra civil habian abierto en la ensangrentada patria. Cuando Abdurrahman oyó hablar de este partido, compuesto en gran parte de partidarios de los Omiadas, se despertaron con brío sus antiguas esperanzas y planes, alimentados con predicciones; y su fiel Bedr, comisionado por él, desembarcó en las playas andaluzas para preparar la realizacion de dichos planes. Los parciales de los Beni-Humeyas recibieron bien al embajador, y luégo le enviaron de nuevo á África, en compañía de dos de los suyos, para que invitase al fugitivo á pasar á la península. Abdurrahman siguió la voz que le llamaba, atravesó el estrecho, pisó el suelo español, y pronto se vió rodeado de un numeroso ejército, que de dia en dia, conforme avanzaba en su marcha, se iba engrosando. En Archidona, el emir del distrito le condujo á la mezquita el dia en que termina el ayuno, y no bien el iman subió al mimbar, le dijo de repente con voz sonora: «Anuncia la destitucion de Jusuf, y di la oracion en nombre de Abdurrahman, hijo de Moawia, porque él es nuestro soberano y el hijo de nuestro soberano.» Volviendo luégo á la gente allí congregada, le preguntó su opinion, y

en seguida le respondieron: «Nuestra opinion es la tuya.» Poco tiempo despues ya habia Abdurrahman sujetado á su dominio todo el occidente de Andalucía, é hizo su entrada en Sevilla. Áun tenía en contra, como poderoso contrario, á Jusuf, el lugarteniente del califa, quien tambien pretendia para sí la independencia del poder supremo. Para combatirle, marchó Abdurrahman sobre Córdoba, y dió órden á sus soldados de prepararse para una marcha nocturna, á fin de hallarse delante de los muros de la ciudad al romper el alba. «Si dejamos, dijo, que nos siga á pié la infantería, no será posible que avance al mismo paso que nosotros. Tome, pues, cada jinete un peon á la grupa de su caballo.» Y al punto, para dar el ejemplo, llamó á un jóven guerrero que por acaso se ofreció á su vista, y le preguntó su nombre. «Mi nombre, respondió, es Sabek, hijo de Malek, hijo de Yezid.—Bien está, replicó Abdurrahman, haciendo un juego de palabras con el significado de los nombres; Sabek, ponte al frente de mi ejército; Malek, guíale; Yezid, cumple nuestros deseos. Dame la mano y salta en las ancas de mi caballo.» La descendencia de este mancebo conservó como recuerdo los nombres de Benu Sabek ir Redif; esto es, hijo de Sabek, el que iba en la grupa.

El ejército marchó con gran priesa durante la noche, y se halló al amanecer á orillas del Guadalquivir, enfrente de Córdoba. Difícil era vadear el rio, que entónces no tenía puente; pero un soldado se echó resueltamente al agua, y siguiendo su ejemplo, se aventuraron todos los demas; de suerte que en breves instantes habia pasado á la otra orilla todo el ejército, caballeros y peones.

Un combate de pocas horas aniquiló el partido de Jusuf. Éste emprendió la fuga, y Abdurrahman entró como vencedor en Córdoba, donde en la solemne oracion del viérnes asistió á la mezquita, y prometió con juramento velar por el bien de sus súbditos.

Aun tuvo que luchar el jóven príncipe omiada con otro peligroso competidor. El califa Almansur envió á Al-Alá, empleado en la España occidental, un diploma dándole la lugartenencia de Andalucía, con la condicion de que destruyese el poder del nuevo dominador. Al-Alá acudió al punto á las armas, y reunió un numeroso ejército bajo sus banderas. Abdurrahman salió contra él con un corto número de sus leales, y se fortificó en Carmona, bajo cuyos muros acampaba el enemigo. Dos meses habia ya pasado Abdurrahman en aquel encierro,

cuando el desórden que notó en el ejército contrario le animó á hacer una salida, á pesar de la enorme inferioridad de sus fuerzas. Hizo encender una hoguera en la puerta de Sevilla y ordenó á sus compañeros de armas que arrojasen en ella las vainas de sus alfanjes. Luégo todos ellos, y Abdurrahman á la cabeza, salieron de la fortaleza con los alfanjes desnudos, y aunque sólo eran setecientos, pusieron en fuga á los sitiadores. La cabeza de Al-Alá, á quien encontraron muerto sobre el campo de batalla, fué separada del tronco por mandato del vencedor, embalsamada con alcanfor, y colocada en la misma caja en que Al-Alá habia recibido el diploma de lugarteniente y el estandarte de los Abasidas. Un piadoso habitante de Córdoba, que hizo la peregrinacion á la Meca, recibió el encargo de llevar consigo la caja, á fin de que fuese conservada como trofeo de Abdurrahman en aquel santuario del mundo mahometano.

Ocurrió que en la misma época el califa Almansur tambien cumplia el deber de todo creyente, de visitar el templo de la Caaba, y que vió la caja que contenia la cabeza. Á su vista se conmovió profundamente, y dijo: «¡Desgraciado! Le hemos condenado á muerte sin pensar! ¡Alabado sea Alá, que me separa por medio de los

anchos mares de un contrario como Abdurrahman!» (1).

Inmediatamente comprenderá cualquiera que estas noticias de las maravillosas aventuras de Abdurrahman no contienen una historia en el más severo sentido, sino que los acontecimientos reales están ya algo transformados y propenden á cambiarse en leyenda al pasar por el espíritu y la boca del pueblo. Áun prescindiendo de pormenores aislados, que llevan el sello evidente de su origen poético-popular, hasta el conjunto tiene en sí un carácter que manifiesta la tradicion poética, y que, á pesar de su fundamento histórico, que sin duda existe, se diferencia esencialmente de la historia. No por eso se afirma aquí que los árabes españoles hayan poseido una verdadera poesía heroico-épica. Es de creer que la leyenda heroica solo tomó la forma de narracion en prosa ó de la ya mencionada mezcla de prosa y verso, que desde antiguo era propia de los árabes, y en la cual áun se nos muestra la historia de Antar. No es, sin embargo,

(1) El Conde de Noroña escribió sobre las aventuras de Abdurrahman un poema épico, en verso libre, titulado *Omniada*. Este poema, de escaso mérito, se imprimió en 1816. *(N. del T.)*

infundada la conjetura de que fueron celebrados en cantares muchos memorables acontecimientos y hazañas. El tono fundamental de estos cantares habrá sido lírico sin duda, pero en la intercalacion de la parte narrativa deben de haber traspasado los límites del lirismo puro. Algunas veces, como pronto harémos ver, falla la regla de que la poesía erudita de los árabes españoles haya sido siempre extraña á la narrativa, y en lo tocante á la poesía popular, es inconcebible que precisamente desechase lo que está más cerca de ella, y que los cantores públicos, que sin duda hubo, no se hubiesen nunca apoderado de las historias y tradiciones (1). La

(1) El descubrimiento de toda una literatura aljamiada, esto es, escrita en castellano con letras y con muchas voces arábigas por los moriscos, descubrimiento que principalmente se debe al Sr. Gayángos, confirma esta conjetura de Schack y la convierte en verdad demostrada. La poesía aljamiada de los moriscos es popular y á menudo narrativa, y no se puede decir que los moriscos imitaron estas formas de la poesía cristiano-española, porque, al contrario, sus poemas están imitados ó traducidos del arábigo. El *poema de José el patriarca,* publicado por Ticknor, cuenta las aventuras de aquel hijo de Jacob en Egipto, los amores de Zaleja,

desaparicion de estos cantos populares, que jamas se escribieron, no nos debe maravillar; mayor maravilla hubiera sido que se hubiesen conservado, á pesar de la suerte que tuvieron los árabes españoles. ¿Dónde están hoy los cantos épicos de los longobardos, de cuya primera

---

que así llama á la mujer de Putifar, etc., etc. Este poema parece escrito á fines del siglo XIV, y evidentemente tiene todo el carácter de una imitacion ó traduccion de otro poema arábigo. Hay pasajes en este poema que denotan que fué escrito para recitado en público.—El Sr. Müller, orientalista aleman, ha publicado tambien otras tres largas composiciones poéticas aljamiadas, en las cuales se declara terminantemente que son traducidas. Una de estas composiciones se titula *Almadha de alabança al annabi Mohammad, que fué sacada de arabî en ajamî porque fuese más placiente de la leer y escoitar en aquesta tierra.* Contiene esta composicion ochenta y una estrofas de á cuatro versos, donde se refieren casi todos los grandes hechos, milagros, excelencias y virtudes del falso profeta. Todas las estrofas terminan con la palabra Mohammad; v. g.:

De su olor fué el almiçque de grada,
Relumbró la luna aclarada
E nació la rosa honrada
De la sudor de Mohammad.

existencia nos persuade Paula Diácono? ¿Dónde los de los godos, de que se valió Jornandes? A pesar de la invencion de la imprenta, hasta las antiguas poesías populares de muchas naciones de Europa han estado á punto de perderse para siempre, si la curiosidad erudita no se hubiese

---

De que empeçó su venida
La tierra estaba escurecida,
E luégo fué esclarecida
Y clareó con la luz de Mohammad.

Algunas estrofas contienen casi tantas palabras arábigas como castellanas; así las siguientes:

Saldrá con albiçra y ridwan,
Con alhurras y wildan,
Con plateles de 'araihan,
Al recibimiento de Mohammad.
Los almimbares de las alnabíes,
E los alcorcíes de los alwalíes,
E las sillas de los taquíes
Cerca'l almimbar de Mohammad.

Por las notas del Sr. Müller sabemos que *alcorcí* es trono; *alwalí,* santo; *taquí,* temeroso de Dios; *wildan,* mancebo del paraiso ó copero de los bienaventurados, etc.

En este poema se cuentan circunstancias extraordinarias y curiosas sobre el nacimiento de Mahoma. Desde luégo es de nótar que, ántes de toda cosa, creó Dios

consagrado á reunirlas y salvarlas desde fines del siglo pasado; y con todo, se han perdido muchas de ellas.

Tal, con notable extension, ha sido el caso en Portugal. Casi nadie sospechaba que este país, así como España, poseia romances caba-

---

Una pella de luz muy fermosa
Para 'l engendramiento de Mohammad.
Esta luz corrió por los alnabíes,
De lomo en lomo en los walíes,
Fembras y barones de los taquíes
Fasta que quedaron en Mohammad.

Parece tambien que el alma de Mahoma fué creada catorce mil años ántes que la de Adam, y desde luégo fué asiento de la *annubuwa* ó virtud profética. Cuando Mahoma nació, vinieron á visitarle los almalaques ó ángeles y ciento veinte y cuatro mil alnabíes y profetas; cayeron los ídolos, se hundieron los retablos, los demonios se apedrearon unos á otros, y hasta el mismo Isrefil, el ángel de la trompeta, que está inmovil aguardando siempre que Dios dé la señal para tocar la última hora, vino por órden de Alá á hablar con Mahoma. Entre las singularidades con que nació, se puede deducir de los versos que nació ya con la circuncision hecha y

Con el ombligo taxado,

para que nadie tuviese que herirle.

llerescos; los más habian caido en olvido, cuando, pocos años há, un hombre de mérito, el señor Almeida Garrett, reunió los que quedaban, cuya hermosura hace que lamentemos doblemente la pérdida de los otros (1). Del mismo modo han desaparecido en gran parte las narra-

---

Los otros dos poemas aljamiados, que publica Müller, no son, ni con mucho, tan divertidos é importantes,

Gayángos, en el prólogo á las *Leyes de moros (Memorial histórico español,* tomo v), habla de otros poemas aljamiados, los cuales, dice, «constituyen por sí sólos una literatura nueva y galana, muy digna de la atencion de los eruditos.» Cuenta el Sr. Gayángos como uno de los más egregios y fecundos de los poetas moriscos á Mohammad Rabadan, natural de Rueda, en Aragon, de quien hay una série de poema: uno de ellos *sobre los atributos de Dios;* otro, publicado ya por el Sr. Gayángos en un apéndice á la traduccion de Ticknor, lleva por título *Discurso de la luz y linage claro de nuestro caudillo y bien aventurado anaví Muhamad, compuesto y acopilado por el siervo y más necesitado de su perdonanza, Muhamad Rabadan, aragones, natural de Rueda,* etc. Parece que le escribió Muhamad á principios del siglo xvii, y fué de los moriscos expulsados. *(N. del T.)*

(1) Más bien puede decirse esto de los romances catalanes, de los cuales el Sr. Milá y

ciones de los provenzales, y sólo de las imitaciones de los franceses del Norte se infiere que las hubo.

Viene en apoyo de nuestras conjeturas lo que el general Daumas, uno de los más distinguidos conocedores de la moderna Argelia y de sus habitantes, dice sobre los cantares que allí corren entre el vulgo. Para que el peso de este testimonio sea valedero en la cuestion presente, se ha de considerar que, no sólo las tribus árabes del África del Norte pertenecen á la misma gran familia que las que habitaban en-

---

Fontanals ha publicado ya una pequeña coleccion, miéntras los eruditos aguardan con ánsia la del Sr. D. Mariano Aguiló, que, segun se asegura es riquísima. Los portugueses, publicados por Almeida Garrett, están casi todos refundidos por él, y no pocos son enteramente de su propia invencion, y hasta imitados de literaturas extranjeras, como, por ejemplo, *O Anjo e a Princeza,* que, segun confiesa el mismo Almeida Garrett, está inspirado por *The loves of the Angels,* de Tomas Moore, y áun por *La chute d'un Ange,* de Lamartine.

Aun los romances que Garrett publica con más carácter popular, antiguo y castizo, están tomados ó sacados, esto es, son refundiciones; así, por ejemplo, *Bernal-Franzés, Noche de San Juan* y *El Chapin del Rey. (N. del. T.)*

tónces en España, sino que tambien entre Andalucía y África hubo, durante la dominacion mahometana, el comercio más activo. Toda la extension de tierra del otro lado del estrecho de Gibraltar se surtió de instrumentos músicos que iban de España (1), y áun en el dia de hoy son muchos de los más usuales, como laud, rabel, gaita y adufe, los mismos que los españoles, hasta con los nombres, tomaron en otro tiempo de sus compatriotas muslimes (2). Cuando las armas cristianas se volvieron á enseñorear poco á poco de la Península, el África del Norte fué el asilo adonde los árabes vencidos se refugiaron con los restos de su cultura (3); y, por último, despues de la caida del postrer trono mahometano, la poblacion del reino de Granada emigró en gran parte á la Argelia (4); de modo que se puede afirmar que circula sangre española en las venas de los actuales argelinos. Como éstos muestran notable predileccion por los cantares lírico-épicos, es de presumir que sus antepasados de Andalucía sintiesen la misma

(1) Makkari, II, 144.
(2) Host, *Noticias de Marruecos,* 291.
(3) Makkari, II, 105.
(4) Makkari, II, 814.

predileccion. El general Daumas dice: «La historia vive para el pueblo árabe casi exclusivamente en las narraciones y cantos populares, prestando en ellos su espíritu entusiasta duracion á los sucesos, en los que cree ver el dedo de Dios. Sus libros mismos son leyendas escritas, y de todo esto, así como de los recuerdos de los ancianos, pueden la política y la erudicion sacar una interminable multitud de noticias, hechos y estudios de costumbres. Desde que entramos en Argelia, no se ha conquistado una ciudad, ni se ha dado una batalla, ni ha ocurrido acontecimiento alguno importante, que no haya sido cantado por un poeta árabe.» El general Daumas ha publicado muchos de estos cantos, y entre ellos, uno á la conquista de Argel, donde, en medio de líricas lamentaciones, están pintadas con viveza la lucha de los naturales contra los franceses, y la toma de la ciudad por estos últimos (1).

Tampoco la poesía erudita, si bien predominaba en ella lo lírico, de ningun modo consideraba la narracion como fuera de su jurisdiccion

(1) *Mœurs et coutumes de l'Algérie,* par le général Daumas. Paris, 1855, p. 137.

y dominio (1). Sirva de ejemplo de esta clase épico-lírica la composicion siguiente á la victoria del emir Muhamad sobre los cristianos y los renegados, á orillas del Wadi-Salit ó Guadacelete:

Con variados colores,
Con gritería confusa,

(1) Sobre todo el asunto de que trata este capítulo, derrama mucha luz el erudito discurso que leyó el Sr. Moreno Nieto cuando tomó asiento en la Real Academia de la Historia. Las noticias y razones que da, confirman é ilustran lo que Schack dice. La tradicion oral, mezclada con breves composiciones poéticas, así en Oriente como en España, fué el gérmen de la historia y de la poesía narrativa. Para transmitir la tradicion oral solia el pueblo árabe, desde tiempos muy remotos, reunirse en sesiones, que llamaba *macamas.* La historia más tarde, así como la poesía narrativa, empezaron por recoger y ordenar estas tradiciones, ora en prosa, ora en verso. Es probable que las primeras crónicas ó historias escritas que hubo en España, fuesen en verso. Las más antiguas que se citan estaban en verso, á saber, las de Temman y Algazal. Posteriormente hubo ya muchos historiadores prosistas. El príncipe de ellos, aquel á quien llamaban los árabes *el Attariji,* ó sea *el historiador por excelencia,* fué Ahmed Arrazy, de quien dice el Sr. Moreno Nieto que «recogió toda la tradicion oral en sus obras y presentó á

En hileras apretadas
Los guerreros se apresuran,
Y hácia los hondos barrancos
Bajan en revuelta turba.
Como rasgando las nubes,
Brillan en la noche oscura
El relámpago y el rayo,
Las cimitarras deslumbran.

---

sus contemporáneos el cuadro completo y como el archivo de la vida anterior de los musulmanes en España.» Esto fué en la época de Abdurrahman III y de Al-Haken II, cuando la mayor grandeza y prosperidad de la España musulmana y del califato de Córdoba. De allí en adelante, la historia propiamente dicha, la biografía y las relaciones de viaje, dieron en España asunto y empleo á muchos musulmanes eruditos, pudiendo decirse que Ibn-al-Jatib, visir de Muhamad V, rey de Granada, fué el último escritor eminente que, así en este género como en otros, tuvieron los árabes españoles.

Los dos historiadores citados con más frecuencia en esta obra, así como en otras muchas que hablan de la España musulmana, no fueron nacidos en España. Uno de ellos, Ibn-Jaldun, el más esclarecido, fué contemporáneo de Ibn-al-Jatib; el otro, Al-Makkari, fué un escritor del siglo XVII de nuestra era, época de decadencia completa para los árabes. Con todo, su obra, ó recopilacion, aunque sin gusto y criterio, es una rica mina de noticias sobre los árabes y moros andaluces. *(N. del T.)*

Moviéndose á un lado y otro
Los estandartes ondulan,
Como al golpe de los remos
Barca que las ondas surca.
El poder de la batalla,
Que á los contrarios tritura,
Es cual rueda de molino
Que el agua á girar empuja;
Y es el eje de la rueda
Del rey la mente profunda;
Del rey, que en virtud y gloria
Sobre los reyes despunta,
Y su nombre, el del Profeta,
Con mil hazañas ilustra.
Loor al Profeta demos,
Que el triunfo nos asegura,
Cuando, sacudiendo el alba
El cendal que la circunda,
La verde yerba y las flores
Cubre de perlas menudas.
De Wadi-Salit los cerros
Lloran la mala ventura,
Que de los incircuncisos
Y renegados son tumba,
Pues el destino allí quiere
Que su pérdida se cumpla.
Cual enjambre de langostas
Acudieron á la lucha;
Pero las huestes reales
Pronto los ponen en fuga.
Cayeron nuestros valientes
Sobre la medrosa chusma,
Como halcones que destrozan

Una bandada de grullas,
O cual persiguen y matan
Las bravas sierpes astutas
Á los escuerzos cobardes,
Que en vano esconderse buscan.
Huyendo, dice Ben Julis
Estas palabras á Muza:
«¡La muerte! ¡Do quier la muerte!
No hay esperanza ninguna.»
Murieron miles y miles,
Murieron en lid tan ruda,
Al filo de los alfanjes,
De las lanzas en la punta,
O en la corriente del rio
Encontrando sepultura,
Ó rodando por las peñas
Y rompiéndose la nuca (1).

Ibn-al Kotiya, como él mismo declara, ha tomado, en parte, las noticias que da en su historia, de una composicion en verso sobre la conquista de España, escrita por Temman, visir de Abdurrahman I (2). Yah-ya-Ibn-Haken es-

(1) Al-Bayan, II, 114.—Desgraciadamente el texto de esta composicion está muy estropeado, y la traduccion es, en algunos pasajes, de un gran atrevimiento. En algunos versos he tenido que guiarme por conjeturas, y no debo ocultar que en un par de versos queda para mí harto problemático el sentido.

(2) *Journal asiatique,* 1856, II, 434.

cribió una historia ó crónica, toda en verso y lo mismo se cuenta de Abu Talib de Alcira (1). De Ibn-Sawwan, de Lisboa, se conserva aún una poesía, en la cual refiere cómo estuvo cautivo entre los cristianos de Coria, y cómo fué rescatado (2). Sobre estas citas podrán, sin duda, hacerse otras, cuando el tesoro que áun nos queda de la literatura arábigo-hispana esté más al alcance de todos (3). Esperamos la pronta publicacion del poema, en el cual Ibn-Abd-Rebbihi ha cantado las hazañas de Abdurrahman III, y donde podrémos tener un modelo cumplido de la poesía narrativa de los poetas árabes cortesanos. Entre tanto servirá aquí para este fin otra composicion que celebra la expedicion de los Beni-Merines á España, y de la cual traducirémos un par de fragmentos. Empieza con las alabanzas de Dios:

Alabando al Señor empiece el canto,
De poesía y de bien rico venero;
Entrar, por obra de su auxilio santo,
En el recinto del Eden espero.

---

(1) *Scriptor. arabum loci de Abbadidis,* I, 211.
(2) Dozy, *Recherches,* 610.
(3) Dozy, Introduccion á *Al-Bayan,* 27.

Luz en mi mente, y en mi ingenio encanto,
Y verdad en los casos que refiero
Piden la voz y el corazon ahora
Al Rey eterno que en los cielos mora.

Su palabra sacó, con decir «sea»,
Á todo ser del polvo, de la nada:
Es vida, amor, poder, fuerza é idea;
Toda existencia en él está cifrada:
No impiden las tinieblas que no vea
Del más ruin viviente la pisada.
Ni evita el trueno, ni la mar bramando,
Que oiga la voz de quien le está llamando.

No comprende el humano pensamiento,
Por más que se dilate su grandeza;
Él da á los siete cielos movimiento,
Y al sol su resplandor y su belleza;
Y en su trono, en el alto firmamento,
Mira de nuestro mundo la bajeza,
Y cuenta, á par de estrellas á millares,
Cada grano de arena de los mares.

Despues de esta introduccion ó invocacion, que se extiende mucho más, entra el poeta en su asunto propio:

Desembarcó el ejército en Tarifa;
Llenó el rumor el pueblo y la montaña:
Abu-Jacub, espléndido califa,

Desplegó allí su tienda de campaña:
Sobre una hermosa pérsica alcatifa
Su trono alzó para domar á España,
Y tomó asiento en él, rico y luciente,
Como el dorado sol en el Oriente.

Luégo cayó sobre Arcos, y asolada
Dejó toda la tierra circunstante:
Por el fuego y el filo de la espada
De los infieles se miró triunfante:
Despues pasó á Jerez, la celebrada,
Y de sus puertas acampó delante:
Circundan la ciudad prados y huertas
Y hazas de rica mies todas cubiertas.

Mil aldeas y lindos caseríos
Al campo daban esplendor y adorno;
Pero de Abu-Jacub los duros bríos
Difunden el terror por el contorno:
Los lugares quedando van vacíos,
Y la desolacion se esparce en torno:
Huyen los campesinos aterrados
Del ímpetu y furor de los soldados.

Abu-Jacub despues con los ligeros
Corceles á Sevilla se encamina;
Y sujetan la tierra sus guerreros,
Y la llenan de escombros y ruina;
Y haciendo mil cristianos prisioneros,
Los lleva do su hueste predomina,
Como lobos con buitres peleando
Y á los cristianos por do quier domando.

Abu-Mutsáfer y su hermano llegan,
Célebres ambos por heróicos hechos;
A Amrú los de Carmona ya se entregan,
Adonde sus soldados van derechos;
Los enemigos que con él refriegan
Quedan muertos ó en fuga van deshechos,
Siendo tanto el botin en aquel dia
Que estrecho el campamento parecia (1).

(1) Al-Kartas, pág. 251.

XIV.

La poesía de los árabes en relacion con la poesía de los pueblos cristianos de Europa.

Hubo un tiempo, no muy remoto aún, en que se ponderaba sin medida el influjo del Oriente en la civilizacion europea. Todo aquello que tenía algo de análogo en el Oriente se suponia que nos habia venido de allí. Se decia que la Tabla Redonda del rey Arturo era un remedo del ciclo caballeresco de Kai Cosroes ó Nuchirwan, y que el Santo Grial procedia de la copa de Yemsid, rey de los genios. La rima fué tenida por una invencion que los musulmanes nos habian trasmitido, y en suma, apénas quedó arte ó disciplina que no hubiésemos aprendido de ellos.

Por el contrario, en nuestros dias hay una propension decidida á empequeñecer el influjo

de los árabes en la cultura cristiana, y hasta á negar su accion en la poesía de los pueblos neolatinos.

Creo que este punto, tocado superficialmente por muchos, pero nunca bien estudiado, merece que nos detengamos un rato á considerarle. Desde luégo no podemos ménos de notar el hondo abismo que separaba á cristianos y musulmanes en cuanto á las creencias religiosas, y que debia hacer muy difícil todo contacto entre una y otra civilizacion. Cuando leemos los autores cristianos de la edad media, siempre nos asombra la grosera ignorancia que muestran al hablar de los árabes, así de su religion como de sus costumbres. Al pueblo que proclamaba la unidad de Dios como fundamento capital de su fe, le distinguian con el apodo de *pagano,* y representaban á Mahoma como un ídolo, á quien era costumbre inmolar víctimas humanas. En el antiguo libro frances, *Le roman de Mahomet* (1), aparece el Profeta como un baron, rodeado de sus vasallos, y que (en las yermas cercanías de la Meca) posee bosques, praderas, rios y huertas. Turpin habla de un ídolo de Mahoma, todo

(1) *La Roman de Mahomet,* par Reinaud et Michel, pág. 5.

de oro, que se adoraba en Cádiz, y que estaba custodiado por una legion de diablos, y algo parecido se lee tambien en la antigua cancion francesa de Rolando. La España mahometana era para los escritores de la Edad Media una tierra de misterios y maravillas. En un manuscrito pagano, esto es, arábigo, que Kiot, escudero de Wolfram, halló en Toledo, Flegetanis, pagano por parte de padre, y gran conocedor del curso de las estrellas y de su influjo en el destino de los hombres, habia escrito por primera vez la historia del Santo Grial (1). Gerbert, que fué despues papa con el nombre de Silvestre II, se dijo que habia estudiado en Sevilla las ciencias de los árabes, y vino á ser el héroe de multitud de leyendas fabulosas. De los musulmanes aprendió la significacion del canto y del vuelo de las aves, la evocacion de los muertos, y otras artes ocultas. Pronto se adelantó Gerbert á todos los mágicos de su tiempo, excepto á uno, que poseia un libro de conjuros, donde se ocultaba un tesoro de sabiduría sobrehumana; pero Gerbert, auxiliado por la hija del mágico, se apoderó de esta joya y huyó con ella. De allí en

(1) *Woolfram de Eschenbach,* publicado por Lachmann, pág. 219.

adelante todo le salia á medida de su gusto. Bajo el influjo de determinadas constelaciones fundió una cabeza de metal, que le revelaba los casos por venir. Nombrado arzobispo, y más tarde papa, se elevó al primer puesto de la cristiandad; pero áun siendo vicario de Dios sobre la tierra, no dejó de ejercer las artes diabólicas, que habia aprendido en los árabes. En cierta ocasion descubrió en Roma una estatua de bronce que tenía la mano derecha extendida, con esta inscripcion: *¡Cava ahí!* Gerbert señaló el punto en que caia la sombra de la mano, y con una luz y acompañado de un paje, acudió de noche á aquel sitio. Entónces formuló un conjuro y se abrió la tierra. El Papa bajó á aquella profundidad y descubrió un palacio de oro, en cuyo centro resplandecia un carbunclo, que lo iluminaba todo con luz deslumbradora. Al rededor, en los salones, habia estatuas y columnas, todo de oro, etc., etc. En suma, algo parecido, si no idéntico, al cuento de Aladino (1).

No se debe extrañar que en la mayor parte de Europa prevaleciesen ideas tan fantásticas y tan notable ignorancia de la España de los árabes. Los musulmanes, á la verdad, habian do-

(1) Guillermo de Malmesbury, lib. II, cap. X.

minado, desde el siglo VIII al siglo X, en una parte del mediodía de Francia, y desde allí se habian extendido en sucesivas excursiones por Savoya, Suiza y el Piamonte, llegando hasta San Gall, y poseyendo aún, en el año de 960, las alturas del monte San Bernardo (1); pero, distantes ya de la patria, endurecidos por la guerra, y en perpétua lucha con los cristianos, de quienes eran mortalmente aborrecidos, no podian rectificar aquellas ideas erróneas. El comercio de los árabes españoles era principalmente con Levante, África y los bizantinos, y sus relaciones con Francia, Alemania é Italia se limitaron por lo comun á várias embajadas que enviaron y recibieron (2). El conocimiento de algunos hechos, como, por ejemplo, el del martirio de San Pelagio en Córdoba, referido á la monja Hroswitha por un testigo ocular, no basta á hacernos creer en más frecuentes relaciones. No es posible dar fe á lo que muchos escritos aseguran de que las escuelas arábigas de España eran frecuentadas por gran multitud de franceses, ingleses, alemanes é italianos. Hasta el mismo ya mencio-

(1) REYNAUD, *Invasions des sarrazins en France,* páginas 179, 185, 195.

(2) MAKKARI, I, 235.—REYNAUD, 94 y 189.

nado Gerbert es muy dudoso que estuviese entre los árabes. Sólo se sabe de cierto que en el año de 967 residia Gerbert en Barcelona, donde habia adquirido los conocimientos matemáticos y astronómicos, que hicieron de él un tan pasmoso personaje (1); pero Barcelona estaba ya entónces en poder de los cristianos. Lo propio se puede decir de los jóvenes suavos y bávaros, que, segun cuenta Cesario de Heisterbarch, habian estudiado la nigromancia en Toledo (2). Si hemos de creer lo que este autor asegura, dichos jóvenes estudiaron en Toledo, despues del año de 1085, en que la ciudad fué reconquistada por los cristianos.

De otro modo debian de ser las relaciones entre moros y cristianos en el país mismo en que, durante muchos siglos, vivieron juntos. Sin embargo, estaban tan divididos por las creencias religiosas, que no es de extrañar que se lean en autores españoles de todas las épocas juicios sobre las cosas del Islam, que dan testimonio de la ignorancia más crasa. Tambien entre estos autores se habia divulgado la opinion de que los árabes eran hechiceros y brujos, y todavía un

(1) Hock, *Papa Silvestre II.* Viena, 1837.
(2) Caesar, *Heisterb.*, ed. Sprange, I, pág. 279.

escritor español de tiempos muy posteriores asegura con toda formalidad que en Toledo, Sevilla y Salamanca, se enseñaban públicamente las artes diabólicas, y que él mismo habia visto en esta última ciudad una cueva, en la cual solian iniciarse los curiosos en los misterios más ocultos de la brujería (1). Pero, á pesar de esta oposicion de ambas religiones, y á pesar de las preocupaciones todas que de ello se originaban, no llegaron á evitarse las relaciones entre moros y cristianos.

En todas las comarcas de España habia innumerables mozárabes, que, si bien eran maltratados á veces por los musulmanes, eran tratados con dulzura por el Gobierno, y alcanzaban completa libertad en el ejercicio de su religion. Muchos de ellos servian en el ejército de los califas, y otros desempeñaban empleos importantes y lucrativos en las córtes de los príncipes y en los palacios y casas de los más ilustres muslimes. De esta suerte adquirieron pronto la brillante cultura arábiga. Los más instruidos despreciaban su dialecto vulgar, el latin corrompido é inútil para todo propósito literario, y

(1) Martin Delrio, *Disquisitiones, magicæ*, I, pág. 5.

se apropiaban con empeño el idioma de los vencedores. Las quejas del obispo Alvaro de Córdoba prueban cuán temprano y con cuánta extension sucedió esto. «Muchos de mis correligionarios, escribe dicho obispo, á mediados del siglo IX, leen las poesías y los cuentos de los árabes y estudian los escritos de los teólogos y filósofos mahometanos, no para refutarlos, sino para aprender cómo han de expresarse en lengua arábiga con más correccion y elegancia. ¿Dónde se hallará hoy un lego que sepa leer los comentarios latinos sobre las Santas Escrituras? ¿Quién entre ellos estudia los evangelios, los profetas y los apóstoles? ¡Ay! Todos los jóvenes cristianos que se hacen notables por su talento, sólo saben la lengua y la literatura de los árabes, leen y estudian celosamente libros arábigos, á costa de enormes sumas forman de ellos grandes bibliotecas, y por donde quiera proclaman en alta voz que es digna de admiracion esta literatura. Si se les habla de libros cristianos, responden con desprecio que no merecen su atencion dichos libros. ¡Oh dolor! Los cristianos han olvidado hasta su lengua, y apénas se encuentra uno, entre mil, que acierte á escribir á un amigo una carta latina pasable. En cambio, son infinitos los que saben expre-

sarse en arábigo del modo más elegante, y hacen versos en dicho idioma con mayor primor y artificio que los árabes mismos (1). Muchos cristianos de aquella época, que se distinguieron por sus conocimientos en la lengua arábiga, son citados nominalmente (2). Áun se conservan algunos versos de un poeta cristiano del siglo XI, natural de Sevilla, los cuales atestiguan que el autor conocia magistralmente el habla y la métrica arábigas (3). El latin cayó poco á poco tan en desuso entre una parte de los habitantes de Andalucía, que, á fin de ilustrar á los fieles y hacerse entender de ellos, el presbítero Daniel tradujo al árabe los antiguos *Cánones* de la Iglesia española (4), y Juan, arzobispo de Sevilla, tradujo la *Biblia*. No debemos, con todo, conjeturar, en vista de estos hechos, que el idioma latino ó neo-latino desapareció por completo de todas las regiones de la península dominadas por los mahometanos. Mucha parte

(1) ALVARO, *Indic. luminos.*, p. 274.—DOZY, *Histoire*, II, 102.

(2) ST. EULOGIUS, *Mens. Sanct.*, lib. pág. I, c. 2 et 9.

(3) MAKKARI, II, 350 y 351.

(4) *Introduccion á la Collectio canonum Ecclesiæ Hisp.* Madrid, 1822.—MARIANA, I, 7, c. 3.

de la poblacion cristiana debió *arabizarse* del todo, pero siempre el latin, ó mejor dicho el romance, quedó en general como idioma del vulgo, y hasta habia entre los árabes quienes le hablaban ó le entendian (1), si bien con más frecuencia, por el conocimiento de ambas lenguas, latina y arábiga, solian servirse los mahometanos de los cristianos como intérpretes y negociadores con los francos (2).

El comercio intelectual de los árabes con éstos y con los leoneses, navarros y otros pueblos independientes del norte de España, no pudo tener lugar de un modo extenso y permanente en los primeros tiempos de la dominacion del Islam en la Península. Poseidos de un aborrecimiento fanático contra los infieles, se mostraban los cristianos no ménos enemigos de aquella civilizacion extraña. Poco á poco, sin embargo, se les fueron ofreciendo ocasiones de conocerla más de cerca y de estimarla; por ejemplo, cuando como cautivos ó rehenes eran llevados á la córte de los califas; cuando Sancho, príncipe de Leon, fué á Córdoba en el año de 960, á consultar á los médicos; ó cuando Al-

(1) Dozy, *Recherches*, I, 93.
(2) Reynaud, *Invasions, etc.*, pág. 191.

fonso el Magno, rey de Astúrias, hizo venir á su córte á dos sabios árabes para que educasen á su hijo (1). Con todo, el trato establecido de esta suerte no fué bastante á comunicar la ciencia y la cultura del pueblo, entónces más civilizado, á sus vecinos, tan distantes de él por el habla, la raza y la manera de sentir. Si Gobmar, obispo de Gerona, sabía bastante árabe para escribir en esta lengua una historia de los francos, dedicada á Hakem II, cuando éste era aún el príncipe heredero, el caso debe mirarse como enteramente excepcional (2).

Desde el siglo XI en adelante debieron ser más íntimas y duraderas las relaciones entre los muslimes y los cristianos del Norte, que eran como el gérmen de la futura nacion española. Desde aquella época la bandera de la cruz iba penetrando más y más hácia el Mediodía, y la cultura arábiga quedaba como implantada sobre las mezquitas de las grandes ciudades, trasformadas en iglesias. Aunque muchos de los vencidos se retiraban á las provincias del Sur, todavía se quedaba una numerosa poblacion muslímica en los antiguos lugares de su nacimiento,

(1) REYNAUD, *Invasiones, etc.*, pág. 293 y 315.
(2) MASUDI, *Aureas praderas,* III, 70.

y ademas, los mozárabes, esto es, los cristianos que habian estado sometidos al dominio musulman, vivian desde entónces en medio de sus correligionarios. La existencia de los mozárabes se debe tener presente, ante todo, para conocer por qué arte y hasta qué punto la cultura oriental penetró entre los pueblos europeos. Familiarizados los mozárabes con la lengua arábiga y con los estudios literarios y científicos del pueblo, en medio del cual tan largo tiempo habian vivido, debieron extender entre los nuevos conquistadores aquella cultura, llena de elementos orientales. No ménos útiles para este fin fueron los judíos, que desde muy antiguo se habian difundido en gran número por la España musulmana. Entre ellos, como es sabido, se habia desenvuelto una rica vida intelectual, fecunda, tanto en producciones poéticas cuanto filosóficas, astronómicas y filológicas. En sus escritos empleaban con más frecuencia que la lengua hebraica, la lengua arábiga, su hermana, que poseian magistralmente, hasta el extremo de no temer la competencia con los más famosos retores del Oriente. Asimismo solian saber los judíos el latin y el romance. No es, pues, de extrañar que, no bien cayeron bajo el poder de los nuevos dominadores, obrasen pode-

rosamente para infundir la civilizacion muslímica en la cristiana.

El lugar en que más temprano se enlazaron el Occidente y el Oriente, fué la brillante ciudad de Toledo, fúlgido centro de la ciencia y del arte arábigos. Poco despues de que esta antigua capital de la España gótica abriese sus puertas á las huestes cruzadas de Alfonso VI, vemos penetrar por sus muros á los hombres de Occidente, sedientos de saber, á fin de descubrir los secretos de la sabiduría arábiga, por medio de los doctos muzárabes y judíos. En los sombríos claustros del Norte, esta sed de ciencia de ciertos espíritus más adelantados fué mirada como una pecaminosa aspiracion al fruto del árbol prohibido. Así es que Toledo aparece á los ojos de los cristianos de los siglos XI y XII como la capital de la hechicería y de la nigromancia. Allí se encuentran los mejores maestros de mágica negra. Un mágico de allí envió hasta el Weser y el Hunt una bandada de brujas á buscar á Conrado de Marburgo; y allí, segun Cesario de Heisterbach, estudiaron la brujería algunos jóvenes alemanes. Lo cierto es que el deseo de estudiar las obras científicas y filosóficas de los árabes, y sobre todo sus interpretaciones de los autores griegos, fué lo que movió á

no pocos curiosos á visitar la ciudad del Tajo. Allí encontramos á Gerardo de Cremona, á Miguel Scotto, al aleman Herrmann y á muchos otros, empleados en el estudio de Avicena, Averroes y Aristóteles *arabizado*. Allí tambien, y bajo la presidencia del mismo arzobispo, se fundó á mediados del siglo XII, una escuela de traductores, en la que principalmente trabajaban los judíos (1). Esta actividad no se limitó á Toledo. Tambien la rica y floreciente Valencia se apoderó de los tesoros intelectuales de los vencidos, despues de la reconquista, y sus sabios judíos y cristianos trasportaron estos tesoros á la córte de D. Jaime de Aragon, y á la cercana Provenza. Por último, cuando despues de las grandes guerras del rey San Fernando, las capitales de Andalucía, Córdoba y Sevilla, sucumbieron, Alfonso el Sabio, en aquellos asientos predilectos de los Omiadas y Abbadidas, tan amantes de las artes, trató de aprovecharse de la literatura arábiga en beneficio de la vida intelectual de su nacion. Su palacio fué el centro de los sabios muslimes y judíos, y con su auxilio redactó las llamadas *Tablas Alfonsinas;* com-

(1) JOURDAIN, *Recherches sur les traductions latines d'Aristole.* RENAN, *Averroes.*

puso la *Crónica general de España,* sacada en gran parte de fuentes arábigas, y tradujo del árabe una multitud de obras filosóficas, matemáticas y médicas (1). Asimismo fundó en Sevilla una escuela de lengua arábiga (2).

Es inverosímil que, en tales circunstancias, la poesía arábiga quedase enteramente desconocida para los cristianos españoles. ¿Podian aquellos cristianos, que se habian criado entre los árabes y que hasta habian hecho versos en su lengua, sometidos ya á un gobierno cristiano y viviendo entre sus correligionarios, no hacerlos participantes del rico tesoro de la poesía oriental? ¿No se escaparian involuntariamente de sus labios fragmentos poéticos y proverbios, como solian emplearlos á cada momento los orientales? A esto se puede objetar que faltaba la inteligencia de esta poesía; que la lengua arábiga es la más difícil de todas las lenguas; que hasta quien la sabe bien para comprender los prosistas, necesita aún de un año de estudio para poder leer de corrido los poetas; y que no

(1) Para el catálogo de todas estas obras, véase á Nicolas Antonio.

(2) Ortiz y Zúñiga, *Anales de Sevilla.* Madrid, 1677, página 79.

se debe pensar, ni hay tampoco nadie que lo atestigüe, que los españoles de entónces se dedicáran á semejante tarea. A estas objeciones responden algunos hechos; verbi gracia, cuando el famoso poeta judío Ibrahim ul Facar elogió al rey D. Alonso, en cuyo servicio estaba empleado en una poesía arábiga que se conserva aún. Indudablemente, no se explicaria que el poeta hubiese escrito estos versos si el Rey y su córte no los hubiesen entendido. Por otra parte, aquí no se trata de si entendian ó no los cristianos españoles aquel idioma extraño, sino sólo de la comunicacion que entre las gentes que hablaban ó el uno ó el otro idioma establecian los muzárabes. Para éstos era el árabe como el idioma nativo, y asimismo entendian correctamente el romance ó castellano, en el cual, miéntras más le iban usando en el trato con los otros cristianos, vertian pensamientos, máximas é imágenes de la poesía arábiga.

Los cristianos que habian pasado la juventud entre los árabes, y que, segun la costumbre general, habian compuesto versos en lengua arábiga, procuraron entónces poetizar en aquella lengua que hablaban diariamente con sus victoriosos correligionarios, y como era natural, en el nuevo modo de expresion que habian adop-

tado, hicieron pasar sin duda no poco del espíritu y de las formas orientales. Como ejemplos de poetas arábigos muzárabes, citarémos á Ibn-ul-Margari, de Sevilla, que al regalar al rey Al-Motamid un perro de caza, le acompañó con una elegante *Kasida* (1), y al mestizo Aurelio, hijo de un muslim y de una cristiana, que fué doctísimo en la literatura muslímica (2).

Hombres como éstos, viviendo ya en una sociedad donde se hablaba el romance, no pudieron ménos de dar á conocer la poesía con que estaban familiarizados desde la niñez. Mayor influencia ejercieron los judíos, los cuales dominaban tan hábilmente los diversos idiomas que ya imitaban todos los primores de Hariri en las *macamas,* ya mezclaban versos castellanos con sus poesías hebraicas (3), ya llegaban á mezclar hasta siete lenguas (4). Así es que los judíos fueron, desde el siglo XI, como los jefes y directores de este movimiento literario, en particular transmitiéndonos las obras de matemáticas, filosofía y física del Oriente. Asimismo

(1) MAKKARI, II, 350.
(2) ST. EULOGIUS, *Mem. Sanct.,* lib. I, cap. IX.
(3) GEIGUER, *El Divan de Juda Ha-Levi,* 128.
(4) MUNK, en el *Journal asiatique,* 1850, II, 209.

pusieron al alcance de los pueblos de Occidente las fábulas y los cuentos de los árabes, y no pocas de sus poesías. Pedro Alfonso, judío, bautizado en el palacio del rey D. Alfonso VI, dice terminantemente que ha sacado de fábulas, sentencias y proverbios arábigos su coleccion de proverbios y narraciones, venero abundante y primordial de la posterior literatura novelesca (1). Mayor aún hubo de ser el influjo de los judíos por medio de la conversacion. ¿Cómo no habian de citar con frecuencia versos y máximas de poetas orientales, traduciéndolos y explicándolos luégo en el ménos perfeccionado idioma? Ademas, los que ya habian mezclado versos castellanos en sus poesías arábigas y hebraicas, no pudieron ménos de escribir más tarde otras poesías del todo en castellano. Del célebre Juda Ha-Levi se sabe de cierto que poseia las lenguas arábiga y castellana, y que en ambas habia poetizado (2); y como toda la escuela poética neo-hebraica española se habia formado sobre modelos arábigos, tantos sus versos castellanos como sus versos orientales

(1) *Disciplina clericalis,* ed. Schmidt. Introduccion.

(2) Geiguer, *El Divan de Juda Ha-Levi.*

debian de contener no poco de dichos modelos (1).

Por último, tampoco se puede negar que muchos cristianos, áun sin el auxilio de los muzárabes y de los judíos, entendian las poesías arábigas. Poco importa que esta inteligencia se extendiese á todos los primores y sutilezas, ó se limitase al sentido de los pensamientos principales. Sin duda sería ridículo suponer que poetas y caballeros españoles, los cuales, á menudo, ni leer sabian, hubiesen estudiado la poesía arábiga; pero no pocos de ellos pudieron adquirir de otro modo un conocimiento superficial de dicha poesía. Por enormes que sean las dificultades de esta poesía artística, no se ha de suponer que sólo la han entendido, entre los mismos árabes, ciertas personas ilustradas. De seguro que el vulgo más bajo la entenderia tan mal ó peor que un campesino zuavo ó de la baja Alemania entiende las elegias romanas de Goethe; pero las personas medianamente educadas debian estar desde la primera juventud preparadas para entenderla. Romaikiyah, aunque era

(1) *Journ. asiat.*, 1861, II, 459. SACHS, *La poesía religiosa de los judíos*, 213. GEIGUER, *El Divan.*

de baja clase, compuso unos versos tan correctos y elegantes, así en el metro como en las frases, que el rey Al-Motamid, con ser tan delicado de gusto, se prendó tanto de ellos, que dió en pago su mano á la autora. Los libros históricos de los árabes están llenos de poesías, escritas por estilo clásico, que hombres y mujeres de toda laya improvisaban en distintas ocasiones. De todo esto nos es lícito conjeturar que tambien los cristianos, los cuales estaban á menudo en contacto con los musulmanes, habian llegado hasta cierto punto á comprender el sentido de estas poesías. El caso aislado que refiere Makkari, de un conde frances y de un judío que no entendieron un cantar arábigo, nada prueba en general. Casi todas las crónicas españolas hablan á menudo de infantes castellanos ó aragoneses, de ricos hombres y de caballeros, los cuales, ó bien por enojo con sus soberanos ó señores, ó bien impulsados del afan de buscar aventuras, se fueron á vivir á tierra de moros, permanecieron allí largo tiempo, y á veces volvieron las armas contra sus correligionarios en pro de los muslimes (1). Durante todo el siglo XI,

(1) *En la historia de la casa de Niebla (Memorial histórico español,* t. IX), hay una larga lista de estos casos.

y áun más tarde, una gran parte del ejército del Rey de Zaragoza era de cristianos (1). El mismo Cid habia pasado muchos años de su vida entre los infieles; y si, como ya queda dicho en el tomo primero, se hacia leer las historias de las proezas de los árabes y las escuchaba con encanto, es más que probable que así como entendia la prosa, entendiese tambien los versos, que van constantemente mezclados á las historias susodichas. Ya hemos apuntado ademas en el tomo primero que segun una antigua costumbre arábiga, los valientes guerreros provocaban á pelear á sus contrarios por medio de breves composiciones improvisadas. Al Cid, de acuerdo con esta costumbre, le habian apellidado *Barráz,* esto es, *campeador* ó *provocador* (2). Es verosímil, por consiguiente, que el Cid, que no sólo habia peleado en las guerras entre cristianos y musulmanes, sino que tambien habia intervenido con las armas en las discordias particulares de éstos, improvisase versos de dicha clase, los cuales no exigian mucha correccion y atildamiento. Importa asimismo recordar aquí que los árabes, como nunca debió ponerse en duda, y

(1) Dozy, *Histoire,* iv, 246.
(2) Dozy, *Recherches,* pág. 419.

como ya está plenamente probado por documentos justificativos, tuvieron, á más de la poesía erudita, una poesía popular que no estaba sujeta á las reglas severísimas de la gramática y de la prosodia clásicas. Esta poesía, segun es natural y segun consta de irrefragables testimonios, era comprendida por los cristianos que sabian la lengua de sus enemigos.

Lo que cuentan Lúcas de Tuy y Mariana de un pescador del Guadalquivir, que despues de la batalla de Calatañazor, en que Almansur fué vencido, recitó ciertos versos, ya en arábigo, ya en romance, no merece por cierto mucho crédito, pero prueba, con todo, que no parecia cosa extraña oir de una misma boca versos en ambas lenguas. Las poesías del Arcipreste de Hita muestra con evidencia, no sólo que este poeta entendia los cantos populares arábigos, y los componia él mismo, sino que la poesía popular española creció en íntima relacion y contacto con la arábiga. El arcipreste cuenta (v. 1482 y siguientes) sus amoríos con una mora, con la cual hablaba en arábigo, y á la cual envió versos amorosos por medio de una tercera. Despues cuenta que ha compuesto muchos cantares de danzas y troteras para cantadoras moriscas (sin duda en la lengua de ellas), y habla de los instrumentos que

no convienen á los cantares arábigos, y cita uno de éstos por las palabras con que empieza (1).

La ocasion de tratar directamente con los árabes y de oir y entender su poesía duró para los cristianos hasta la conquista de Granada, y áun algun tiempo despues, hasta que el insano fanatismo de los vencedores hizo un crímen en los vencidos áun el uso del propio idioma. Hasta entónces vivieron esparcidos por toda España, y no perturbados en el ejercicio de su religion; muchos muslimes, en parte mezclados con los cristianos, en parte en ciertas comarcas, que se reservaron casi exclusivamente (2).

---

(1) El autor alude probablemente á este verso:

Citola, odrecillo non aman *caguil hallaco;*

suponiendo tal vez que *caguil hallaco* son palabras arábigas con que comienza un cantar. *(N. del T.)*

(2) El caballero de Rozmital, natural de Bohemia, que visitó la España en 1467, dice que el rey Enrique IV estaba rodeado en su palacio de muchos mahometanos, y que habia adoptado, así en su traje, como en la comida, bebida y manera de vivir, muchas costumbres mahometa-

Contribuia principalmente á llenar el abismo de la diversidad de creencias y á hacer más frecuentes las relaciones entre moros y cristianos, la hermosura de las moriscas, que ejercia un gran poder de seduccion sobre los jóvenes hidalgos españoles. «Celebrar el novenario con una mora», vino á ser un modo de hablar proverbial, y se compusieron no pocas poesías amorosas de caballeros cristianos á las seductoras hijas de Ismael. Estos muslimes que vivian esparcidos por toda la España cristiana aprendieron poco á poco el castellano y compusieron versos en este idioma, de los cuales, algunos, escritos con letras arábigas, se conservan todavía (1). Posible es que estos ó aquellos moriscos,

---

nas. Refiere tambien más adelante que halló en la residencia y córte del Conde de Haro muchas moras y judías, y que en los confines de Aragon y Castilla estuvo en una comarca, sólo habitada por paganos (esto es, por muslimes), donde fué muy amistosamente recibido. *(Relacion de viaje de Rozmital,* Stuttgart, 1842, páginas 167 y 189.)

(1) Ya hemos dicho que el Sr. Gayángos afirma que hay toda una literatura aljamiada, y hemos citado el *Poema de San José,* los de *Rabadan,* el del *Dia de Juicio,* publicado en Inglaterra, y las *Alabanzas de Mahoma,* publicadas por Müller. De los otros dos poemas, publica-

bajo el influjo de circunstancias especiales, olvidasen su propia lengua; pero, en general, puede tenerse por cierto que, hasta despues de la conquista de Granada, estuvo muy extendido el uso de la lengua arábiga en el centro y en el mediodia de la Península. Dan testimonio de esto los numerosos documentos expedidos en dicha lengua por cristianos y hasta por clérigos (1), la inscripcion sepulcral arábiga de San Fernando en Toledo (2), y las leyendas arábigas de las monedas acuñadas en los siglos XII y XIII por los reyes de Castilla (3). Y áun cuando los moriscos ó mudejares, que así se llamaban los muslimes que estaban bajo el dominio cristiano,

---

dos por este orientalista, hay uno, que consta de muy cerca de 400 versos, tejido todo él de máximas morales, como por ejemplo:

E lo que debe el padre á su fijo facer
Meterle buen nombre cuando al nacer,
A mostrarle buen oficio que se pueda mantener,
E sobre todo casallo con buena mujer.

(1) *Paleografía española,* pág. 20.

(2) La misma, en los Elogios del santo rey D. Fernando, Madrid, 1764, y *Tyschen Elementale arabicum,* 65.

(3) *Memorias de la Real Academia de la Historia,* IV, 40, etc.

se hubiesen españolizado más de lo que creemos, todavia el elemento arábigo obró poderosamente desde Granada sobre el resto de la Península; porque, no sólo durante las guerras entre fronterizos notamos que hay relaciones entre castellanos y granadinos, sino que tambien en tiempo de paz fué visitada la córte de los nazaritas por caballeros cristianos (1), de los cuales, unos buscaban allí un asilo contra las persecuciones, y otros iban por mera curiosidad, á lo que parece. Ejemplo de estos últimos fué el caballero y poeta Oswaldo de Wolkenstein, el cual estuvo en Granada, en el año de 1412, en la córte del rey Bermejo, quien llevaba, como todos los nazaritas, el sobrenombre de Ibn-al-Ahmar, hijo del Bermejo. Allí fué recibido muy benévolamente el caballero Oswaldo, quien despues se jactaba de que habia aprendido la lengua arábiga (2).

---

(1) *Memorial histórico español,* IX, 60.
(2) El mismo dice:

Granaten het ich bas verstucht,
Wie mich der rote kunig noch hiet empangen.

Y más adelante:

Franzoisch, morisch, katalonisch und kastilian,
Die sprach hab ich gepraucht.

En vista de lo susodicho, bien se puede conjeturar que la poesía española lleva en sí las señales de haber crecido cerca de la arábiga y en contacto con ella. Las razones que se han alegado en contra de esto no tienen valor al-

---

(Poesías de Oswaldo de Wolkenstein, publicadas por Beda Weber, páginas 58 y 22.) Sería de desear que se publicasen las notas de viaje de Oswaldo. El siguiente pasaje de la historia de su vida, que, segun el testimonio del biógrafo, está tomado de dichas notas, es bastante novelesco. «Oswaldo fué muy benévolamente recibido por el rey Bermejo. Grandes honores y costosos presentes recompensaron su arte y talento para cantar. Las damas árabes se sintieron entusiasmadas por el cantor tirolés. Y en efecto, no podia imaginarse más interesante contraposicion que los cantares tiroleses de Oswaldo cantados por su voz varonil, y los romances arábigos llenos de indecible ternura y entonados por las bellas moriscas. Apénas se pasaba una tarde en que no hubiese tales conciertos. Oswaldo permaneció por allí largo tiempo estudiando bien las costumbres de los moros é imitando su modo de ser. Cuando volvió á Alemania, cantaba romances moriscos para divertir á su auditorio y hacia con gran propiedad el papel de un caudillo árabe.» *(Oswaldo de Wolkenstein* y *Federico el de la bolsa vacía,* por Beda Weber, pág. 181.)

guno. A la afirmacion de que los españoles no pudieron de ningun modo conocer la poesía de los que fueron durante siglos sus compatriotas, hay mucho que oponer. Pudieron conocerla, en primer lugar, por todos aquellos que se educaron entre los muslimes y vivieron luégo entre los cristianos, y que hablaban igualmente los idiomas de ambos pueblos; y en segundo lugar, por el conocimiento que solian tener los cristianos de la lengua arábiga; conocimiento que distaba mucho, sin duda, de ser filológico y fundamental, pero que, si no era bastante para entender muchos versos difíciles, bastaba para apoderarse de algunas imágenes y de algunos pensamientos. Y á la verdad no era necesario más que esto para que la poesía española pudiera enriquecerse así. A más de esto, conviene considerar que las influencias literarias, no sólo se hacen patentes en una directa imitacion, sino que más por lo comun van por ocultos caminos, y pasan, por la tradicion popular, de espíritu en espíritu y de boca en boca, y se muestran á menudo en una literatura, de repente y cuando ménos se piensa. Nadie sostiene ya que la poesía arábiga fué exclusivamente lírica y erudita, y la española, por el contrario, narrativa y popular. Mas áun cuando sostuviésemos esto á pesar de

las razones que hemos aducido en contra, todavía pudiera responderse que tambien la poesía narrativa y popular puede recibir la influencia de la lírica y erudita. Por otra parte, este último género de poesía, el lírico, no se ha desenvuelto ménos lozanamente que el épico-popular en la España cristiana, y segun los restos que quedan, ha sido poco anterior este género al otro. Se añade ademas que los árabes españoles imitaban demasiado los antiguos modelos, por donde sus poesías se hacian ininteligibles á los extraños, á causa de la multitud de imágenes de la vida del desierto. La verdad es que en cierta clase de composiciones harto cultivada se atuvieron á dicha imitacion; pero á más de esto, compusieron cantares báquicos y amorosos, elegías y sátiras; celebraron en sus versos los frutos y las flores, los corceles y las espadas, los encantos de Andalucía y sus ciudades, jardines y palacios; ensalzaron las fiestas y los paseos nocturnos al resplandor de la luna; difundieron todos sus sentimientos en sus cantares; y procuraron prestar duracion con la poesía á todos los casos dignos de memoria. Tales composiciones nada tenian de comun con el desierto y con la vida de los beduinos; acaso de vez en cuando se hallaba en ellas alguna imágen extraña, pero

su contenido, en lo sustancial, era para los extraños del todo inteligible.

Si, por un lado, no se puede afirmar que la poesía arábiga no ha ejercido ningun influjo en la española, sería tambien, por otro lado, un error el atribuir á aquélla un influjo muy profundo en ésta, hasta el extremo de trastrocar su sér. La poesía de los españoles ha nacido de lo íntimo de la vida de la nacion, y si ciertas abstracciones fuesen lícitas, bien se podria afirmar que su espíritu y su sustancia se hubieran desenvuelto como son en el dia, aunque nunca los castellanos hubieran sabido nada de la poesía de otros pueblos. Pero, de la misma suerte que en los accidentes, y guardando en su pureza el carácter fundamental que penetra todas sus creaciones, la poesía castellana se ha apropiado mucho de las de otros pueblos, como algunas formas de versos imitadas del italiano, y en los cancioneros no poco de los poetas de Provenza; así tambien ha guardado en sí algunas señales de la poesía arábiga, como recuerdo de la época en que el Oriente y el Occidente se tocaban en el suelo en que ha nacido.

La falta de los que primero hablaron de orientalismo en las literaturas neo-latinas, consistió en apoyar sus afirmaciones sobre genera-

lidades, sin corroborarlas con ningun ejemplo; de modo que pudiera sospecharse que ninguno de ellos conocia siquiera un verso de un poeta arábigo-hispano. Aunque el plan y propósito del presente escrito no consiente hacer muy larga digresion sobre este asunto, todavía quiero, para no incurrir en la misma falta, citar algunos casos en que la poesía española, ya en el contenido, ya en la forma, ha conservado alguna impresion de la arábiga. En estas cuestiones sobre influencias literarias es difícil, á la verdad, obtener una seguridad absoluta; porque el que quiere negar la influencia, siempre puede asegurar que la nacion ó el autor ha concebido en sí mismo los pensamientos que se suponen imitacion, siendo sólo mera coincidencia. Sin embargo, algunos de los ejemplos siguientes dan tan inequívoco testimonio de la rectitud de mi afirmacion, que sólo podria rechazar su validez quien, por ejemplo, se hallase resuelto á negar que el exámetro aleman ha sido tomado de los antiguos, y le considerase como una invencion alemana.

Un antiguo romance popular español, impreso en el *Romancero* de 1550, y tambien en otros más antiguos, sin fecha, nos presenta al rey D. Juan, á la vista de Granada, tomando in-

formes del moro Abenamar sobre los hermosos edificios de la ciudad. Luégo continúa:

Allí habla el Rey don Juan;
Bien veréis lo que decia:
«Granada, si tú quisieses,
Contigo me casaria:
Daréte en arras y dote
A Córdoba y á Sevilla
Y á Jerez de la Frontera,
Que cabe sí la tenía.
Granada, si más quisieses,
Mucho más yo te daria.»
Allí hablára Granada,
Al buen Rey le respondia:
—Casada só, el rey don Juan;
Casada, que no viúda;
El moro que á mí me tiene,
Bien defenderme querria.»

El que una ciudad, de que un conquistador anhela apoderarse, se presente como una novia á cuya mano se aspira, es una imágen poco comun y bastante extraña, y mucho más en un romance de carácter enteramente popular. Difícil sería hallar esta imágen en cualquiera otra composicion poética del Occidente, durante la Edad Media, y si se hallára, yo le daria un orígen oriental. Por el contrario, en el Oriente y entre los árabes españoles la imágen es muy usada. Una poesía arábiga á Granada dice así:

Entre las tierras del mundo,
Granada no tiene igual.
¿Qué valen, junto á Granada,
Egipto, Siria é Irac?
Luce cual hermosa novia
Con vestidura nupcial:
Aquellas otras regiones
Todas su dote serán (1).

Ibn-Batuta llama á Granada la novia ó la recien desposada entre las ciudades de Andalucía (2), y Al-Motamid cantó, despues que hubo conquistado á Córdoba:

Mira á Córdoba la bella,
La cual con lanzas y alfanges
Desdeñosa rechazaba
De su seno á los amantes,
Como la mano de esposa
Al cabo promete darme.
Antes sin ornato estaba;
Ya viste ropas nupciales,
De galas, al recibirme,
Y joyas haciendo alarde.
Hoy es mi esposa: en su alcázar
La boda va á celebrarse;
Mueran de envidia, entre tanto,
Y de celos, mis rivales (3).

(1) Makkari, I, 94.
(2) Ibn-Batuta, IV, 368.
(3) *Scriptorum arabum loci de Abbadidis*, ed. Dozy, 46.

Tambien Muhamad, hijo de Abdurrahman II, en cierta poesía que compuso al volver de una expedicion guerrera, presenta á su capital bajo la figura de una mujer amada:

Que yo junto á tí me llegue
Permite, Córdoba mia;
No huyas; deja á mis ojos
Que se gocen con tu vista (1).

Tambien de Sevilla se dice en otra composicion:

Es una novia Sevilla;
Es su novio Aben-Abbad,
Su corona el Ajarafe,
Guadalquivir su collar (2).

El historiador persa Mirchondo, cuando quiere decir que un príncipe abandona su córte ó residencia, lo expresa en estas palabras, segun su ampuloso estilo: «Prendió á la regia esposa un triple divorcio en la orla de su velo» (3).

¿Quién puede, pues, dudar de la procedencia oriental del romance citado? Ya se entiende que no afirmo que el romance español esté tradu-

(1) Al-Holat, 65.
(2) Makkari, II, 143.
(3) Mirchondi, *Hist. Seldschuckidarum,* ed. Vullers, 16.

cido del árabe ó que todo su contenido esté tomado de dicho idioma; pero sí creo, y debe creerse con seguridad, que el autor del romance habia oido una poesía arábiga, que tal vez no habia entendido por completo, pero de la cual entendió la notable comparacion referida, y la trasladó á sus versos.

Ya hemos hablado várias veces de un género de composiciones populares de que los árabes gustaban mucho: la *muvaschaja* y el *zadschal.* La primera se usaba ya en el siglo IX, la segunda en el XI, en tiempo de los Almoravides (1). Se debe tambien hacer valer aquí que el poeta cristiano Margari, que vivió en Sevilla reinando Al-Motamid, era muy celebrado como autor de *muvaschajas* (2). Lo característico de ambas formas, tan semejantes entre sí, que no hallo modo de distinguirlas bien, consiste en que unas rimas, ó una combinacion de rimas, que se presentan en la estrofa que sirve de introduccion, son interrumpidas por otras, y luégo al fin de cada estrofa vuelven á repetirse. Pondrémos aquí un *zadschal,* en el que imitamos enteramente la combinacion de los consonantes, tra-

(1) IBN-JALDUN, *Prolegomena,* III, 390 y 404.
(2) MAKKARI, II, 351.

duciéndole libremente del árabe en cuanto al sentido, pues la forma es ahora lo más importante.

Gloria al Creador eternal,
Que da el bien y envia el mal.
Formó las várias regiones,
Y las pobló de naciones;
De Ad y de los Faraones
Hundió el orgullo infernal.
Fué el mundo su pensamiento,
Y le creó con su aliento.
E hizo con agua y con viento
Tierra y cielo de cristal; etc., etc. (1)

Ibn-Jaldun trae otro *zadschal* precisamente de la misma estructura. Refiere que Ibn-Kazman, natural de Córdoba, pero que á menudo residia en Sevilla, paseaba en cierta ocasion por el Guadalquivir con muchos amigos. Éstos se deleitaban pescando. En la barca habia una hermosa muchacha. Uno de la compañía propuso á los demas que todos improvisasen un *zadschal* sobre su situacion. Él mismo empezó con el tema y la primera estrofa, y cada uno de los otros fué añadiendo otra estrofa nueva. No traduciré esta poesía literalmente, sino con mucha liber-

(1) *Catal. codicum orient. biblioth.* Lugd. Bat., ed. Dozy, II, 101.

tad, conservando, empero, su estructura, que es de lo que aquí se trata:

En balde es tanto afanar,
Amigos, para pescar.
En las redes bien quisiera
Prender la trucha ligera;
Mas esta niña hechicera
Es quien nos debe pescar.
Los peces tienen recelos
Y burlan redes y anzuelos,
Pero en sus dulces ojuelos
Van nuestras almas á dar; etc.

Tomemos ahora una de las más antiguas canciones que se conservan de la literatura española, y verémos que la combinacion de los consonantes es la misma. Es una cancion de los estudiantes que iban pidiendo limosna:

Sennores, dat al escolar,
Que vos vien demandar,
Dat limosna ó racion,
Faré por vos oracion,
Que Dios vos dé salvacion,
Quered por Dios á mi dar.
El bien que por Dios fisierdes,
La limosna que por él dierdes,
Cuando de este mundo salierdes,
Esto vos habrá de ayudar (1).

(1) *Poesías del Arcipreste de Hita,* coplas 1624 y siguientes.

Éste es tambien, como á primera vista aparece, un *zadschal* en lengua española, y tanto ménos se puede poner en duda en esta ocasion la procedencia arábiga de la forma, cuanto que el autor es el Arcipreste de Hita, quien, como ya hemos dicho, tenía bastantes conocimientos sobre los cantares arábigos.

De Alfonso Alvarez de Villasandino, poeta castellano de la segunda mitad del siglo XIV, es la siguiente cancioncilla, que concuerda con la anterior en la estructura:

Algunos profaçarán
Despues que esto oirán.
No será el alto ungido
Rey de España esclarecido,
Mas algun loco atrevido
Rabiará como mal can.
Non serán los muy privados
Del rey e sus allegados,
Mas algunos mal fadados
Sin porque me maldirán; etc., etc. (1)

Éste es tambien un *zadschal* español. El poeta vivia, como declaran algunos de los versos que de él se conservan, todos tambien en forma de *zadschal* ó de *muvaschaja,* en íntimas rela-

(1) *Cancionero de Baena.* Leipzig, 1860.

ciones con una hermosa morisca, por quien pudo instruirse en la manera de versificar arábiga, si ya ésta no hubiese estado trasplantada en la literatura española.

Ya hemos dicho tambien en otro lugar que á veces el estribillo ó estrofa de introduccion del *zadschal* se omitia por los árabes. Entónces tenía la composicion la forma de las estrofas siguientes, que son el principio de un *zadschal*, destinado á que le recitasen en público:

De Dios sea el nombre alabado,
Y sea el Profeta ensalzado;
Permitid que á vuestro lado
Hoy pueda yo reposar.
Vuestro soy, nobles señores;
Oid mis culpas, mis errores,
Y una aventura de amores
Que me propongo contar (1).

Es digno de notarse que esta forma, que rara vez aparece en la literatura española posterior, y que es sin duda de procedencia arábiga, se recordaba aún en tiempo de Calderon. En su drama *Amar despues de la muerte,* donde pinta la sublevacion de los moriscos en las Alpujarras,

(1) *Catal. codicum orient. biblioth.* Lugd. Bat., ed. Dozy, II, 103.

pone en boca de éstos, cuando celebran á puertas cerradas sus fiestas religiosas, el cantar siguiente (1):

UNO. Aunque en triste cautiverio,
De Alá por justo misterio,
Llore el africano imperio
Su mísera suerte esquiva....
TODOS. ¡Su ley viva!
UNO. Viva la memoria extraña
De aquella gloriosa hazaña
Que en la libertad de España
A España tuvo cautiva.
TODOS. ¡Su ley viva!

Ahora voy á traducir aquí una *muvaschaja* arábiga, siguiendo con toda exactitud la combinacion de los consonantes en el texto original:

Huye del amor,
Tirano traidor;
Mas no, que si huyes,
Mueres de dolor.
El amor es fuego,
Que abrasa y halaga;
Es mar sin sosiego,
Que las almas traga.
Pierde el sueño luégo
Quien de amor se paga.

(1) *Comedias de Calderon,* ed. Keil, IV, 574.

Amarga los dias,
Mas luz y alegrías
Difunde en las noches
Benéfico amor.
La niña hechicera
Mi alma ha robado.
¡Cuánta pena fiera
Su amor me ha costado!
No quiera quien quiera
Vivir sin cuidado;
Pues si te engolfares
De amor por las mares,
Podrás, naufragando,
Morir de dolor (1).

Al lado de este cantar pondré otro antiguo español, cuyos consonantes están casi en el mismo órden:

Cerca de Tablada,
La sierra pasada,
Falléme en Aldara
A la madrugada.
Encima del puerto
Coydé ser muerto
De nieve e de frio
E dese rosío
E de gran elada.
A la decida,
Dí una corrida,

(1) Makkari, I, 417.

Fallé una serrana,
Fermosa, lozana
E bien colorada, etc., etc. (1).

Aquí tenemos una *muvaschaja* española, y por cierto del Arcipreste de Hita, que, segun él mismo afirma, habia compuesto muchos cantares para cantadoras moriscas y judías.

A fin de prevenir toda objecion, vuelvo á declarar aquí que esta clase de composiciones no se distinguen, ni por el metro, ni por el número y el órden de sus consonantes en lo interior del cantar, sino sólo por la repeticion de uno ó de más consonantes, los cuales aparecen en la estrofa que sirve de introduccion, y se repiten siempre al fin de las siguientes estrofas. Y no es esto un estribillo, ó la repeticion de la misma palabra ó de un verso entero, como se nota á menudo en las canciones provenzales. Canciones que en su estructura sean como éstas de que hablamos, no he llegado á verlas ni en los trovadores ni en los antiguos poetas franceses. Con todo, si se hallasen entre sus obras canciones parecidas, yo afirmaria que habrian tomado su forma de donde los españoles la han

(1) *Poesías del Arcipreste de Hita,* coplas 996 y siguientes.

tomado. Nadie ignora cuánto comercio habia entre la Francia meridional y las comarcas españolas cercanas á los Pirineos, y cuántos poetas y juglares de Provenza anduvieron, no sólo por Aragon, sino tambien por Castilla, y cuanto han imitado de éstos los del norte de Francia. Este género de composiciones, tan predilecto entre los musulmanes de España, pudo tanto más fácilmente ser conocido de los provenzales, cuanto que tambien los judíos hicieron versos en forma de *zadschal* y de *muvaschaja,* y se sabe, por el *Itinerario* de Benjamin de Tudela, las muchas y frecuentes relaciones que habia entre los israelitas de España y los del sur de Francia (1).

Áun más claro se ve el camino por donde este modo de versificar pudo venir de los árabes á los españoles, en la vida y los cantares de Garci Ferranz, poeta castellano del tiempo de D. Juan I. Habiéndose enamorado este poeta de una juglaresa, morisca bautizada, ó creyendo, más bien, que era muy rica, obtuvo del Rey el permiso para casarse con ella. Como, despues de la boda, no encontrase los esperados

(1) *El divan de Juda Ha-Levi,* por Geiger, 163.—Makkari, ii, 351.

tesoros, y se juzgase además deshonrado por un enlace tan desigual, abandonó la córte, se fué á hacer vida de ermitaño y compuso en el yermo muchos cantares penitentes. Sin embargo, su ánimo intranquilo no le dejó descansar allí. Pronto, con el intento de ir en peregrinacion á Jerusalen, se embarcó con su mujer para Málaga, que áun era tierra de moros; allí se detuvo algun tiempo, y al cabo fué á establecerse en Granada con su mujer y sus hijos. Ya en aquella capital del Islam, se hizo musulman, se enamoró de una hermana de su mujer, y se casó tambien con ella, siguiendo la costumbre de su religion nueva. Trece años más tarde, pobre y con muchos hijos, se volvió á Castilla, donde se hizo de nuevo cristiano. Un poeta español, que estuvo casado con una cantadora arábiga, y que vivió tantos años entre los moros, no es de admirar que llegára á familiarizarse con la poesía arábiga y que la imitára en sus obras. Así es que se encuentran entre ellas muchas *muvaschajas,* una de las cuales ofrece la extraña circunstancia de ser un canto cristiano de devocion (1).

El Cancionero de Baena, las obras del Mar-

(1) *Cancionero de Baena,* II.

qués de Santillana, en suma, todas las colecciones de los antiguos poetas de Castilla están llenas de composiciones semejantes en su estructura á las ya mencionadas del Arcipreste de Hita y de Garci Ferranz, denotando que son como las *muvaschajas* arábigas. Tambien las imitaron los españoles por aquella otra manera, segun la cual, no ya una sola rima se repite, sino toda una combinacion de rimas. Presentarémos un ejemplo. De Ab-ul-Hasan es esta *muvaschaja* arábiga:

Cabe arroyo cristalino,
Bajo una verde enramada,
Con música, amor y vino,
El censor me importa nada.
Miéntras la juventud dura,
Del placer sigo el sendero:
Con aquel que me censura
Justificarme no quiero.
Vino en el vaso fulgura,
Y ya en el cercano otero
Mueve el viento matutino
La viña de uvas cargada,
Que promete dulce vino,
Pronto en sazon vendimiada.
No debiera el tiempo huir,
Que estoy con mi niña bella;
O cerca de ella vivir,
O suspirando por ella;
Quiéranos de nuevo unir,

Propicia al amor, mi estrella.
Vago color purpurino
Deje la huella estampada
En su rostro peregrino,
De mi beso y mi mirada (1).

Véase ahora una *serranilla* del Marqués de Santillana, que se parece en la combinacion de los consonantes á la anterior *muvaschaja:*

Mozuela de Bores,
Allá de la Lama
Pusom' en amores.
Dijo: Caballero,
Tiratvos afuera,
Dejat la vaquera
Pasar al otero;
Ca dos labradores
Me piden de Frama,
Entrambos pastores.
«Señora, pastor
Seré si queredes:
Mandarme podedes
Como á servidor.
Mayores dulçores
Será á mí la brama
Que oir ruiseñores.»
Así concluimos
El nueso proceso,
Sin facer exceso,

(1) Makkari, I, 310.

E nos avenimos:
E fueron las flores
De cabe Espinama
Los encombridores (1).

Por último, debemos decir aquí que poseemos un *zadschal* en castellano, recientemente publicado, en cuyo epígrafe se declara terminantemente que está traducido del árabe. Forma parte de las poesías moriscas y es en elogio del Profeta (2).

Donde se trata de la relacion entre la poesía oriental y la occidental, no es posible dejar de hablar de la *Historia de las guerras civiles de Granada*, de Gines Perez de Hita. Que esta obra dista mucho de ser una traduccion, y ménos aún una traduccion literal del árabe, es cosa evidente. La alusion á los cronistas cristianos, el empleo de la mitología de los antiguos, á que los árabes fueron siempre extraños, y otras várias ssñales lo denotan. Con

(1) *Obras del Marqués de Santillana,* ed. Amador de los Rios.

(2) Actas de las sesiones de la Real Academia de Baviera 1860, 217.—De los versos á que alude aquí Schack, en alabanza del Profeta, y de otros publicados por Müller, ya hemos dado noticia anteriormente. *(N. del T.)*

todo, me atrevo á contradecir la opinion, tan á menudo anunciada, que supone que esta obra es una invencion literaria, una novela de un autor cristiano, cuyo contenido es de mera fantasía. No sólo sostengo que lo esencial de esta obra está fundado sobre hechos históricos, que se han trasformado en leyenda al pasar por la boca del vulgo, sino tambien que el autor ha traducido ó imitado en parte originales arábigos, aunque muy libremente.

Expondrémos aquí primero los principales rasgos de esta famosa narracion, celebrada por los poetas de todos los países, segun se encuentra en Perez de Hita, que es la version más antigua. En la córte del rey Boabdil (así y áun peor se habia adulterado el nombre de Abu-Abdilah) habia enemistad entre las dos ilustres familias de los Abencerrajes y los Zegríes. Un torneo en la plaza de Bivarrambla, en el cual aquellos vencieron á éstos, encendió más los celos entre unos y otros, é hizo imaginar á los vencidos una traicion para vengarse de sus rivales. Un Zegrí acusó á los Abencerrajes de estar en inteligencia con los cristianos, y á un caballero de aquella estirpe, llamado Albin Hamet, de tener relaciones amorosas con la Reina. Con motivo de esta calumnia, Boabdil

atrajo á los Abencerrajes á la Alhambra por medio de una astucia, y allí, en una sala que está junto al patio de los Leones, los hizo decapitar á todos, salvo algunos, que lograron fugarse. La Reina fué condenada á morir en una hoguera. En el dia designado para el cumplimiento de esta sentencia aparecieron cuatro caballeros cristianos como campeones de la calumniada, cuya inocencia demostraron en solemne combate contra los traidores Zegríes.

En toda esta historia debe presumirse que el combate de los caballeros cristianos por el honor de la Reina es una invencion del autor español; pero en lo demás se reconoce un fondo de verdad histórica, si bien envuelto en el velo de la leyenda. Hubo sucesos, no en la córte de Boabdil, sino en la de su padre Ab-ul-Hassan, que sirvieron de base á la narracion susodicha. Segun el historiador Mármol Carvajal (que era natural de Granada, que escribió ántes de Perez de Hita (1), y que á menudo se apoya en dichos

(1) Su *Descripcion de Africa,* que contiene la historia de la Conquista de Granada, apareció en 1571. Más tarde publicó Mármol el mismo capítulo en su obra sobre la rebelion de los moriscos. El libro de Hita se dió por primera vez á la estampa en 1588.

y noticias de moriscos ancianos) enamorado el viejo rey Ab-ul-Hassan de una renegada, á quien los árabes llaman Zoraya, esto es, la constelacion de las siete estrellas ó pléyadas, y los cronistas españoles doña Isabel de Solís, se separó de su mujer Aixa, é hizo degollar á los hijos de ésta en una taza de marmol de la sala que está junto al patio de los Leones, á fin de asegurar la sucesion del trono á los hijos de Zoraya. Aixa procuró la fuga de su hijo primogénito Abu-Abdalah haciendo una como soga de vestido de mujer, atados unos á otros, por donde se desprendió su hijo desde la torre de Comares. Desde allí fué el fugitivo á salvarse en Guadix, escoltado por muchos caballeros de la estirpe de los Abencerrajes, los cuales aborrecian al Rey, porque el Rey habia hecho matar á algunos de su familia. El pretexto que tuvo Ab-ul-Hassan para cometer este crímen fué que una de sus hermanas fué seducida por un Abencerraje. Estos sucesos excitaron en los habitantes de Granada tal ódio contra el Rey, que llamaron de Guadix á su hijo primogénito, allí refugiado, y le aclamaron rey. En todas estas circunstancias Mármol conviene sustancialmente con la narracion histórica de Makkari. El historiador arábigo da tambien noticia del amor de Ab-ul-

Hassan por Zoraya, de la fuga de sus hijos, y de los partidos que se levantaron entre sus súbditos, siguiendo unos á los hijos de su esposa legítima, y otros favoreciendo á los de Zoraya. Asimismo refiere Makkari que Ab-ul-Hassan habia hecho matar á algunos de los más notables capitanes de su ejército (1).

Puede inferirse de aquí que dos crímenes sangrientos del viejo Ab-ul-Hassan se han juntado en uno sólo, que Perez de Hita atribuye á Boabdil, y que una aventura amorosa de la hermana de Ab-ul-Hassan se supone ocurrida á la mujer del hijo.

La historia del asesinato de los Abencerrajes tiene, pues, por fundamento un hecho histórico, si bien en sus pormenores ha tomado un carácter fabuloso. El hecho de que los caballeros fueron llamados uno á uno al palacio y

(1) Makkari, II, 800, etc.—De las relaciones amorosas entre una hermana de Ab-ul-Hassan y un Abencerraje nada dice Makkari. Es más: ni siquiera nombra á los Abencerrajes y á los Zegríes. Ambos nombres, con todo, se explican por medio de la lengua arábiga: aquél significa *hijos del sillero;* éste, *fronterizos.* Ibn-Chalikan habla de un Ibn-as-Serrag ó Abencerraje. (Ed. Slane, I, 164.)

degollados, recuerda mucho una antigua historia ó tradicion oriental sobre la degollacion de la tribu de Temin por un rey de Persia (1). Ya en España se habia localizado esta leyenda, pues los historiadores arábigos refieren un caso idéntico, ocurrido en Toledo, en el siglo IX, bajo el reinado de Al-Haken. Mucho tiempo hacia, dice la narracion, que los habitantes de la mencionada ciudad se mostraban rebeldes á los mandatos del príncipe. Para domar esta resistencia apeló Al-Haken á una espantosa astucia. Su hijo Abdurraham fué mandado por él á Toledo, donde, despues de haberse ganado la confianza de los habitantes con afabilidad y buenos modos, convidó á una fiesta á los más notables de la ciudad. En gran número se presentaron los convidados á la puerta del palacio, á la hora convenida; pero no á la vez, sino uno en pos de otro, se les permitió la entrada. Conforme iban entrando por la puerta principal, los caballos en que habian venido eran conducidos á otra puerta, que daba á la espalda del palacio, para que, como se dijo, aguardasen allí á sus dueños. Pero en el patio del palacio, al borde de un

(1) CAUSSIN DE PERCEVAL, *Histoire des arabes avant l'islamisme,* II, 576.

hoyo ó zanja, estaban los verdugos, que cortaban la cabeza á cada uno de los que entraban (1). Este horrible degüello duró lo bastante para que cinco mil y trescientas víctimas perdiesen allí la vida. Cuando pasaron algunas horas, advirtió un toledano que ninguno de los convidados salia por la puerta de atrás, y comunicó á otros sus sospechas. Entónces, mirando hácia lo alto, vió el vapor de la sangre derramada, que se alzaba sobre el edificio, y exclamó: «¡Ay! ese vapor, me atrevo á jurarlo, no proviene de los humeantes manjares del festin, sino de la sangre de nuestros asesinados hermanos.» Los circunstantes retrocedieron, llenos de terror, y Toledo, desde aquel punto, consagró una obediencia sin límites á los soberanos mandatos de los califas.

Como todas las circunstancias de esta narracion concuerdan con las de la otra sobre la destruccion de la tribu de Temin, y luégo aparecen de nuevo en la del asesinato de los Abencerrajes, bien se puede conjeturar que la antigua leyenda oriental se ha trasplantado por la tradicion, primero á Toledo, y despues á Granada, apoyándola sin duda en hechos históricos,

(1) Ibn-ul-Kotiya, *in Jour. Asiat.*, 1853, I, 464.

á la manera que la antigua leyenda escandinava del tiro de la manzana se ha aplicado á la guerra de la independencia de Suiza.

La forma del libro de Perez de Hita es enteramente la de las novelas ó historias heroicas de las orientales. Así como, en los antiquísimos tiempos, los árabes tenian la costumbre de citar alguna poesía para testimonio de la verdad de cualquiera suceso que contaban (1), y de este modo intercalaron muchos versos en la prosa, ya en la historia de Antar, ya en la de Dsul-Himet, ya en otras, así tambien el autor español entretejió en su narracion gran número de romances y cantares, en parte como adorno, en parte para que viniesen en apoyo de la certidumbre de sus noticias. En algunas particularidades se reconocen fácilmente los modelos orientales. Un par de ejemplos lo demostrará.

Véase el principio de una lamentacion en prosa rimada, en la cual el poeta arábigo Ibn-ul-Abbar deplora la suerte de Valencia: «¿Dónde está Valencia, con su laberinto de casas, con el arrullo y los besos de sus palomas, con el adorno de su Rusafa y de sus puentes, con sus tesoros y el esplendor de sus victorias? ¿Dónde está el

(1) Fresne, *Lettres sur l'histoire des arabes,* 3.

botin que hacia en la guerra, y su sol, que se alzaba resplandeciente de los mares? ¿Dónde sus corrientes arroyos, orlados de guirnaldas de árboles frutales? ¿Dónde sus jardines, llenos de aroma y brillo? De su cuello, hoy sin ornato, se desprende la cadena de flores; su luz refulgente reposa ya en el seno de los mares (1).» Compárese ahora con el siguiente pasaje del capítulo XIV de las *Guerras civiles* de Perez de Hita: «¡Oh Granada! ¿qué desgracia te ha ocurrido? ¿Qué ha sido de tu elevacion? ¿Qué de tu riqueza? ¿Qué de tus deleites, y tu pompa, combates, torneos y juegos de sortija? ¿Dónde están ahora tus regocijos y fiestas de San Juan, tus músicas acordadas y tus zambras? ¿Cómo se desvanecieron tus espléndidos y pomposos juegos de cañas, y los cantares sonoros, que se oian de mañana en los jardines del Generalife? ¿Qué fué de aquellos trajes guerreros y brillantes de los valerosos Abencerrajes? ¿Qué de las ingeniosas invenciones de los gazules? ¿Qué de la bizarría y destreza de los alabeses? ¿Qué de las lujosas vestiduras de los zegríes, gomeles y mazas? ¿Qué fué, por último, de tu nobleza toda? ¡Todo lo veo trocado en tristes lamentos,

(1) MAKKARI, II, 790.

en dolorosos suspiros, en cruda guerra civil, y en un mar de sangre, que corre por tus calles y plazas!» Puede tenerse por seguro que á este texto español ha servido de modelo otro arábigo, aunque su colorido oriental esté algo empañado.

Del mismo modo se piensa en un original arábigo al leer en el capítulo XVI, cuando Hita describe por vez primera el combate en las calles de Granada, y luégo prosigue: «Al terminar aquella tempestad y civil contienda, un alfaquí ó morabito hizo un largo razonamiento en la plaza Nueva, razonamiento que por haber salido de los labios de un varon tan respetado entre los de su secta, quiso el cronista arábigo poner aquí.» El razonamiento ó discurso, que despues inserta el autor, está en verso y tomado sin duda de un modelo arábigo, si bien modificado al gusto de los españoles, suavizando un poco su carácter extraño. Tales improvisaciones son muy frecuentes entre los árabes; pero no se explica cómo un español que desconociese los escritos orientales acertaria á componerlas por el estilo (1).

(1) Una escena semejante á la que Hita describe, se lee, segun los historiadores arábigos, en Dozy, *Histoire,* II, 273.

Los muchos romances entretejidos por Perez de Hita en su narracion son, por la mayor parte, de autores cristianos, y ya se encuentran casi todos en las más antiguas colecciones de romances. Es más: el autor mismo sostiene que, fuera del argumento general, no es su libro de orígen arábigo. Sólo de uno de aquellos romances, del que habla del paseo del rey moro por las calles de su capital, cuando le trajeron nuevas de la pérdida de Alhama, dice expresamente lo que sigue: «Este romance fué escrito en arábigo con ocasion de la pérdida de Alhama, y era tan lastimero y triste en aquel idioma, que fué prohibido en Granada, porque cada vez que se cantaba, movia á gran dolor y tristeza.» Los que tienen por imposible que la poesía española haya tomado nada de la arábiga, consideran como una invencion este dicho de Perez de Hita. Pero ¿con qué propósito habia de haber afirmado tal cosa de esta poesía, y sólo de esta poesía, si en realidad no hubiese tenido presente un cantar arábigo? Ni la afirmacion de que los árabes fueron siempre extraños á la poesía narrativa podria aducirse aquí en contra del orígen oriental, porque en el romance hay una viva pintura de la situacion, donde el lirismo con que el dolor se expresa, deja por completo en la som-

bra la parte narrativa. Sin duda que el poeta español no ha traducido literalmente el cantar arábigo (esto lo demuestra la mencion de Marte, aunque Marte tenía entónces en verso castellano el mismo significado que *guerra);* pero el haber traducido en un romance el cantar no es razon en contra, pues poseemos otro romance que indudablemente está traducido. Hablo del que en el *Romancero del Cid* empieza *Apretada está Valencia.* Es una traduccion de la elegía arábiga, que ya hemos traducido en el tomo I (1), como Dozy lo advirtió ántes que nadie. El romance dice:

¡Oh Valencia! ¡Oh Valencia,
Digna de siempre reinar!
Si Dios de tí no se duele
Tu honra se va á apocar,
Y con ella las holganzas
Que nos suelen deleitar.
Las cuatro piedras caudales
Do fuiste el muro á sentar,
Para llorar, si pudiesen,
Se querrian ayuntar.
Tus muros tan preeminentes,

(1) La elegía arábiga fué traducida en prosa y publicada en la *Crónica general.* Con esta traduccion y con la nuestra, en un *romance* tambien, puede comparar el lector el romance del *Romancero del Cid,* tomado, sin duda, de la prosa de la *Crónica general. (N. del T.)*

Que fuertes sobre ella están,
De mucho ser combatidos,
Todos los veo temblar;
Las torres, que las tus gentes
De léjos suelen mirar,
Que su alteza ilustre y clara
Las solia consolar,
Poco á poco se derriban,
Sin podellas reparar;
Y las tus blancas almenas,
Que lucen como el cristal,
Su lealtad han perdido,
Y todo su bel mirar.
Tu rio tan caudaloso,
Tu rio Guadalaviar,
Con las otras aguas tuyas,
De madre salido há; etc.

Del mismo modo que este romance está tomado de la traduccion antigua castellana que del texto arábigo se conserva, pudo Perez de Hita, en aquella historia sobre los últimos tiempos de Granada, compuesta en castellano por un judío, y á la que apela y se refiere (1), haber hallado en prosa la lamentacion poética de los granadinos sobre la pérdida de Alhama, y haberla puesto en verso. Parece tambien que la otra version que da de la misma poesía, así como la ya contenida en el *Cancionero de romances,*

(1) Pág. 585 de la edicion de Rivadeneyra.

son sólo diferentes arreglos del mismo cantar elegíaco de los árabes (1).

El original ha desaparecido; pero de que

(1) El romance de que habla aquí Schack es conocido y popular aún, no sólo en España, sino en los países extranjeros. Byron le ha traducido en inglés. Entre las diversas versiones, parece la mejor la que empieza:

Paseábase el rey moro
Por la ciudad de Granada,
Desde la plaza de Elvira
Hasta la de Bivarrambla.
Cartas le fueron venidas
De que Alhama era tomada;
Las cartas echó en el fuego,
Y al mensajero mataba.
Descabalga de una mula,
Y en un caballo cabalga;
Por el Zacatin arriba
Hase subido á la Alhambra.
Cuando en el Alhambra estuvo,
Manda que toquen al arma
Y que suenen las trompetas,
Los añafiles de plata.
Los moros, que el són oyeron
Que al sangriento Marte llama,
Uno á uno, dos á dos,
Un gran escuadron formaban; etc.

Entre cada cuatro versos suele ir intercalada la exclamacion: «¡Ay de mi Alhama!» *(N. del T.)*

existian cantares populares arábigos de esta clase, acerca de la desgracia de Granada, y de que se conservaban entre la poblacion muslímica de dicha ciudad, da testimonio un cantar que Argote de Molina oyó á los moriscos, y que cita en el texto arábigo vulgar. Á fin de poner en claro de qué modo es probable que los traductores ó *arregladores* españoles refundiesen los cantares arábigos, voy á trasladar aquí dicho cantar en forma de romance. No me tomo, al traducirle, más libertad que aquella que es permitida generalmente en toda traduccion poética (1):

Alhambra amorosa, lloran tus castillos,
¡Oh Muley Vuabdeli! que se ven perdidos.
Dadme mi caballo y mi blanca adarga
Para pelear y ganar la Alhambra.
Dadme mi caballo y mi adarga azul
Para pelear y librar mis hijos.
Guadix tiene mis hijos, Gibraltar mi mujer,
Señora Malfata, hicísteme perder.
En Guadix mis hijos, y yo en Gibraltar,
Señora Malfata, hicísteme errar (2).

(1) *Discurso hecho por Argote de Molina sobre la poesía castellana,* en su edicion del *Conde Lucanor.*

(2) Hemos preferido poner aquí la misma traduccion que dá Argote de Molina, en vez de

Estos versos son sin duda de orígen arábigo. Quizás un exámen más detenido demostraria la verosimilitud de que muchos otros romances moriscos, así de los que van incluidos en las obras de Gines Perez de Hita como de los que hay en las colecciones generales, proceden, en parte ó en todo, de fuentes arábigas. Así, por ejemplo, el de la muerte de los Abencerrajes, que empieza:

En las torres del Alhambra
Sonaba gran vocería,
Y en la ciudad de Granada
Grande llanto se hacia,

---

traducir de la traduccion alemana. Argote pone tambien los versos en la algarabía de los moriscos, y son así:

Alhambra hanina gualco çor taphqui
Alamayarali, ia Muley Vuabdeli.
Ati ni faraci guadarga ti albayda
Vix nansi nicatar, guanahod Alhambra.
Ati ni faraci guadarga ti didi
Vix nansi nicatar guanahod aulidi.
Aulidi fi Guadix, Vamarati fijol alfata
Ha hati di novi ya seti ó Malfata
Aulidi si Guadix, guana fijol alfata
Ha hati di novi ya seti ó Malfata.

(N. del T.)

Porque sin razon el Rey
Hizo degollar un dia
Treinta y seis Abencerrajes
Nobles y de gran valía.

Lo mismo puede afirmarse de los lamentos de Boabdil por la pérdida de su reino, en un romance de Sepúlveda, que manifiesta ser refundicion de otro más antiguo:

¡Oh mi ciudad de Granada,
Sola en el mundo y sin par,
Donde toda la morisma
Se solia contigo honrar! etc.

Lo cierto es que apénas se concibe que los cristianos españoles, que debian estar llenos de orgullo y de alegría por las victorias conseguidas sobre los infieles, se hiciesen eco, de una manera tan sentida, de los lamentos del pueblo vencido y despojado. De aquí se puede inferir que los poetas españoles poseian, por medio de los moriscos, cantos populares arábigos, y que con más ó ménos libertad, los transformaron en romances.

Áun poseemos, de Alonso del Castillo, mahometano convertido, muchas traducciones españolas de poesías arábigas, como, v. gr., una elegía al rey Ab-ul-Hads-chadsch de Granada, y

una lamentacion sobre los infortunios de los muslimes. Estas traducciones en prosa son las que Mármol Carvajal ha publicado; y sin duda que otras por el estilo, ó bien interpretaciones orales, pueden haber sido puestas en romances por los españoles. Por otra parte, como los moriscos compusieron muchos versos en lengua española, segun lo demuestra un considerable número de ellos que se conservan aún, no es de extrañar que no sólo en árabe, sino tambien en castellano, compusiesen ó reprodujesen cantares sobre los sucesos de Granada.

Pero ya debo terminar esta cuestion, que me ha llevado por largo espacio más allá de los límites de este escrito, mas no sin advertir ántes lo siguiente, á fin de evitar toda equivocacion. Yo no afirmo en manera alguna que la forma del romance sea de orígen arábigo; ántes entiendo que es exclusivamente castellana. El mayor número de los romances españoles está del todo exento de influjo oriental. Mi afirmacion se limita sólo á sostener que algunos de dichos romances, pongo por caso aquel en que se pinta á Granada como una novia pretendida por varios amantes, son refundiciones de cantares arábigos, y otros parece en extremo verosímil que lo sean. Por último, á los que sostie-

nen que la poesía arábiga es esencialmente lírica, y que, por lo tanto, no tiene afinidad alguna con los romances, les debo recordar lo dicho en el capítulo anterior acerca de la poesía popular y narrativa de los árabes. Conviene notar asimismo que si los romances son poesía épico-lírica, á menudo el carácter lírico prevalece en ellos. Haré notar, en fin, que algunos versos de una composicion de poesía erudita arábiga, la ya citada á la batalla del Wadi Selit, ó Guadacelete, no distan tanto de la manera de los romances, que no puedan compararse con ellos. Es curioso comparar dicha composicion con un antiguo romance que describe un caso parecido. Aunque el romance español es, por lo ménos, seis siglos posterior á la poesía arábiga, la cual pertenece al siglo IX, no parece inverosímil que el romance tenga en sí alguna reminiscencia de orígen oriental:

¡Rio-verde, Rio-verde!
¡Cuánto cuerpo en tí se baña
De cristianos y de moros
Muertos por la dura espada!
Y tus ondas cristalinas
De roja sangre se esmaltan;
Que entre moros y cristianos
Se trabó muy gran batalla.
Murieron duques y condes,

Grandes señores de salva;
Murió gente de valía
De la nobleza de España; etc.

Del mismo modo que en España, se mezcló en Sicilia la cultura cristiana con la muslímica. Ya hemos mencionado cómo los reyes normandos sostenian su palacio y córte de Palermo al uso de los príncipes orientales, cómo se rodeaban de mahometanos, y cómo adoptaron el idioma arábigo para lengua oficial. Á fines del siglo XII, Ricardo de Inglaterra y Felipe Augusto hallaron á Mesina en gran parte poblada aún por sarracenos, quienes tenian en sus manos toda la riqueza (1). Cuando de resultas del enlace de la princesa Costanza, de la casa de Hauteville, cayó la isla en poder de los Hohenstaufen, y Enrique VI vino á Sicilia á tomar posesion de su nuevo reino, era tan grande la poblacion muslímica, que Falcando, el acérrimo enemigo de los alemanes, pudo decir: «¡Ojalá que los caudillos de cristianos y sarracenos se concertasen entre sí, olvidasen por un momento sus rivalidades y odios, y se eligiesen un rey,

(1) *Itinerarium Richardi von Galfridus de Vino Salva,* cap. XII, in *Gale, Scriptores Hist. Angl.*

bajo cuyo cetro aunasen sus fuerzas! Entónces los alemanes, arrojados por el pueblo todo, pronto se verian forzados á volverse á sus selváticas comarcas del Norte» (1). En Palermo, en medio de una poblacion áun casi mahometana, en los salones de los alcázares normando-sarracenos, se crió nuestro grande emperador Federico II. La Lengua arábiga le era familiar desde la niñez. Su grande espíritu volaba con predileccion, desde la estrechez y limitacion monástica de su época, á los claros reinos del Oriente, de cuya elevada cultura científica le hacia digno aquella gran libertad de pensar que entónces sólo se hallaba entre los mahometanos. Un árabe de Sicilia, que le habia enseñado la dialéctica, le acompañó en su peregrinacion á Jerusalen, y él se deleitó, durante su permanencia en la ciudad santa, con notable escándalo de las personas piadosas, en discusiones filosóficas con los sabios mahometanos y con el embajador de Saladino (2). Más tarde dirigió Federico II á un filósofo arábigo-hispano, llamado

(1) Falcandus, in *Rerum Sicul. Scriptores, Francofurti,* 1579, pág. 637.

(2) *Bibl. des Croisades: Chroniques arabes,* par Reinaud, pág. 429 y siguientes.

Ibn Sabin, una serie de preguntas metafísicas sobre el sér de la Divinidad, las categorías, la naturaleza del alma, la existencia del mundo desde la eternidad ó su creacion, etc., etc. El filósofo respondió en un tratado, que se conserva aún, lleno de tanta escolástica sutileza, y de tal dificultad, así por la forma como por el contenido, que se refiere para entenderle el más profundo conocimiento de la lengua arábiga (1).

Hasta en la córte del Emperador se mostraba esta predileccion por el Oriente. En sus palacios se veian astrólogos de Bagdad con luengas barbas y rozagantes vestiduras (2), judíos que percibian crecidos sueldos por traducir obras arábigas (3), bailarines y bailarinas sarracenos, y moros que, en las fiestas solemnes, hacian resonar trompetas y añafiles de plata. Jóvenes á quienes Federico, así para fines científicos como para que llevasen su correspondencia, habia hecho aprender las lenguas de Oriente, conversaban con facilidad con los orientales

(1) Amari, en el *Journal asiatique* de 1853, tomo I, pág. 240.

(2) Muratori, XIV, 930.

(3) De Rossi, *Codd. hebr.*, II, páginas 37 y siguientes.

en sus propios idiomas (1). Y árabes que el Emperador habia sacado de Sicilia y de Apulia, donde principalmente tenian por residencia las ciudades de Lucera y Nocera, formaban en gran parte su ejército en su guerra contra la Santa Sede. Esta inclinacion á los muslimes fué el principal punto de acusacion contra él en el concilio de Leon de Francia, y el Papa le declaró pagano; que no edificaba monasterios, sino ciudades mahometanas; que respetaba los usos y costumbres de los infieles, y que tenía trato íntimo con mujeres sarracenas (2).

En todo siguió las huellas de su padre el valeroso y amable Manfredo, á quien sus enemigos llamaban el sultan de Nocera. Para su uso escribió el sabio árabe Dschemaleddin un manual de lógica. Este mismo Dschemaleddin, que vino á su córte como enviado del Sultan de Egipto, hace una pasmosa pintura del carácter completamente oriental de cuanto al jóven príncipe rodeaba. Recuerda primero que el mismo príncipe era hijo del emperador Federico, que habia sido tan íntimo amigo del sultan Malic-al-Kamil.

(1) Raumer, *Geschichte der Hohenstaufen*, lib. vii, cap. vi.

(2) Raumer, lib. vii, cap. xviii.

Despues pinta á Manfredo, que tan honrosamente le habia recibido, como muy entendido, discreto y apasionado por las ciencias, y asegura que sabía de memoria los diez libros de Euclides. Su séquito, añade, se componia en su mayor parte de mahometanos, y en su campamento se oian en las horas prescritas las voces llamando á la oracion, segun la costumbre muslímica. La ciudad donde le habia recibido Manfredo, cuando vino de embajador, estaba á cinco jornadas de Roma, y no léjos de ella habia otra ciudad, llamada Lucera, cuyos habitantes, todos muslimes, tenian el libre uso de su religion y culto. Este Manfredo, á causa de su predileccion por los mahometanos, estaba perseguido y descomulgado por el Papa, que era el califa de los francos, y la misma suerte habia cabido ya á su hermano Conrado y á su padre Federico, en castigo de su inclinacion al Islam (1).

Tanto Federico cuanto Manfredo eran grandes amigos de la poesía. En los palacios napolitanos y sicilianos del primero habia muchos cantores, trovadores y juglares (2), y en Palermo reunia en torno suyo un círculo de poetas, cuyas

(1) Abulfeda, v, páginas 144 y siguientes.
(2) *Cent novelle antiche,* nov. 21.

obras se leian bajo su presidencia y eran premiadas segun su mérito (1). Del mismo modo, la córte de Manfredo era el punto de reunion de innumerables cantores, músicos y poetas, y el jóven príncipe, segun refiere Mateo Spinello, recorria á menudo de noche las calles de Barletta, cantando canciones y estrambotes. En esto le acompañaban dos músicos sicilianos, que eran grandes *romanzatori* (2). Si se tiene en cuenta, ademas, que ambos, padre é hijo, segun el autor ántes citado, sin duda poseian por completo la lengua arábiga, que lo mismo se puede afirmar de la mayor parte de los italianos de su séquito, que se habian educado, como ellos, entre las ruinas de la civilizacion mahometana en Sicilia, y que, por último, gran parte de este séquito estaba compuesto de sarracenos, se debe tener por imposible que la poesía arábiga fuese enteramente desconocida de ellos y de su córte. La poesía está íntimamente enlazada con toda la vida de los árabes, de suerte que quien vive largo tiempo con ellos y entiende su lengua, por necesidad debe saber de su poesía. Los cronistas, que sólo de paso dan tales noticias, no dicen

(1) Raumer, lib. vii, cap. vi.
(2) Muratori, vii, 1095.

á la verdad claramente á qué nacion pertenecian los cantores de la córte de los Hohenstaufen en Palermo y en Nápoles, pero todo induce á pensar que, á más de italianos, alemanes y provenzales, los habia sarracenos. De que se oian cantares arábigos en el palacio imperial de la casa de Suavia, da ademas testimonio un pasaje de Mateo de París, donde se cuenta la visita que Ricardo de Cornwall hizo en Nápoles á su cuñado Federico II. Ricardo encontró en una sala del palacio á dos muchachas sarracenas, que bailaban y cantaban tocando el adufe (1).

La córte semi arábiga de Federico II, en Palermo, tuvo la gloria, universalmente reconocida, de haber sido la cuna de la poesía italiana. El mismo gran Emperador, sus dos ilustres hijos Manfredo y Enzio, su canciller Pedro de la Viña, y los cantores sicilianos que en torno de ellos se reunian, fueron los primeros que poetizaron en el dialecto del pueblo. Dante dice ademas, en su escrito *De vulgari eloquentia,* que todo lo que los italianos produjeron en verso se llamaba siciliano, y Petrarca asegura que la rima

(1) Math. París, pág. 358. V. tambien Raumer.

habia pasado de Sicilia á Italia (1). Los primeros cultivadores de este arte, como ya queda dicho, tuvieron muchas ocasiones de oir á los cantores arábigos, y como entendian bien su lengua, bien puede conjeturarse de tales indicios que la poesía italiana tuvo en sus orígenes relaciones con la oriental. El trato entre ambos pueblos, que en España duró siglos, se rompió, á la verdad, más temprano en Italia; pero consta de una carta del Petrarca que áun en su tiempo se oian los versos arábigos en su país. Este poeta, que por lo demas parece que no entendia el árabe, aunque juzgaba harto desfavorablemente la poesía arábiga, escribe á su amigo el médico Juan Dondi: «Te ruego que no me hables tanto de tus árabes: á todos juntos los detesto. Sé que entre los griegos han vivido muy doctos y elocuentes varones. Muchos filósofos y poetas, grandes oradores y egregios matemáticos han nacido entre ellos, y áun los primeros padres de la medicina. Pero tú debes saber de qué género son los médicos de los árabes. Lo que yo sé es cómo son sus poetas. Nada puede imaginarse más muelle, más enervado, más inmoral ni más lascivo. Apé-

(1) *Petrarchæ epistolæ ad familiares.* Lugd., 1601. *Præfatio.*

nas puedo persuadirme de que algo bueno nos haya venido de los árabes, aunque vosotros, los eruditos y sabios, los llenais de grandes y, á mi ver, inmerecidas alabanzas» (1).

Si hojeamos ahora las colecciones de antiguos poetas italianos, se ha de confesar que difícilmente hallarémos en ellas imágenes ó pensamientos que revelen un indudable orígen arábigo, pero en cambio encontrarémos muchas poesías que tienen la forma del *zadschal* y de la *muvaschaja*. Principalmente sorprende notar en los cantos espirituales del contemporáneo del Dante, del piadoso Jacopone da Todi, la misma forma de versos que usaban los mahometanos para cantar las alabanzas de Alah y los terrores del dia del juicio (2). Una pequeña poesía, donde declara Jacopone su resolucion de abandonar el mundo, y que tiene la forma de un *zadschal*, le abrió las puertas del convento de los franciscanos:

Oid el nuevo desatino
Que allá en la mente imagino.
Porque mal la vida empleo,
Tan sólo morir deseo,
Y el mundano devaneo
Dejar por mejor camino.

(1) *Petrarchæ epist.*, lib. XII, ep. 2.
(2) Ozanam, *Les poetes franciscains.*

Otro cantar de la misma forma empieza así:

En la paz del cielo mora
Quien la pobreza enamora.
Va por la segura senda
Sin envidia ni contienda;
No teme que nadie venda
O robe lo que atesora; etc.

Tambien entre las obras de Ser Noffo, de Dante de Majano y de otros líricos de Italia en el siglo XIII, se hallan poesías, con el título de *canzone,* que empiezan con una estrofa corta y donde terminan siempre con el mismo consonante las demas estrofas más largas (1). Esta estructura tienen casi todas las *canzoni a ballo* de Lorenzo de Médicis (2). Lo mismo se advierte en la gran coleccion de antiguos cantares carnavalescos (3).

En la señal de que la rima del tema vuelve siempre al fin de cada estrofa concuerda asimismo la *ballata* de los italianos con los dos ya tan á menudo citados géneros de poesía popular arábiga. Las poesías provenzales que llevan el

(1) *Scelta di poesie liriche.* Firenze, 1839.

(2) *Poesie del magnifico Lorenzo de' Medici.* Londra, 1801, pág. 196.

(3) *Canti carnascialeschi andati per Firenze,* etc. Sec. edizione, 1750, I, 36 y sig..

mismo nombre no tienen dicha forma (1). Casi todos los poetas de los dos primeros siglos de la literatura italiana, como Lapo Gianni, Guido Cavalcanti, Dante, Petrarca y Boccaccio, han compuesto semejantes *ballate.*

En todos estos casos es indubable, á mi ver, la imitacion por los italianos de aquella forma oriental, la que debió de llegar á ellos por tradicion de los cantores sicilianos, quienes inmediatamente la tomaron de los árabes. El que no aparezca tal forma en los pocos cantos que áun se conservan de la córte de los Hohenstaufen no es objecion suficiente. Pero aunque esta objecion se pusiera, todavía se señalaría otro camino por donde dicha forma hubiese podido venir de África ó de España á Italia. Las relaciones entre los judíos andaluces y los italianos eran várias y frecuentes. Los italianos tenian además no pocas ocasiones de tratar directamente con los muslimes. Ya en el siglo IX se habian establecido numerosos muslimes en los principados de Benavento y de Salerno, y habian en parte abrazado el cristianismo (2),

(1) DIEZ, *Poesie des troubadours,* 276.—Wolf. *Uber die Lais, Sequenzen und Leiche* 26.

(2) MURATORI, *Rer. ital. Scrip.,* tom. II, pars. I, páginas 260 y siguientes.

Otros, como el sabio Constantino Africano, que fué monje en Salerno, y un príncipe de la casa soberana de Bujia, arrojados de su patria, desde el siglo x al xii, por las discordias civiles que desolaron las tierras muslímicas, buscaron un refugio en Italia (1); y otros, por último, en mayor número, vinieron por negocios de comercio á los puertos de Italia, y áun se establecieron allí. Así en los anales de Pisa y de Génova aparecen muchos nombres de familias arábigas, y en Pisa hubo un barrio entero habitado por mahometanos (2). Tambien, por medio de las factorías que Venecia, Pisa, Amalfi y Génova poseian, no sólo en Siria y en Egipto, sino en otros países sujetos al Islam, se mantuvo con los árabes un comercio constante. Por todos estos canales pudo muy bien confluir en Italia el conocimiento de la forma de la *muvaschaja,* que despues imitó.

Sé que esta última afirmacion, así como la primera respecto á España, puede ser vivamente combatida. Se puede alegar que la misma forma se halla en alguna que otra poesía de la

(1) Al-Kartas, pág. 126.

(2) Amari, *I diplomi arabi del archivio fiorentino,* página xxv.

lengua d'Oc y áun de la lengua d'Oil, y tal vez en algun fragmento latino de la edad media. Pero á esto respondo lo ántes ya dicho. Aun en el caso referido, sería sólo valedera y firme la opinion de que se habia tomado de los árabes la *muvaschaja,* entre quienes estaba en uso desde el siglo IX. No se disputa la posibilidad de que los italianos y los españoles, en vez de tomar esta forma de otros pueblos, la hubiesen inventado; pero esta forma tiene un carácter tan marcado, que si se negase que las naciones cristianas la han tomado de los árabes, entre los cuales es tan antigua y tan propia, suponiendo que la han hallado por sí, no se podria afirmar tampoco ninguna otra transmision literaria de pueblo á pueblo, ni se podria impugnar á los que sostuvieran que, en vez de haber los italianos transmitido el soneto á las otras naciones, cada una halló por sí el soneto.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

ÍNDICE

	Págs.
X.—Al-Motamid	5
XI.—Ibn--Zeidun, Ibn--Lebbun, Ibn--Ammar é Ibn-ul-Catib. . . .	75
XII.—La poesía de los árabes en Sicilia.	129
XIII.—Poesía popular y poesía narrativa.	179
XIV.—La poesía de los árabes en sus relaciones con la poesía de los pueblos cristianos de Europa.	241

PJ
8410
S318
1881
T.2
c.1
ROBA